This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

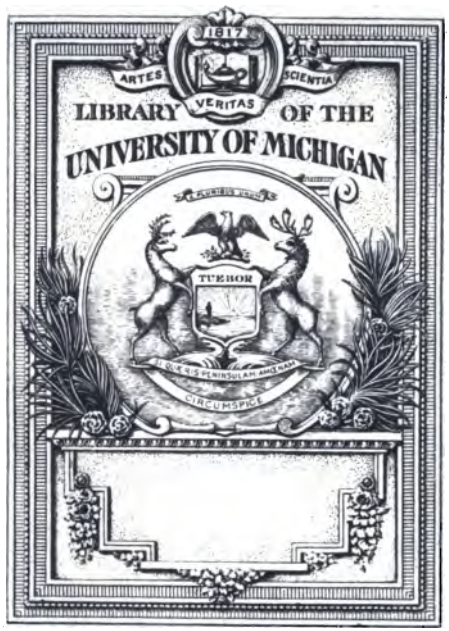
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 906,334


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

23
.M

BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES ESPAÑOLAS

MADRID.—Est. Tip. de Ricardo Fe, Cedaceros, 11.

FOLK-LORE ESPAÑOL

BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES

ESPAÑOLAS

TOMO V

Director: ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

SEVILLA
ALEJANDRO GUICHOT Y COMPAÑÍA, EDITORES
Calle de Teodosio, 63

1884

Las obras publicadas en esta *Biblioteca* son propiedad de sus autores, y esta edición de los Sres. Alejandro Guichot y Compañía.

Folk lore
Nijhoff
5-3-30
20186

ESTUDIOS

SOBRE

LITERATURA POPULAR

POR

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

XB-C.O 7-27-42 AN

PRÓLOGO

¡Pobrecillo librejo! Si las lectoras que fijen sus hermosos ojos en las mudas y obedientes letras de plomo que unidas llenan estas páginas, supiesen los desvelos y sufrimientos que representa la publicación de esta obrilla, tendríanle lástima. Barquilla lanzada al mar con amorosa insistencia por una mano amiga, y devuelta á la playa por los contrarios vientos, mil veces han tenido ya ocasión de creer los buenos que en el puerto esperaban su retorno, que ha sucumbido en los mares procelosos, y que, como reza una preciosa leyenda bretona, sólo el alma de la embarcación y la de los tripulantes eran las que ante sus ojos venían á presentarse para despedirse de ellos por última vez. Este libro es comparable sólo á uno de esos pobres niños enfermizos y enclenques, que, condenados á morir por la naturaleza, logran sólo vivir, merced al sacrificio de una madre generosa y buena, dispuesta á arrostrar siempre toda clase de peligros, por redimir, á costa de su propia sangre, al hijo de sus entrañas. La publicación de esta obra patentiza que no es siempre el fuerte quien alcanza la victoria en el rudo combate por la vida que libran todos los seres de la naturaleza, todos los hombres, todas las ideas...

Hace pocos días, saliendo del taller en que estas páginas han de encuadernarse, al ver á las pobres cosedoras dedicadas afanosamente á su tarea, no pude menos de pensar: ¡De cuántos, de cuántos libros como éste no son esas infelices que llevan en las encallecidas yemas de sus dedos sus más aristocráticos títulos, los verdaderos autores! Sin ellas, sin esas, para la mayoría de los lectores, ocultas é inadvertidas puntadas, que uniendo unos pliegos á otros forman el tomo cuyo solo espesor y volumen han de darle autoridad é importancia ante el respetable público, ¡cuántos libros renunciarían á este pomposo é inmerecido título!

Porque claramente habrás comprendido ya, crítico perspicaz, que este libro no es un libro: más aún; que no es siquiera una colección de artículos calentitos y acabaditos de cocer en mi mollera para solaz ó aburrimiento del lector y acrecentar el justo y merecido renombre que disfrutas por la severidad é imparcialidad de tus fallos, á los cuales han de deberse ya sin duda, aunque tu modestia lo oculte, el encumbramiento de muchos humildes y el merecido abatimiento de muchos poderosos. Te he dicho que este libro, como tantos otros, que así se denominan, no es un libro, y sí sólo una colección de artículos rancios, por la época en que se escribieron, y porque no en balde trascurren los tiempos y mudan con ellos las ideas y mudamos nosotros; y, aunque no temo que hayas de declarar por la fecha en que se escribieron la en que los pensé, que sería lo realmente curioso y digno de averiguarse, debo también advertirte que al fin de cada artículo va declarado el día de su publicación, con lo que, si no excuso mi

audacia, acredito al menos mi franqueza y mi sinceridad.

Dicho esto para los críticos, y dirigiéndome ahora á los que, sin tener por oficio la misión de criticar á los demás, juzgan también de lo que ven y leen como su buena razón les da á entender, voy á decirles la causa del delito que he cometido publicando este libro, llamémoslo así. Esta causa no ha sido otra que aquélla... ya sabéis la que es aquélla... la pícara vanidad, que toma, por no parecernos lo que es, más formas que matices la aurora y más disfraces que los venecianos en aquellos tiempos en que su Carnaval era tan renombrado y famoso.

La vanidad y sólo la vanidad mía, ha sido la causa de que este libro se publique. ¿A qué engañarme, creyendo que las gestiones de mis buenos y numerosos amigos, por decidirme á esta resolución, han sido la causa de tamaña flaqueza? Es cierto que mis amigos me han solicitado para ello; pero ¿qué hubiera conseguido su benevolencia, si en vez de dar con la blanda cera de mi deseo, se hubiese encontrado con el bien templado acero de una voluntad firme? No teman, pues, que aunque en justicia pudiera hacerlo, los declare cómplices de mi delito. Siempre, desde que leí el *Quijote*, he tenido por cierto que la moza que ante Sancho Panza se querellaba de haber sido forzada, no perdiera jamás su doncellez, si en conservarla hubiese puesto el esmero y la energía que desplegó para defender el bolsillo que tan astuta y cuerdamente le confió el sesudo Gobernador de la ínsula Barataria. Soy, pues, el verdadero delincuente y mía es la responsabilidad: en esto, como en todo, soy enemigo de las irresponsabilidades; el que la haga, que la pague, y el que no quiera temerla, que no la haga.

Pero si mi franqueza me declara único responsable del delito de publicar esta obra, la justificación del *Jurado* que ha de sentenciarme, me hace esperar que han de ser también tenidas en cuenta las circunstancias, no diré eximentes, pero sí atenuantes de mi crimen. Ha sido la primera, que ya mi amigo el conocido editor sevillano señor D. Francisco Alvarez, tenía impresos los catorce primeros pliegos de este tomo, y no era cosa de tirarlos á la calle, ó dedicarlos anticipadamente á la fabricación de pajaritas de papel, en que al fin y al cabo, con grande gusto mío, habrán de consumirse. Es la segunda, que áun siendo malo, este libro tiene una excelencia que á la vista perspicaz de un Jurado—otra cosa sería si fuera un Tribunal de oficio quien hubiera de juzgarle—no habrá de pasar seguramente inadvertida. Esta excelencia es la del hilo, que así como el manejado por las pobres cosedoras ha unido los pliegos, ha unido los pensamientos y sentimientos que animan los artículos de esta *Colección*, que ha de constar por lo menos de tres ó cuatro tomos como el que tenéis á la vista.

Este hilo á que me refiero, es el único talismán que podía hacer un libro de lo que no lo es: *mi amor al pueblo*, más grande hoy, que cuando escribí el primero de estos artículos.

¿Pero qué es el pueblo para mí? ¿Es como pudo serlo en otro tiempo una personalidad mayor en la humanidad que no come ni bebe, ni cava, ni suda, y desprovista de todas las imperfecciones de la vil materia, tiene, sin embargo, el privilegio de pensar, sentir y querer como esos seres angélicos y beatíficos, todo espíritu, en que

creen aún los que siguen siendo mentalmente contemporáneos del reno y del mamouth y del *elephas primigenius?*—No, en modo alguno. El pueblo para mí no es un nuevo ídolo en cuyas aras he de quemar incienso como los palaciegos ante sus monarcas, ó los creyentes ante sus santos de madera. El pueblo es para mí el nombre con que pomposamente bautizamos una de nuestras ignorancias que sólo la ciencia conseguirá disipar.

En tal concepto, el pueblo es la nebulosa, y empleo únicamente esta frase como medio de hacerme entender, de que se desprenden por diferencias inapreciables esos astros que se llaman individuos. El pueblo es la tierra sobre la cual crece la planta que la tapiza de verdura, el animal que se nutre de la planta, el llamado *homo sapiens* que subyuga al animal, y el verdadero *hombre*, sér hoy en formación, que redimiendo á aquéllos en lo posible, va arrancando á la Naturaleza esos secretos, sólo á los sabios confiados, únicos que pueden romper las innumerables cadenas que hoy nos esclavizan. A esta obra de redención, no fantástica, sino racional y razonable, contribuyen fatal y necesariamente todos los que tienen alguna de las cualidades que han de adornar al hombre del porvenir, sea cualquiera el partido á que pertenezcan ó la doctrina científica que profesen, y cualquiera la posición que ocupen; para esta tarea sirven todos; unos de grado y otros contra su voluntad, siendo, acaso por irritante paradoja, los que menos la sirven, los que más alardean de sacrificarse por ella. El ideal del pueblo, á quien creo amar como un buen hijo á su madre, debe ser el ideal de la madre: el de morir, el de dejar de ser cuando

haya prestado á todos sus hijos todas las condiciones de desenvolvimiento que les son necesarias. ¿Es triste? ¿Es dolorosa? ¿Es terrible esta ley? *Dura, sed lex.*

***

Quiero ahora decir dos palabras acerca de lo que podría llamarse la hechura de esta obra.

Comenzada á imprimir el año 1882, poco después de escritas las *Bases del Folk-Lore Español*, pretendí, al publicarla, dar á conocer el camino por donde había llegado al propósito de establecer en España una sociedad análoga á la fundada en Lóndres el año de 1878. No era mi intento justificar la autoridad con que acometía la empresa; sino, por el contrario, demostrar una verdad que tengo por axiomática, á saber: que en un estado medio de cultura, pensamientos análogos se ocurren casi simultáneamente á los hombres dedicados á un mismo género de estudios, siendo sólo una serie de circunstancias, fortuitas la mayor parte de las veces, la que determina que cualquiera individuo, acaso el menos apto, como en esta ocasión ha sucedido, se anticipe á sus compañeros en la enunciación de aquel pensamiento.

Interrumpida la publicación de esta obra, por causas que no hace al caso referir, puede decirse que pasó ya *su oportunidad;* mas no queriendo desperdiciar lo hecho, tampoco me ha sido dable reformar el método trazado.

Los artículos de este libro, anteriores al año de 1880, en que tuve la primera noticia de la existencia de la sociedad londonense, corresponde á dos períodos ó épocas de

mi pensamiento respecto á lo que por entonces denominaba aún *Literatura popular*.

Al primero de estos períodos pertenecen los artículos de cantares y los cuentos, publicados todos por vez primera en la *Revista de Filosofía, Literatura y Ciencias*, de Sevilla. En estos artículos, según observará el lector, predomina la tendencia krausista, que con manifiesto beneficio de la ciencia, atendía más á el fondo y forma interna de las producciones literarias, que á su mero traje ó adorno exterior.

Esta tendencia, trascendental sin duda, pero exclusiva entonces para mí, me hizo incurrir en el error de vestir con forma literaria los cuentos populares, pecado imperdonable en quien no podía aspirar como Valera en su *Pájaro verde*, por ejemplo, á realzar con los encantos de su estilo las producciones del vulgo.

Interrumpidos mis estudios por la muerte de mi inolvidable compañero Rafael Álvarez Surga, distinguido literato que en aquellos trabajos me ayudaba y fortalecía, los que mi profesión de abogado me impusieron, me alejaron de mis aficiones durante los siete años que mediaron entre la aparición de *El ahorcado á lo divino*, y la del artículo *Una docena de cuentos*, por D. Narciso Campillo, que publiqué en la *Enciclopedia*, de Sevilla, deseoso de ayudar á los generosos jóvenes que procuraban con aquella Revista llenar el vacío que dejó la desaparición de la nuestra el año 1874.

En esta segunda serie de artículos, publicados en la *Enciclopedia*, ya era distinto el concepto que tenía de la literatura del pueblo. No era el valor ideológico, desen-

trañar el sentido oculto de sus producciones, sino únicamente probar la importancia de recogerlas fiel y exactamente para ulteriores fines científicos, lo que me preocupaba. Si aún me atreví, y aún me sigo atreviendo, á aventurar alguna hipótesis acerca de los materiales recogidos, más bien fué con el deseo de buscar algún aliciente para los lectores ávidos de teorías, que porque creyera que fuese esto realmente lo que importaba.

En el artículo *Sección de literatura popular*, que considero como el germen de lo que he llamado después *El Folk-Lore Español*, indiqué, no sólo mi nuevo sentido en estos estudios, sino la necesidad de asociar muchas personas para recoger materiales, fin de tanta importancia en mi opinión, que lo considero como la *característica* de la nueva era científica iniciada por Darwín; era en que se exige como la primera de todas las condiciones para poder hacer una afirmación científica, la de presentar los datos en que aquella afirmación se funda, exigencia á que se someten hoy hasta los mismos enemigos de las doctrinas naturalistas.

La asociación para la ciencia, el hecho de dar una participación activa en ella á todo el que de buena voluntad se preste á auxiliarla, es un hecho tan significativo de suyo, que no vacilo en compararlo con el que determinó en Roma, por ejemplo, el matrimonio de individuos de las clases plebeyas con las clases patricias, ó el que facilitó la comunicación de las castas inferiores con las aristocráticas. La importancia de una asociación internacional para la investigación científica ha sido de tal trascendencia, que á ella se deben las obras que más han influído en el pro-

greso de las naciones y en el desarrollo de los sentimientos de amor y fraternidad entre todas las razas y todos los pueblos. La asociación para la investigación científica es de una utilidad reconocida ya en todos los países de mediana cultura, y nadie la discute, como nadie discute, por ejemplo, el valor de las denominaciones científicas, convenidas por todos los países.

Pero si los artículos de la segunda serie tenían por principal objeto recomendar el acopio de datos y la importancia de la comunicación frecuente entre los que á estos estudios se dedicasen, y en esto diferían de los de la primera serie, unos y otros convienen en ser meros artículos de propaganda.

Lo he repetido en mil ocasiones: todos, absolutamente todos los artículos que he escrito sobre literatura popular, y *Folk-Lore*, han tenido por principal objeto despertar la afición por estos estudios y llamar la atención de los lectores acerca de su extraordinaria importancia. Con esto dejo dicho, que aunque esta colección dé asunto lo menos para tres ó cuatro tomos, cada uno de ellos formará una obra completamente separada. Quien guste, por ejemplo, de los juegos infantiles, para nada necesita adquirir los en que trate de otras materias; advertencia con la que pondría fin á este prólogo, si no quisiera antes de terminarlo decir dos palabras al país y otras dos á las discretas y simpáticas lectoras de esta obra.

AL PAÍS

Con este título publiqué en la hoja de *Los lunes de El Imparcial*, correspondiente al 14 de Abril último, un ar-

tículo que tenía por objeto pedir á todos los buenos españoles que por *El Folk-Lore*, como obra nacional, se interesasen, que nos prestasen su apoyo y cooperación. Días después de publicado aquel artículo, varios amigos, y áun personas á quienes no tenía el gusto de conocer, me manifestaron su adhesión á la idea y su deseo de que les indicase el modo más concreto de coadyuvar á la implantación definitiva de *El Folk-Lore* en España. A todos contesto hoy, diciéndoles: de dos modos pueden auxiliarnos: recogiendo fielmente los materiales de que se hace mención en la primera de las bases del *Folk-Lore* y remitiéndonoslos para su publicación; y suscribiéndose á esta Biblioteca, para que los que en ella colaboren, y no sean ricos, puedan seguir dedicándose á esta clase de trabajos, tan deslucida como improductiva.

EN SECRETO

Amabilísimas y preciosas lectoras, aconsejad á vuestros padres, hermanos, novios ó maridos, que no compren siquiera un ejemplar de este tomo, porque, *al oído*, es tan grande y descomunal mi pereza, que quisiera dentro de veinte años recrearme en contemplar los ejemplares y poder exclamar: «¡Luego dirán que no he trabajado!... ¡Todos... todos esos libros los he escrito yo!»

Antonio Machado y Álvarez.

Madrid 15 de Agosto de 1884.

INTRODUCCION

AL ESTUDIO DE LAS CANCIONES POPULARES

La emancipacion del pensamiento en Literatura es la aurora de la independencia y el síntoma más expresivo de nacionalidad.
(Prólogo del Romancero general.)

Dice Chateaubriand (1): «¡Dichosos aquellos que no han visto el humo del extranjero ni han asistido nunca á otros banquetes que á los banquetes de sus padres!» frase en la que muy claro significa que no escapan á su vista perspicaz los dulces encantos del hogar doméstico, que á los codiciados, y, la mayor parte de las veces, no encontrados placeres, de los extranjeros países y expediciones lejanas, antepone. Que aquel lector de este artículo, quien quiera que sea, se detenga un momento á contemplar las inefables alegrías

(1) Memorias de Ultratumba.

é innumerables bellezas que, desapercibidas casi siempre para sus distraidos ojos, en su propia casa le circundan, por humilde y modesta posicion que en la sociedad ocupe, y pronto comprenderá como por súbita revelacion que no son ménos grandiosos y sublimes que las gigantescas Pirámides ó el dilatado Nilo, la caricia de la hermana, los desvelos del padre, el beso del hijo ó la previsora solicitud maternal, traducida, como el cariño de Dios á todo lo creado, en formas infinitamente variadas.

Tal pensamiento del autor de *Los Mártires*, que sólo en el sentido indicado arriba aceptamos como verdadero, es, á nuestro entender, de oportuna recordacion al principio de un artículo en el que vamos á ocuparnos de las producciones de la Musa Popular, de las creaciones artísticas de nuestra patria, la cual no es, bien mirado, sino la casa del pueblo español y el comun hogar de todos sus hijos.

Inexplicable parece la poco sensata indiferencia con que nuestros literatos y críticos han mirado hasta aquí el estudio de la literatura patria en sus múltiples manifestaciones, al que por *deber* estaban llamados; y no valga decir que algo, aunque poco, han hecho en la materia: que, á excepcion del eminente autor del Romancero, más como de favor que como de justicia han sido emprendidos los trabajos sobre asunto tan digno de interés y de atencion por todos conceptos.

No es sólo un deber lo que á estudiar las obras artísticas del pueblo nos impulsa; no es tampoco puro entusiasmo por las cosas propias lo que á ello nos mueve: es tambien nuestra íntima conviccion de que la belleza no se encuentra vinculada en clase determinada y cierta, ántes bien á todos pertenece, como el aire que respiramos y la luz con que vemos. Y así, no es únicamente patrimonio del erudito, como no es exclusivo patrimonio del sabio la verdad. Dios concedió una y otra á todos, y pensar lo contrario sería, sobre irracional, profundamente irreligioso.

¿Por qué, pues, entónces no recurrir á esa inagotable fuente de poesía donde se inspiraron Lope de Vega y Calderon y el inmortal Cervántes? ¿Por qué desdeñar las *bellezas de nuestra propia casa*, que en forma de cantares, cuentos, romances, leyendas y tradiciones por todas partes se nos ofrecen, revelando nuestra índole propia y peculiar, para ilustracion del historiador, enseñanza del crítico, educacion del artista y acaso tambien como de oportuna advertencia al hombre político?...

I

No es lo mismo un romancero que un cancionero, ni una cancion (1) que un romance. Diferéncianse no sólo en la forma sino por la esencia. La cancion sale acabada del espíritu, el romance se va haciendo conforme se improvisa ó escribe, y supone un trabajo más ó ménos lento en que la sucesion de los instantes es apreciable. siempre: la cancion es como la chispa que brota del fuego, el romance como el humo que de él se desprende poco á poco: aquélla es cosmopolita, éste puramente español, y por eso la *copla* ó cancion *romanceada* de cuatro versos octosílabos, es la combinacion métrica que emplea el pueblo con más frecuencia.

Relativamente al contenido, tambien se diferencia la cancion del romance, en que éste conserva una tradicion ó un hecho glorioso, y aqué-

(1) Entendemos en este artículo por cancion, una combinacion métrica cualquiera, que no exceda de siete versos, y que esté, por decirlo así, formada en un solo momento: v. gr.: coplas seguidillas, redondillas, quintillas y otras combinaciones especiales, arregladas á la música con que han de acompañarse. *Las Ventas de Cárdenas, El Naranjero, El Contrabandista, La Tarara* y otras muchas composiciones hechas para cantarse en dias señalados, más útiles para el escritor de costumbres que para el psicólogo, no son por ahora objeto de nuestro estudio.

lla (1) encierra un estado pasional ó una máxima, como la concha que guarda en su seno la piedra de riquísima valía. Un romancero es más útil, en cuanto muestra mejor el carácter de una nacionalidad y el de sus héroes: un cancionero vale infini-

(1) No obstante lo que aquí decimos, existen algunas coplas, no muchas, que con razon pudieran llamarse tradicionales. Citaremos algunos ejemplos:

Las *sirenas* en el mar
Cantan muy pulidamente;
El que las oye cantar
Cercana tiene la muerte.

Trasmitida de unos á otros, ha llegado á nuestros dias la creencia tomada de la mitología antigua, de que existe en los mares un animal mitad pez, mitad mujer (a), cuyo primoroso canto seduce y fascina á los que lo escuchan, como la mirada del boa americano. En extremo parecido al *mulier formosa superne* de Horacio, atrae para dar la muerte, recibiendo entre los sencillos moradores de algunos puntos de mar el nombre de *Sirena*. Tradicion alegórica que aplicar pudiéramos á la coqueta de nuestras grandes ciudades, no ménos temible por sus encantos y artificios.

Si yo fuera *basilisco*
Con la vista te matara,
Y te sacara del mundo
Porque nadie te gozára.

Refiérese esta copla á la creencia popular de que existe una sabandija de este nombre, nacida del huevo que pone el gallo en su vejez y cuya vista produce la muerte.

Feijóo asegura no ser esto verdad, diciendo: «Que si la vejez del gallo nos hiciese tan mala obra, y fuese la mencionada serpezuela tan maligna como se pinta, yá estuviera el mundo poblado de basiliscos y despoblado de hombres.»—Obra citada, disc. 2.°, §§ 24 á 29.

(a) Feijóo en su *Theatro Crítico*, discurso VII, núm. 41, dice que las Sirenas no son mitad mujeres, mitad peces: sino mitad mujeres mitad, aves.

tamente más para el psicólogo, porque revela al *pueblo* (1) como *persona* en la Humanidad, é indica las ideas que en comun posee con todos los otros de la tierra, sin relacion á tiempo ni espacio, descubriendo tambien las particulares del *individuo,* muchas veces oculto, pero nunca perdido en esta riquísima manifestacion del espíritu popular, no en hechos, determinado como en los romances, sí en pensamientos, sentimientos y voluntades. ¿Quereis conocer la historia de un pueblo? Ved sus romances. ¿Aspirais á saber de lo que es capaz? Estudiad sus cantares.

II

No es el menor, por cierto, de entre los muchos obstáculos que presenta el estudio de las canciones populares, la equivocada y casi invencible creencia en que vivimos de que es la belleza pura cuestion de forma, y ésta únicamente algo de exterior, que por sí sola basta para aquilatar el mérito de una composicion cualquiera. Tales equivocados conceptos de la belleza y de la forma,

(1) No es lo mismo pueblo que nacionalidad: por pueblo entendemos una variedad moral de la especie hombre; por nacionalidad la original y propia determinacion de un pueblo.

producen en la práctica consecuencias muy tristes, no siendo tampoco seguramente la más pequeña, la de que nuestros literatos menosprecien encubiertamente las creaciones del pueblo, en nada inferiores, á nuestro juicio, á las del poeta erudito, cuya mision consiste sólo en tallar el diamante que la riquísima tierra le ofrece en sus entrañas.

¿Es, por ventura, más sorprendente y maravilloso—nos atreveriamos á preguntar—el pulimento que da el joyero al diamante, que la obra de la naturaleza, cuyo misterioso y sublime trabajo escapa á nuestra vista, burlando nuestros afanes? ¿No valen más las creaciones espontáneas del sentimiento y del sentido comun (la razon de todos), que las artificiosas producciones del laborioso clásico que logró hallar tras copiosos sudores y desvelos contínuos el propio cuanto rebuscado epíteto con que, allá en una época cuya fecha por lo remoto se pierde, caracterizara el elegante Horacio ó el cáustico Juvenal asunto igual ó caso parecido en obra inédita tal vez ó estropeada y comida de polilla, ¡que á tanto puede llegar el rigor de la mala ventura! para mayor desesperacion y desgracia del pacienzudo y moderno poeta, poco vate en adivinar á donde podria hallarse aquella latina y hasta entónces no descubierta joya?

Otra dificultad que ofrece el estudio de las canciones populares es la de no poder colocarse fácilmente en estado apropósito para ello. Porque

¿quién, no siendo el sábio, puede permanecer impasible ante las armonías de la musa popular, hijas de esas inexplicables horas en que áun el espíritu del hombre más rudo busca un más allá fuera de su presente?

Acontece al escuchar los no aprendidos cantares de sin igual ternura, llenos de suaves y consoladoras máximas y de sentencias profundas como las de los filósofos y los sábios, una cosa análoga á lo que nos pasa ante el majestuoso espectáculo de una naturaleza vírgen: embelesados en la vaguedad de las sensaciones, segun la frase del célebre Baron de Humboldt (1), creemos recibir del mundo exterior, por un dulce y fácil engaño, lo que en él ha depositado nuestra fantasía, sin advertirlo nosotros.

Mas despues de estos encantados momentos en que nos olvidamos de nosotros mismos, vuelta la tranquilidad al ánimo y á la inteligencia su natural perspicacia, el espíritu se reconoce apto para estudiar estas composiciones, no ménos artísticas, siendo anónimas, que las que llevan al pié un nombre pomposo y conocido.

---

(1) *Cosmos.* Considérations sur les différents degrées de jouissance qu'offrent l'aspect de la nature et l'étude de ses lois.

III

Llamábamos en otro artículo *delicado* á don Juan Arolas, por el ingenioso artificio con que sabe presentar á sus lectores las íntimas relaciones poéticas que penetraba con facilidad suma: con lo cual piensa el público ser artista realmente sin que en verdad lo sea, gozando con la exquisita galantería del autor, que le cede la gloria de su trabajo y le perfecciona el gusto estético, acostumbrándole poco á poco y sin esfuerzo alguno á que perciba bellezas nuevas en las que quizá no habia fijado ántes los ojos, un tanto imbécilmente distraidos.

Tal prenda con que la naturaleza distinguió y dió realce al poeta vascongado, brilla en grado superior en las olvidadas canciones populares: para probarlo vamos á permitirnos presentar algunos ejemplos:

Échame, niña bonita,
Lágrimas en el pañuelo,
Y las llevaré á Granada
Que las *engarce* un platero.

—

Anda vé y dile á tu madre
Si me desprecia por pobre,
Que el mundo da muchas vueltas....
Ayer se cayó una torre.

—

Á un alto pino subí
Por ver si *la* (1) divisaba....
Lo que divisé fué el polvo
Del coche que *la* llevaba.

—

Hasta la leña en el campo
Tiene su *separacion*....
Una sirve para santos
Y otra para hacer carbon.

—

Cartagena *me da pena*
Y Murcia *me da dolor;*
¡Cartagena *de mi vida!*
¡Murcia *de mi corazon!*

—

Cuando la vide bajar
Por *aquella* serranía,
No *la* pintan los pintores
Más bonita que venía.

En los cantares que acabamos de apuntar, la belleza resulta precisamente de aquello que se omite, como acontece en las producciones del autor de las *Armonías* y *Orientales.* Veamos ahora, ya que el poeta popular iguala al erudito en *delicadeza,* si logra aventajarle en ocasiones:

Una alcarraza en tu casa,
Chiquilla, quisiera ser,
Para besarte en los lábios
Cuando fueras á beber.

No puede inventarse más delicado artificio. In-

(1) Subrayamos de intento las palabras donde, á nuestro juicio, estriba la principal belleza de estas composiciones.

citadora es la imágen que presenta Espronceda en el canto VI del *Diablo mundo,* si mal no recordamos, cuando dice:

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera;
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera.
. . . . . .
Y duerme ahora y su entreabierta boca,
Donde entre rosas se entrevé el marfil,
Suspira, del afan que la sofoca,
Fuego que el corazon lanza al latir.

Pero infinitamente superior es el cantar, en gracia, espiritualidad y ternura. En forma de alcarraza, podrá el amante besar á su amada, sin mancillarla ni ofender su pudor; *delicadeza de primer órden,* que, aunque no pensada, no por eso deja de estar contenida en la copla.

Por otra parte, la *frescura* del agua, el *ánsia* de la sed, lo *árabe* de la alcarraza y lo *sombrío* y *apartado* del lugar donde suelen éstas conservarse, lo bien escogido del momento y la natural *sorpresa* de la doncella, si encontrara en vez del agua que mitigase su sed, los lábios de su amante que la encendiesen, tienen un ligerísimo tinte de lascivia, mucho más encantador que la mórbida desnudez de aquella mujer tendida sobre un lecho, con la boca entreabierta, dejando escapar el fuego de su corazon, cuyo cuadro sólo puede inspirar atropelladores movimientos de lujuria, sea la que se quiera la ga-

Represéntase en esta copla una *esperanza amorosa* (1) que el poeta intenta realizar (que coloree); mas en vano (subió verde y bajó verde): de aquí que se aumente su *pena* (el temor de que no se realizára su esperanza), al ver frustrada su *tentativa* (tirar el limon por alto).

Tan prolijo afan por descubrir bellezas, no soñadas, á nuestro juicio, como acaso pensarán algunos, sino reales, quizá nos valga la mofa de algun crítico eminente, que por muy positivista se tenga. Así y todo, nos quedará el consuelo de recordarle

---

(1) Simbolizada en el limon verde: tal pensamiento se justifica en las siguientes canciones populares:

Dicen que lo azul es celos
Y lo encarnado alegría
Y lo *verde* es *esperanza;*
En tí espero, vida mia.

—

De tu ventana á la mia
Me tirastes un *limon;*
El limon me dió en el pecho
Y el *agrio* (a) en el corazon.

—

El amor y la naranja
Se parecen infinito;
Que por muy dulces que sean,
De *agrio* tienen su poquito.

(a) ¡Bellísima copla! La vista de lo agrio en lo dulce, aquí lo infinito en lo finito, como *condicion esencial* del amor, es una percepcion de mucho mérito, en nuestro sentir. Fíjese el lector, y comprenderá hasta qué punto realza la composicion el renglon subrayado, y cuán inflexible es su lógica, si la interpretacion que hacemos de él es verdadera: *No hay amor sin pena.*

que entre los dos estudiantes del cuento que el autor del *Gil Blas* nos refiere en el prólogo de su obra, no fué el ménos advertido y discreto aquel que se detuvo á desenterrar el *alma* del licenciado Pedro García.

(Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias de Sevilla, Setiembre, 1869.)

CARCELERAS

CARCELERAS

La justicia, dijeron, y el violento
Choque suspenden, cierran el balcón,
Y Adan corre también y huye al momento
Que la palabra de *justicia* oyó.
¡Fatal palabra! la primera ha sido
Que oyó en su vida pronunciar tal vez,
Hospedado en la cárcel la ha aprendido (1)
Y ni áun en sueños la olvidó después.
Oyó justicia y olvidó á la hermosa,
etc., etc.
(Espronceda, DIABLO MUNDO, *canto VI.)*

Traer al sereno y desinteresado campo de la Ciencia la protesta viva, enérgica, elocuente que el pueblo hace en sus cantares de las absurdas instituciones que lo rigen, es el fin que nos pro-

(1) Hemos hecho poner con letra cursiva este renglón, que no se encuentra subrayado en Espronceda, porque explica hasta qué punto era buena la idea que Adán se había formado de la justicia con aquellos consejos que recibió en la cárcel y que comenzaban:

Hijo mio, pocos años
Me quedan ya que matar,
Porque á mí me han de acabar
La viuda (a) ó mis desengaños.
Etc., etc.

(a) La horca.

ponemos en este artículo: hacer un examen serio y concienzudo de las ideas que posée acerca de la justicia, la libertad y el derecho, será empresa que acometeremos en su día si contamos con tiempo y salud, condiciones esenciales en el individuo para todo trabajo.

¿Por qué nuestros hombres de gobierno no han de escuchar la queja del pueblo acerca de la injusticia que á su nataraleza se hace, desoyéndole ni más ni menos que si de irracionales seres se tratara ó fuera falso que las obras revelan el espíritu de su creador? Coplas hay que expresan lo que cien discursos no consiguen, y en los países ilustrados debieran, en nuestro sentir, los hombres políticos estimar en más la opinion de la inmensa mayoría, expresada de tan evidente manera en sus expontáneas producciones, en las que ni cabe falsía, ni es de suponer otro móvil que el incesante aguijón del sentido común, la razón de todos.

Á la puerta del presidio
Hay escrito con carbón:
Aquí el bueno se hace malo,
El malo se hace peor.

¿Qué penalista que intentara reformar nuestro absurdo sistema penitenciario, desdeñaría encabezar su proyecto con este cantar, que tan claro manifiesta la inmoralidad que reina en aquellos

lugares, adonde debieran intentarse los más eficaces medios para despertar la conciencia del culpable y enseñarle á ver la fealdad de su crímen, opuesta á la belleza de las buenas acciones? ¿Queréis saber, arrogantes hombres de derecho y de gobierno, lo que aprende el pueblo español en vuestras cárceles y presidios?

Él os contestará por nosotros:

En la torre de Serranos,
En la segunda escalera,
Hay un letrero que dice:
Aquí la verdad se niega.

¿Y por qué?

Aquel que entrare en la cárcel
Nunca diga la verdad:
Porque á buena confesión
Mala penitencia dan.

La respuesta no puede ser más lógica y ella prueba hasta qué punto es perfecto vuestro sistema de enjuiciar.

En cambio procuráis cumplir las principales condiciones que debe tener toda pena, bien que la decantada ejemplaridad no os déis muchas trazas que digamos para conseguirla, segun indica la copla siguiente:

Me metieron en la cárcel
Por hacer un San Miguel,

Así que me echaron fuera
Hice un San Bartolomé (1).

Las penas deben ser tambien proporcionales: por eso

Veinticinco calabozos
Tiene la cárcel de Utrera,
Veinticuatro llevo andados
Y el más oscuro me queda.

No podéis ser más consecuentes: á mucho delito, mucha oscuridad y tinieblas: hay, sin embargo, quien piensa lo contrario; á grandes crímenes, luz, mucha luz, pero no de gas.

Que procuráis dar á los presos distraccion útil y provechosa, bien lo dan á entender los cantares que siguen:

El pajarito en la jaula
Se divierte en el alambre,
Así me *entretengo* yo
Con las rejas de la cárcel.

---

(1) *Hacer un San Bartolomé* es *desollar á uno vivo.* La creencia de que San Bartolomé murió desollado, se ha trasmitido al pueblo, que la conserva en sus coplas:

Yo te tengo de querer
Hasta mudar el pellejo
Como San Bartolomé.

De aquí la citada frase andaluza que no tiene semejante en la poesía erudita, por lo original y sintéticamente que expresa el pensamiento. No es ella, en nuestro juicio, un recuerdo de la noche de San Bartolomé en Francia, por más que acaso exista algun cantar que conserve la tradición de aquella proeza católica y de su héroe el cristianísimo rey Cárlos IX.

Cuando yo estaba en prisiones
Solito me *entretenía*
En contar los eslabones
Que mi cadena tenía.

—

Tenía mi calabozo
Una ventanita al mar,
Donde yo me *entretenía*
En ver los barcos pasar.

Los resultados de vuestros procedimientos, preciso es confesarlo, son tan buenos como aquellos hábiles: con vuestro método excelente y previsor, conseguís que el criminal aprenda á estimar la libertad en su justo valor y el uso que debe hacer de ella.

Aunque estoy prisionerillo
Yo tendré mi libertad,
Y esos gustos que has tenido
Te se volverán pesar.

El impedimento no puede ser más fuerte: no obrará el mal porque

Estas rejas son de bronce
Y estas paredes de piedra;
Mis amigos son de vidrio,
Por no quebrarse no llegan.

—

. . . . . .
. . . . . .
Los grillos y las cadenas
No me caben en los piés;

que si no ya os mostrara el discípulo hasta qué punto aprovecha las lecciones de sus maestros: por lo demás, seguir con los criminales, que son hombres y por tanto séres morales, un procedimiento apropiado á su naturaleza racional, sería ocioso; si no oid:

Yo no siento el estar *preso*
Ni en *calabozo* dormir,
Pero siento las *razones* (1)
Que me mandas á decir.

Una *razón* vale, duele y enmienda más que vuestros oscuros é insalubres calabozos, y aún que las delicias que proporcionáis á los presos, bien indicadas en esta copla:

La cárcel es el infierno,
Los carceleros el diablo,
Los jueces los que condenan
Y ellos son los condenados.

---

(1) No es ésta la única copla en que el pueblo muestra el alto valor que concede al espíritu:

Más *mata* una mala lengua
Que las manos del verdugo;
El verdugo mata á un hombre
Y una mala lengua á muchos.

Refiérese aquí á la muerte moral del indivíduo: á la pérdida de la honra, de la que decia Calderon en su inmortal *Alcalde de Zalamea:*

Al Rey la vida y la hacienda
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.

Bien es verdad que el pueblo, rudo y todo, apela en tiempo, aunque no siempre en forma, al Tribunal superior, de la justicia ordinaria á la Providencia. Por esto y para esto las *revoluciones*.

Porque dije ¡viva el lujo!
Me metieron en la cárcel,
Viva el lujo y quien lo trujo
No faltará quien me saque.

¡Lástima que el que vela por la Humanidad y la encamina á la consecución de sus destinos, desatienda aparentemente las quejas del indivíduo y á veces las de una generación entera!!!

Si hemos escrito un artículo casi político, pretendiendo hacer uno literario, culpa es nuestra y

---

y una copla andaluza:

El corazon te daré,
Tambien te daré la vida,
Y el alma no te la doy
Porque no es tuya ni mia.

Mejor aún es en nuestra opinión el siguiente cantar, que pone de relieve hasta qué punto es la pena cosa aplicable al espíritu, y las barreras que se elevan dentro de éste contra el mal, de más eficacia que los obstáculos materiales, por fuertes que ellos sean:

Por agravios que me hagas
De tí no me vengaré,
Porque te vale el *sagrado*
De haberte querido bien.

Delicado derecho de *asilo*, más precioso, á nuestros ojos, que el que ideara una religion de paz y caridad en los siglos medios.

no de nadie; sin embargo, esperamos que sus lectores sean indulgentes, atendida la época crítica que atravesamos y el natural interés que á todo español inspira la suerte de este desgraciado y abatido país. Levantar el espíritu de la justicia, tan amenguado y decaído en los tiempos que corremos, fuera digna misión de un Gobierno honrado y liberal: no hacerlo, de infames; intentar, escuchando la depurada opinión de la Ciencia, y la no ménos majestuosa del Pueblo, reformas en todos los ramos que con la administración de justicia se relacionan, sería empresa digna de elogio merecido, que lograría acallar hasta las más honradas, aunque hoy y aquí quizás inoportunas aspiraciones de un partido político, dueño del porvenir y amado del presente, porque intenta realizar lo que exige la razón á todo hombre que escucha atentamente á su conciencia y no reniega de su naturaleza ó se ofusca con la forma exterior, perdiendo de vista la verdadera esencia de las cosas y los acontecimientos.

Enero de 1870.

MODISMOS POPULARES

MODISMOS POPULARES

Es muy frecuente en las canciones andaluzas la sustantivación del verbo (1); citaremos ejemplos que lo comprueben:

Por donde quiera que voy
Parece que te voy viendo;
Son las sombras del *querer*
Que me vienen persiguiendo.

Como indicamos en la nota, se sustantiva el verbo en esta ocasión para *personificar* el cariño, misión propia de la fantasía, por la que tanto brilla

(1) Este modismo, tomado del griego, no tiene en nuestro idioma nada de extraño, y así se encuentra entre los clásicos como en el pueblo. Mas éste lo usa con más frecuencia, llegando á no emplear el sustantivo correspondiente sino cuando se ve forzado á ello por la rima ú otro motivo cualquiera.

Tan imposible lo hallo
Olvidar yo tu *cariño,*
Como llegar á quitarle
Á San Antonio su *niño.*

Lo digno de observar aquí es la necesidad de sustantivacion que siente el pueblo, revelada en el cantar que citamos en el texto, y en los que dicen:

la privilegiada raza andaluza. Acaso no lograran aventajarla en propiedad, delicadeza y vigor nuestros poetas eruditos: en ella no hay palabra de más ni de menos; cada verbo, cada tiempo empleados contribuyen á realzar su mérito. Con justicia pudiéramos considerarla como uno de los mejores cantares andaluces: su único defecto es ser muy conocida, defecto que pudiéramos aplicar con igual motivo á las hazañas del Cid ó las del conde Fernán-González.

Si usted me quisiera á mí
Como yo la quiero á usted,
Nos llamaran á los dos
La *fundacion del querer.*

—

Cuando te veo me alegro
Y no te quisiera ver,
Porque se me representa
A la *imagen del querer.*

Metáfora más expresiva, en nuestra opinión, que la clásica *diosa del amor,* á que corresponde.

Encontramos algunas veces en las canciones andaluzas, objeto de nuestro estudio, los verbos sustantivados usados en plural, lo que no se encuentra en los eruditos, aunque sí á veces en los poetas y prosistas populares.

El pueblo forma de andar, *andares,* por modo de andar, y de querer, *quereres* y aun *quereles* en alguna ocasión (a), siendo acaso esta segunda forma de pluraliza-

(a) Por tus *quereles,* serrana,
Me voy quedando en la espina;
Estoy que me lleva el viento
Al revolver de una esquina.

A aquel pajarito, mare,
Que canta en la verde oliva,
Digale usted que se calle
Que su *cantar* me lastima.

Lafuente Alcántara presenta en su llamado *Cancionero* la siguiente variante de esta copla:

A aquel pajarito, mare,
Que canta en la rama verde,
Dígale usted que se calle
Porque su canto me ofende.

---

ción efecto de la influencia de la raza gitana sobre la andaluza, de cuyo consorcio ha resultado un género especial de cantares, conocido en Andalucía con el nombre de *cante flamenco.*

Tambien es digno de fijar la atención que miéntras el pueblo admite la sustantivación del verbo, usada por los clásicos, rechaza otros modismos que éstos admiten; v. g.: la forma contracta de los participios pasivos de los verbos, tomada del latín por nuestros escritores en el siglo XIII, apenas se encuentra una vez sola en la poesía popular, y ménos aún en el lenguaje ordinario de las gentes, manantial el más genuino, rico y fecundo para este género de investigaciones:

Los gitanos y gitanas
Cuando estrenan un *vestío,*
No se lo quitan del cuerpo
Hasta que lo ven rompío;

y el dicho popular: *Ese es un hombre mú leío y mú escrebío,* donde *escrebío* significa *que ha escrito mucho.... muy ejercitado en la escritura....* siendo la *e* de la segunda sílaba forma arcáica, y no defecto de la pronunciación, y la elision de la *d* anterior á la *o* final, carácter andaluz; v. g.: «Jorobáo, escosío, leío, escamisáo, perdío, comío, etc.»

Despréndense de la comparación de ámbos cantares diferencias que, de escasa importancia al parecer, son, sin embargo, esenciales: aparece en uno la expontánea creacion del sentimiento popular, y la modificacion amanerada y de mal gusto que de él hizo algun presumido crítico en el otro. Para demostrar esto, estableceremos algunas razones en que poder fundar nuestra apreciación. Decíamos en un anterior artículo, que era inapreciable la sucesión de los instantes en este género de creaciones artísticas; mas, si tenemos en cuenta que son hijas del sentimiento esencialmente, y que éste tiene por ser tal una manera de obrar y no otra, fácil nos será comprender desde luego cuán impopular es aquello de

Porque su canto me ofende,

verso, donde además de darse en forma de deducción la causa del deseo del autor de la copla, procedimiento anti-artístico y contrario á todo lo que es el sentimiento de suyo, se encuentra omitida la sustantivación del verbo (carácter popular) y se estropea horrorosamente la propiedad del *lastima,* sustituyéndolo, con muy buena intención, sin duda, pero con muy mal éxito, por el *ofende.* A riesgo de parecer algo sutiles, vamos á fijar la atención de nuestros lectores en la sorprendente propiedad del verbo lastimar, en la copla de que nos ocupamos, porque en ella creemos advertir una tenden-

cia que, aprovechada, acaso fuera útil para la ciencia del lenguaje y la literatura; tal es: aplicar *espontáneamente* las mismas palabras á distintas cosas, espiritual la una y material la otra. El cantar del pájaro, lastimando el oido, iba luego á lastimar el alma del cantor popular, de manera tan natural y fácil, que no parece (y en esto lo maravilloso del lenguaje) sino que lo agudo é incisivo de la í del mencionado verbo, iba á facilitar el paso del dolor del cuerpo al espíritu. El *rama verde* por verde oliva tampoco es despreciable para conocer el sello popular de la primitiva copla. Natural es que el cantor del pueblo, en quien predomina la fantasía sobre la inteligencia (si esto es así como nosotros lo pensamos) se impresionase, primero del color que de la determinacion posterior, *rama,* que con más tranquilidad de ánimo y ménos tino buscó el pulido corrector. Si atendemos al contenido de la copla, que es la expresion de un estado melancólico del alma, y á la vaguedad é indeterminacion propias de este particular estado, más crecerá á nuestros ojos el mérito de la primera y amenguará el de la segunda.

Acaba, penita, acaba,
Dame muerte de una vez,
Que con el *morir* se acaban
La pena y el *padecer*.

No siendo nuestro objeto en este artículo hacer

un detenido exámen de los cantares que apuntemos, vamos á limitarnos ahora á indicar la doble sustantivacion del morir y el padecer, haciendo observar cómo no proviene ésta de la imposicion de la rima. La muerte por el morir pudiera haberse dicho perfectamente sin alterar en lo más mínimo la metrificacion.

Tienen las que son morenas
Un *mirar* tan á lo extraño,
Que matan en una hora
Más que la muerte en un año.

—

Al campo fuí yo, y á un árbol
A contarle mi *sentir*,
Y al árbol de oir mi pena
Se le secó la raíz

—

Si San Rafael me diera
Las alas de su *volar*
Donde tengo el pensamiento
Fuera de un vuelo á parar.

—

Ya me están amortajando
Ya para mí llegó el fin,
Me están ajustando cuenta
De todo mi mal *vivir*.

—

Aquella fineza tanta
Y aquel *ponderar* amor,
Aquel no vivir sin verme...,.
¡Qué pronto te se acabó!

—

Pregunté si eras casada,
Que tu garbo me embelesa;
El *preguntar* no es errar
Si la pregunta no es necia.

—

No me hables de comida,
Ni me mientes el *comer*,
Que yo estoy alimentado
Tan sólo con tu *querer*.

—

Quisiera que Dios me diera
Un *olvidar* cariñoso,
Que te pudiera olvidar
Y tú quedaras gustoso.

—

Con ese *andar* tan ligero
Y ese modo de bailar
Tiene usted más hombres muertos
Que arenas tiene la mar.

—

Si el *querer* (1) que puse en tí
Lo hubiera puesto en un perro
Se viniera trás de mí.

—

(1) El hábito, que influye tan poderosamente en el pueblo (al que podríamos llamar con razon el hombre del hábito), ha hecho que la palabra *querer* se generalice y extienda excediendo quizás á sus propios límites: así que lo encontramos significando á veces el objeto amado, v. g.:

Á la boca de la mina
Se asomaba mi *querer*,
Etc.

otras como sinónimo de voluntad, cuya palabra lo reemplaza en ocasiones:

Tu *querer* es como el toro,
Que donde lo llaman va;
El mío es como la piedra,
Donde lo ponen se está.

—

Yo he visto con sol llover
Y claro ponerse oscuro,
Y concluirse el *querer*
Donde estaba más seguro.

Es muy común también en las coplas andaluzas el uso de los diminutivos, expresando ternura, pena, amargura, cariño, mimo, gracejo, burla y cuantos sentimientos pueden afectar el corazon humano, carácter marcadísimo en los citados *cantes flamencos* (1).

Si porque te ves querida
Me niegas la *voluntad.*
Mira que una casa grande
La derriba un temporal.

La palabra *querer,* sin embargo, se toma siempre en la acepcion amorosa; así que jamás se oye decir á un padre, tengo mucho querer á mi hijo, mientras es muy frecuente la frase: *le tengo mucho querer á esa mujer.*

(1) Ovejita' eran blancas
Y el praíto verde
Y el pastorcito—que la 'está (a) guardando
De *ducas* (b) se muere.

—

El día que en capilla
Metieron á Riego
Los suspiritos—que daban sus tropas
Llegaban al cielo.

(a) Indicamos con un apóstrofe la elision de las letras.
(b) Pena honda.

El *barquito* del vapor
Está hecho con idea;
En echándole carbón
Navega contra marea.

—

Somos dos *hermanitos*
Sin calor de nadie,
Al que haga bien por nosotros
Dios se lo pague.

—

Desgraciado el *arbolito*
Que solo en el campo nace,
Todos los aires del mundo
Contra sus ramas combaten.

—

Estamos en un *mundillo*
Tan lleno de indignidad,
Que no tenemos más honra
Que la que nos quieren dar.

—

Eres chiquita y bonita
Y así como eres te quiero,
Pareces *campanillita*
Hecha á manos de un platero.

—

Hasta los *caracolitos*
Que hay en la orilla del mar
Me aconsejan que te olvide
Y no te puedo olvidar.

—

A las *yerbitas* del campo
Les cuento lo que me pasa,
Porque no encuentro en el mundo
Persona de confianza.

El pueblo no sólo usa disminutivamente los nombres, sino los adjetivos, los. participios y gerundios de los verbos y hasta las preposiciones y frases adverbiales, lo cual jamás se observa en la poesía erudita, sino es en algún escritor festivo, v. gr.:

Que por lo que quieras pase?...
He *repasaito* mis libros,
Me tiene cuenta el dejarte.

—

En el rio la encontré
Asentaita en la arena;
Ella no me dijo nada,
Yo le dije: agur, morena.

—

Se han *cerraillo* los templos,
No me quieren confesar,
La absolución no me echan
Si no dejo tu amistad.

—

Madre, yo me voy con él;
Se ha *llevaito* ese hombre
La raíz de mi querer.

—

Mamita, por compasión,
No me mires sin piedad,
Que me estás *mortificandito*
Con esos ojos de soledad.

—

Tengo yo mi corazón
Hechito cuatro pedazos,
Pero me queda el consuelo
Que he de morir en tus brazos.

—

Encimita de tu frente
Te lo tengo de escribir,
Pondré una *a* y una *m*
Y entre las dos una *i*.

—

¡Quién hubiera de decir
Que una *cosita* tan dulce
Tuviera *amarguito* al fin!

—

Tu querer es como el toro
Luégo que sale á la plaza,
Que como se vé *heridito*
Quiere tomar la venganza.

—

Colmaillo tengo yo el gusto
Cuando te tengo á mi vera;
Las fatigas de Dios paso
Cuando te vas y me dejas.

—

Mira lo que andan hablando;
Sin tener *naita* contigo
La vida me están quitando.

—

¡Qué *amarillita* que estás
Y qué *llenita* de ojeras!
Yo te volveré á querer,
Niña, porque no te mueras.

—

Te ofrezco *arrodillaita*,
Maresita e la Mersé,
Que si mi *gustillo* logro
Un hábito me echaré.

Febrero, 1870.

FONÉTICA ANDALUZA

FONÉTICA ANDALUZA

En la imposibilidad de intentar por ahora un razonado artículo acerca de la pronunciación de las provincias andaluzas, vamos á concretarnos á apuntar las escasas y ligerísimas observaciones de esos que han dado cierta gente en llamar vicios de pronunciación, sin otra causa ó motivo que por no ajustarse ó ceñirse á las principales reglas de aquel corto número de idiomas que ellos conocen algo, no mucho tampoco, ni muy á fondo ordinariamente.

Los fenómenos de pronunciación son complejos, no simples é hijos sólo, como acaso piensan algunos, de los antecedentes históricos y de las condiciones climatéricas, cuya innegable influencia consigna el Sr. Canalejas en su obra con tanta justicia apreciada de propios y extraños (1).

(1) Las relaciones de latitud geográfica ó de clima son importantes en la fonética de los idiomas. Así los labios toman una parte más activa en la pronunciación en los idiomas meridionales que en los del N., donde se cuida

El pueblo manifiesta en sus dialectos (obra artística suya) todo su carácter é individualidad: por eso le vemos preferir unos sonidos á otros, unas articulaciones á otras y crearlas propias y en armonía con su esencia, llegando á veces hasta á aplicarlas con fin estético.

Así observamos que el andaluz muestra predileccion por unas consonantes y aversion decidida hacia otras: gusta mucho de la aspiracion de la *h*, y la pronunciación de la *s* como silbante le fastidia y enoja: transforma en *r* la *l* por antipática á su espíritu, y apenas si emplea la *d* cuando no puede echarla á hombros agenos. Este amor y este odio hacia las inofensivas letras, revela algo fundamental que no depende ya del estado y conformacion del órgano físico, sino que sirve para descubrir á ese individuo mayor, sin nombre todavía, que marca el tránsito de la provincia (hoy imperfectísima división geográfico-política) á la nación ó *pueblo,* individuo real, personal y vivo que tiene límite cierto, esfera propia y derecho suyo.

Mas concretándonos á nuestro objeto, haremos observar que los fenómenos de pronunciación indicados no se repiten constantemente de idéntica

de conservar las vias respiratorias de la accion del aire helado. Así un filólogo moderno (Escayrac de Lauture, O. C., pág. 6), examinando dos mil articulaciones, ha encontrado la labial *m* en chino 15 veces, en árabe 150.

manera; antes bien, obedecen á numerosas leyes que se enlazan y aúnan para concurrir todas al mismo fin: revelar la propia esencia, la originalidad, el individuo humano.

La D.

Se elide esta letra cuando se encuentra entre dos vocales, v. g.:

Has de venir á buscarme
Con el corazón partí'o
Llorando gotas de sangre.

—

Seis años después de muerto,
Y de gusanos comí'o,
Tendrá señales mi cuerpo
Del tiempo que te he querí'o.

—

Chiquilla, tú eres muy loca;
Eres como las campanas,
Que to'ito el mundo las toca.

—

Cuando se ven en la calle
Personas que se han querí'o,
Se les mú'a la coló
Y se les quita el sentí'o.

Pero se conserva cuando va precedida de consonante; v. g.:

Anda vete con el mundo,
Que el mundo te dará el pago,
Que también el mundo arregla
Al que anda desarreglado.

La H.

Sabido es de todos que los andaluces emplean con frecuencia suma la aspiración de esta letra: con ella producen un sonido análogo al que resulta del espíritu áspero de los griegos, de la guturalizacion del árabe, y también de la aspiración de la misma *h* en los idiomas de orígen teutónico, como por ejemplo, en las palabras inglesas *horse, house, home, hand, heart.* Esta tendencia á aspirar la *h*, aunque frecuente en extremo, no se encuentra, sin embargo, usada siempre, por lo que no creemos inútil presentar en cantares, ya que de ellos nos hemos ocupado en los artículos anteriores y nos habremos de ocupar en los sucesivos, los casos en que tiene lugar este fenómeno, valiéndonos para indicarlo de la colocación de un espíritu rudo sobre la letra aspirada y anotando debajo las indicaciones que sobre el asunto se nos ocurran.

Hombre pobre huele á muerto;
A la 'hoyanca con él,
Que el que no tiene dinero
Requiescant in pace amên.

En esta copla no suena la *h* del vocablo hombre, derivado del *homo* latino, mientras se aspira la de hoyanca, que proviene de *fovea;* de lo cual deducimos que la *h* latina conserva su primitivo carácter al pasar al andaluz, mientras la *f* se convierte en *h* aspirada, como pudiéramos comprobar

en numerosos ejemplos: no deja, sin embargo, esta regla de presentar excepciones; v. g.:

'Hasta los árboles sienten
Que se les caigan las hojas,
Mira si sentiré yo
Que 'hablen mal de tu persona.

La *h* de hojas no se aspira en esta copla, á pesar de que procede de vocablo que tiene *f* en latín, por una razón eufónica, cual es la de evitar el mal sonido que resultaría de decir *joja:* en cuanto al *'hablen,* derivado del *fablare,* permanece fiel á la citada regla, sonando también la *h* de *'hasta,* palabra de que no nos ocuparemos ahora por no provenir de origen latino.

Ven acá, mala flamenca,
No te ha quedado en el cuerpo
Una *gotilla* de sangre
Que te *'haga* movimiento.

Aspírase en nuestro sentir la *h* del *'haga* por tres razones, sin que nos atrevamos á afirmar cuál de ellas es la más poderosa: primera, por derivar de vocablo que en latín tenía *f (facio);* segunda, por exigirlo así la medida del verso, y tercera, por levantar y dar valor al primer vocablo subrayado del cantar, hecho quizás diminutivo igualmente con fin estético. En tesis general es para nosotros indudable que puede resultar una belleza del modo de pronunciar una letra en un caso dado, confir-

mándose nuestra opinión en aquel pasaje de la *Eneida,* libro 2.º, verso 292, en que dice Virgilio:

«. . . . . Li Pergama dextra
Defendi possent: etiam 'hac defensa fuissent,»

cuya aspiración vigoriza la palabra realzando la energía del pensamiento del poeta latino.

Si en la ocasión presente nos equivocamos imaginando una belleza donde no la hay, tampoco será por ello menos cierto el principio de que no hay cosa pequeña ni desatendible para estudiada. Curioso fuera también con este motivo estudiar la transgresión *expontánea* que el pueblo hace de ciertas reglas en vista de otras, en mi entender, superiores; p. ej., hay versos incompletos ó sobrantes; y esto, no por falta de delicadeza en el oído, sino por no ahogar ó mutilar el pensamiento dentro de la forma métrica, criterio que siguió el susceptible y escrupuloso Sr. D. Alberto Lista en su decantada oda á Jesús.

La *h,* finalmente, seguida de *ue,* diptongo, suena como *ga, go, gù,* v. g.:

Aunque me vés niña y sola,
Güerfana de padre y madre,
No me tires al codillo
Que Dios no 'esampara á nadie.

—

Es verdad que te he querido,
Que te quise no lo niego;
Pero casarme contigo,
Límpiate, que estás de güebo.

La L y la LL.

La *l* se pronuncia como *r*, no obstante que en los cantares hasta aquí citados, hemos escrito *l* y no *r*, siempre que precede á una consonante; por ejemplo:

Yo le pedí tiempo *ar* tiempo
Y *er* tiempo me respondió,
Que con *er* tiempo tendría
Tiempo, lugar y ocasión.

—

Nadie diga bien estoy,
Porque yo he solido estar
En casa de *barconaje*
Y ahora vivo en un solar.

—

Compañerita de mi *arma*,
Ya no puedo con más penas;
Si tú no me las alivias
Tengo de morir con ellas.

—

Si Dios me saca con bien
De *er* servicio militar,
Haré cuenta que me he muerto
Y he *vuerto* á resucitar.

—

Sordado soy de á caballo,
Cuanto quieras te daré;
Pero en tocando á casaca
No quiere mi coronel.

La *ll* se pronuncia como la *y* seguida de vocal:

Virgen de Santa Marina,
Yo se lo pedí *yorando*
A la Pastora Divina.

—

Manojiyos de alfileres,
Morena, son tus pestañas;
Y cada vez que me miras
Me los clavas en el alma.

—

Dicen que me has de *yevar*
A vivir á un *ventorriyo*,
Yévame donde tú quieras,
Que tu *gustiyo* es el mío.

—

Cuando me meto en mi cuarto
Y te encomienzo á *yamar*
Las paredes se escalichan
De fatigas que me dan.

La S y la C.

La *s* se pronuncia como *z* y la *c* como *s*, mas no con ese sonido silbante que tiene la *s* griega, la *s* líquida de los latinos ó la *s* que pronuncian los madrileños, sino con un sonido especial y propio, peculiar exclusivamente á la raza andaluza:

Vente conmigo á mi casa,
Y yo le diré á mi madre
Que eres la Virgen de *Grasia*.

El sonido de la *s* final, cuando se percibe, fluctúa entre el de la *z* debilitado y el de la *h* aspirada:

Las lusesita'h que briyan
De noche en er sementerio,
Están disiendo á lo'h vivo'h
Que se acuerden de lo'h muerto'h.

—

Disen que no me pue'eh ver;
El remedio está en tu mano;
A'onde quiera que me viere'h
Hazme la cruz como al diablo.

Abril de 1870.

COPLAS REFRANESCAS

COPLAS REFRANESCAS

Las coplas llamadas sentenciosas son en su mayoría refranes cantados. Y esto no extrañará, puesto que, á ser cierto lo que pensaba el gracioso y cuerdísimo escudero Sancho Panza (1) (de cuya muerte, acaso con gran intención y profundidad, nada dice el sabio Cide-Hamete-Benengeli), natural es que el pueblo lleve, adonde quiera que vaya, su *caudal* y *hacienda*, que *ninguna otra tiene;* y muestre su idea y pensamiento propio, así en el refrán como en la copla, en la seguidilla como en el romance, en el cuento como en la adivinanza. No poco curioso sería ver también la serie de formas que afecta el pensamiento popular antes de sintetizarse en el hecho y traducirse en la vida en obra práctica. La copla sentenciosa es posterior, en nuestro sentir, á los refranes, y algo más que el

(1) *Don Quijote,* tomo II, cap. XLIII. «A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes,» etc.

marco y puro adorno exterior de aquéllos: en unas está como glosado y yuxtapuesto; en otras de tal modo encarnada y descompuesta su forma anterior, que aparece como expontáneo é improvisado en el momento de cantarlo. Con sólo examinar un mismo pensamiento, en canciones de distinta metrificación, ya se observa una diferencia notabilísima: ¡cuánto más no se apercibiría ésta entre una copla y un adagio!

Vamos á tomarnos la libertad de mostrar un pensamiento cualquiera en una copla, en un refrán y en una seguidilla, para comprobar la indicación hecha y sacar alguna otra de interés para nuestro estudio.

Nadie diga: bien estoy;
Porque yo he solido estar
En casa de balconaje
Y ahora vivo en un solar.

El primer verso indica la intuición de la ley: instabilidad de las cosas humanas. Los tres versos restantes indican el cómo se ha encontrado la ley general, induciendo con increíble rapidez desde el hecho individual y el estado presente del que canta.

Este mismo pensamiento, cayendo bajo el influjo de la inteligencia, se ha hecho refrán,

Nadie diga de este agua no beberé,

que se conserva íntegro en este cantar:

Nadie diga en este mundo
De este agua no beberé;
Por muy turbia que la vea
Puede apretarle la sed,

ganando en fijeza lo que pierde en extensión y universalidad, pues refiere á una cosa dada lo que en la vista racional se aplicaba á todo.

Este mismo pensamiento se ofrece en forma deductiva en la seguidilla, composición de suyo más artificiosa y menos artística que la copla:

Por cosas de este mundo
Nadie se apure,
Que no hay mal que no acabe
Ni bien que dure.

Es decir, en vista de la ley *todo pasa:* consuélate: procedimiento contrario al anterior.

Este pensamiento, como cualquiera otro, al caer bajo el pleno dominio de la fantasía, se hace individualísimo, se convierte en copla y se manifiesta en rica é inagotable variedad: v. g.:

En algun tiempo era yo
La piedra de tu cimiento,
Y ahora soy un esconchao....
Mira lo que 'hace el tiempo.

—

Cuando pasé por tu puerta,
Castillo, te ví caído,
Y ahora que vuelvo á verte
Te encuentro fortalecido.

—

Si porque te ves querida
Me niegas la voluntad,
Mira que una casa grande
La derriba un temporal.

—

Algun día era yo un rey
Y ahora soy un mal vasallo;
Estaba hecho á gobernar
Y ahora me están gobernando.

—

Algun día eran tus ojos
Alegría para mí;
Y ahora son las alcayatas
Donde cuelgo yo el candil.

Y la magnífica que dice:

En la puerta de un molino
Me puse á considerar
Las vueltas que ha dado el mundo
Y las que tiene que dar.

Ahora vamos á limitarnos á presentar ejemplos numerosos de coplas, cuyo contenido sea un refrán, dejando para otro día ampliar estos breves y mal perjeñados apuntes:

Del árbol caído todos hacen leña.

Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido:
Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído.

Y este:

No hay quien levante á un caído
Ni quien la mano le dé;
Como le ven abatido
Todos le dan con el pie.

Vemos la paja en el ojo ageno y no vemos la viga en el nuestro.

La vecina de enfrente
Mira mi casa;
Pero no vé la suya
Que se le abrasa.

—

Y

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Delante los agenos,
Detrás los míos.

Nadie se alabe hasta que acabe.

Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté,
Que muchos en el estribo
Se suelen quedar á pié.

Por la boca muere el pez.

Nadie descubra su pecho
Por dar alivio á su pena,
Que el que su pecho descubre
Por su boca se condena.

Pleitos tengas aunque los ganes.

Los pleitos y las sangrías
Lo mismo vienen á ser;
Evítalos cuanto puedas
Si no quieres padecer.

Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa.

Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco te basta.

¿De qué te sirve el saber
Si la fortuna te falta?

Quien con lobos anda á aullar se enseña.

Las malas compañías
Son una peste,
Que sólo con el trato
Se pega siempre.
Huye pues de ellas
Que es el único medio
De precaverlas.

—

Con los de malas costumbres
Nunca trato has de tener;
Que un hombre malo y vicioso
A ciento suele perder.

Obras son amores y no buenas razones.

Más bien en las acciones
Que en las palabras
Se descubre lo oculto
Que hay en el alma.
Y así no fíes
De ofertas, que con obras
No se confirmen.

La suerte de la fea la bonita la desea.

Logra el tonto por influjo
Lo que al sabio no le dan,
Que el premio y las buenas mozas
Siempre se destinan mal.

Quien mal anda mal acaba.

En este mundo redondo
Quien mal anda mal acaba;

En casa del jabonero
Aquél que no cae resbala.

Amor ni dinero pueden estar encubiertos.

Los amores ni el dinero
No pueden estar cubiertos;
El dinero porque suena,
Los amores por inquietos.

De fuera vendrá quien de casa nos echará.

A mi amigo lo llevé
A casa de la que amaba,
Y luego á los pocos días
Mi amigo á mí me llevaba.

—

A casa de mi dama
Llevé á mi amigo;
Él se quedó por amo,
Yo despedido.
Esto sucede
Por llevar los amigos
Donde hay mujeres.

El amigo que no presta y el cuchillo que no corta,
que se pierdan poco importa.

Pedernal que no echa lumbre
Y cuchillo que no corta
Y el amor que no es constante
Que se pierdan poco importa.

Más vale pájaro en mano que ciento volando.

Yo conocí al que tenía
Un pajarito en la mano,
Y por ir á cojer otro
Se le han escapado ambos.

Tambien es aplicable á este cantar, el refran: *La codicia rompe el saco.*

Hasta los gatos tienen tos.

Escuche usted, mozo bueno,
No gaste usted fantesía,
Que el carro de la basura
Tambien gasta campanilla.

En boca cerrada no entran moscas.

El secreto de tu pecho
No se lo digas á nadie,
Mejor te lo guardará
Aquel que no te lo sabe.

Cuando te den la vaquita acude con la soguita.

Cuando ofertas te hagan
Acude luego,
Porque muchos ofrecen
De cumplimiento.
Y un desengaño,
Importa, si lo adviertes,
Más que un regalo.

A buen hambre no hay pan duro, y no hay mejor salsa que la hambre.

Los pobres más hambrientos
Son los más ricos,
Porque todo lo comen
Con apetito.
No así los grandes,
Que aunque todo les sobra
Les falta el hambre.

Quien no es agradecido no es bien nacido.

Vicios hay en el mundo
De gran tamaño,
Pero el peor de todos
Es ser ingrato.
Que hasta la fiera
Reconoce la mano
Que la sustenta.

Quien más mira menos ve.

Anduvistes escogiendo
Como higos en banasta,
Y al fin vinistes á dar
Con uno de mala casta.

Quien bien siembra bien coje.

El que siembra alcachofas
Espinas coje;
El que cria colmenas
La miel se come.

Todo se sabe, hasta lo de la callejuela.

Con el secreto mayor
Planté en mi huerto un aromo,
Y luego por el olor
Se supo sin saber cómo.

Al pobre el sol se lo come.

—Hombre pobre, ¿quién te ha muerto?
—La propia necesidad;
Que es capaz un hombre pobre
De apestar una ciudad.

Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Yo crié un cuervo chiquito
Con intencion que volara,
Pero luégo me sacó
Los ojillos de la cara.

Agosto de 1870.

COPLAS SENTENCIOSAS

COPLAS SENTENCIOSAS

Es nuestro intento en este artículo dar una idea de lo que á nuestro juicio debe entenderse por coplas (1) sentenciosas, indicando las diferencias que existen entre las así clasificadas, según la fuente de conocer de que derivan (2): en este ánimo comenzamos la lectura del Cancionero del señor Lafuente, maravillándonos mucho de no encontrar una nota siquiera que viniera á significarnos el mérito de estas composiciones, que manifiesta hasta qué punto el pueblo debe ser considerado en la ciencia y cuán interesante sería para ésta consultar esas magníficas vistas reales que la razón natural ó el sentido común ofrecen. Vamos, pues, á fijarnos en un solo cantar, procurando desenvolver algo de su fecundo contenido:

(1) Usamos en este artículo los vocablos *cantar* y *copla*, como sinónimos.

(2) Según la fuente de conocer de que provienen, pueden dividirse las coplas en *sentenciosas*, puramente dichas, ó *racionales*, y casi *sentenciosas* ó *experimentales*.

No adelantes el discurso
Sino para pensar bien;
Porque á veces discurrimos
Lo que no ha sido ni es.

Vete con pies de plomo en tus juicios; y si así no lo hicieres, piensa siempre bien, que en esto no cabe daño, porque obrarás conforme á tu propia ley: lo contrario no debes hacer, porque el juicio no es infalible y puedes fácilmente equivocarte y errar si lo apresuras, que es difícil cosa penetrar en el espíritu de los otros hombres y punto poco menos que imposible el conseguirlo por la serie infinita de traducciones que para ello hay que llevar á cabo. Este es, en definitiva, el contenido del cantar; aconsejar su fin y su forma la imperativo-prohibitiva (1). Pero si en toda copla sentenciosa se ordena ó prohibe categóricamente, ¿de qué modo explicarnos los dos versos últimos de la que examinamos, que viene como á mitigar la severidad del mandato contenido en sus dos versos primeros? ¿Necesita acaso la razón, dueña y señora del espíritu, de otra fuerza que la suya para ser obedecida? No, ciertamente; y lo que en cada copla está aparentemente fuera del precepto, no lo está en la realidad; antes bien, lo robustece y contribuye á prestarle gracia y

(1) La mayor parte de las coplas sentenciosas, y sobre todo las sentencioso-morales, como la que ahora nos sirve de ejemplo, afectan la forma de mandato, afirmativo unas veces, prohibitivo otras.

colorido. En efecto; á poco reflexionar vemos que si el hombre no fuese libre para seguir ó no el precepto moral, carecería de responsabilidad y no les serían sus actos imputables. Porque es libre y puede desatender los consejos, van éstos unidos de advertencias saludables que le induzcan á bien obrar, y en esta parte, más sujeta á condición y circunstancias exteriores, es donde principalmente luce la fantasía ó el ingenio del individuo que trae á una nueva esfera de vida el pensamiento racional. Ejemplos mostrarán ésto:

Nadie murmure de nadie,
Que somos de carne humana;
Y no hay pellejo de aceite
Que no tenga su botana.

—

No te fies de consejos
Aunque te los quieran dar:
Guiate de lo que salga
De tu propio natural.

—

Ninguno por estar bien
A ningun otro desprecie;
Que un galón de oro torcido
Da la vuelta y se destuerce.

—

Nunca pidas, nunca debas,
Nunca á nadie le hagas mal,
Siempre mira, siempre calla
Y las gracias me darás.

—

Dale la mano al caído
Y ayúdale á levantar,
Mira que estás en el mundo
Y algún día tú caerás.

—

Por cosas de este mundo
Nunca te apures,
Que no hay bien que no acabe
Ni mal que dure.

—

El que en sí sólo piensa
Y á nadie quiere,
Sólo con los trabajos
Su error advierte.
Sé para todos,
Si en los trabajos quieres
No hallarte solo.

—

Nunca en secreto hagas
Acciones tales,
Que en público no puedan
Manifestarse;
Pues así logras
Que salgan uniformes
Todas tus obras.

—

El que sincero alaba
Las obras buenas,
En cierto modo tiene
Su parte en ellas;
Porque consigue
De quien oye aplaudirlas
Que las imite. (1)

(1) En los cantos populares gallegos existen también coplas sentenciosas, por ejemplo:

Procedimiento parecido se observa en los proverbios, sentencias racionales ó experimentales, menos líricas y ricas en sentimiento que las coplas, pero más utilizables para la práctica de la vida. Siendo los refranes, al par que más usuales y necesarios, hijos especialmente de la experiencia, los hay opuestos, llegando muchas veces á contradecirse unos á otros por completo y á desviarse enteramente del precepto racional. Así, el *piensa mal y acertarás* es un consejo contrario en un todo al

No adelantes el discurso
Sino para pensar bien;

oposicion no irresoluble sino explicable, como procuraremos demostrar en el artículo próximo.

Setiembre, 1870.

Non hay cantiga n-o mundo
Que non tiña seu refran;
Nunca ninguem faga conta
Se non d'o que ten n-a man.

—

O secreto do teu peito
Non contes á teu amigo;
A amistá logo s' acaba
Y él che sirve de testigo.

En su lugar respectivo nos ocuparemos detenidamente de este particular.

ANTINOMIA ENTRE UN REFRÁN Y UNA COPLA

ANTINOMIA
ENTRE UN REFRÁN Y UNA COPLA

A la consideración de que nada hay pequeño para aprendido, ni despreciable como enseñanza, nos trae la promesa que hicimos en el artículo anterior de resolver la verdadera antinomia que se presentaba entre el refrán y la copla que examinábamos. Entraña ella el problema, constantemente reproducido en la historia, de la oposición entre la unidad y la variedad, entre la razón de una parte y el sentimiento y la inteligencia de otra, y resolverlo equivale á deshacer el error generalísimo de juzgar sólo de la esencia de las cosas por el accidente ó la determinación última. Pero vengamos á nuestra copla y á nuestro refrán.

Decíamos de la primera, que, además de aconsejar la prudencia, ordenaba *Pensar bien* en forma tan categórica y absoluta, que aun la misma virtud tan estimada del gran filósofo griego, había de ceder ante tal mandato, porque para pensar bien, según el autor indica, es permitido anticipar

el juicio. Del segundo, que nos limitábamos á apuntar, indicábamos sólo que era la antítesis de la copla. Y ¿cómo explicar que puedan coexistir dos sentencias tan opuestas, populares las dos? ¿Cuál de ellas ha de guiarnos para conocer la verdadera naturaleza del pueblo? ¿Niéganse una á otra de manera que sea preciso hacer desaparecer una de ambas? Hé aquí la cuestión que realmente se nos ofrece entre el cantar y el adagio: figuran en esta lucha, de un lado, la humanidad con la copla (la palabra racional); del otro, el pueblo con el refrán (la voz de la experiencia); con razón afirma la una que el pensar bien es ley moral que quiere ser obedecida; con motivo y causa asegura el otro que el pensar mal es útil para prevenir el daño futuro. Sin embargo, reflexionando un poco, vemos cuán más elevado es el precepto que encierra la copla que el del refrán, puesto que éste se propone como único fin el acierto *(y acertarás);* y por el contrario, la copla lleva su fin en sí misma; pues aun cuando siempre hubiéramos de ser engañados por pensar bien, no por eso sería menos cierto que deberíamos hacerlo, si aspirábamos á ser buenos. *Nunca á nadie le hagas mal*, dice otro cantar, y es seguramente ofender al honrado, pensar de él torcidamente. Una numerosa série de hechos, elevados á ley con excesiva rapidez, produce aquí el refrán: un hecho solo, abultado por la

fantasía y acalorado con el sentimiento, basta para que en las coplas afectivas (de las que son una variedad las amorosas) se presenten tambien, en forma de absolutas, verdades que son muy relativas. *Todo lo puede el amor,* dice el pueblo en uno de sus cantares, y, sin embargo, ¡decid á una madre que vuelva con su amor á la vida el cuerpo moribundo de su hijo!, ó preguntad (si todo lo vence el dinero) á la augusta sombra del español Guzmán, ¿por cuánto oro hubiera entregado á los marroquíes la plaza de Tarifa?

Que el amor todo lo puede, es verdad (pero lo es en su límite y grado); en este sentido es bellísima la copla que dice:

Dicen que me has de llevar
A vivir á una montaña;
Llévame donde tú quieras,
Que el querer todo lo allana;

que el *dinero lo vence todo* no es verdad, absolutamente considerado, pero no deja de serlo que tanto *vales* cuanto *tienes;* que del hombre *arraigado* no te verás vengado; que las necedades del *rico* por sentencias pasan en el mundo; y tambien que

Cuando yo tenía dinero
Me llamaban Don Tomás,
Y ahora que ya no lo tengo
Me llaman Tomás no más;

y que

El que no tiene dinero
Con el viento es comparado,

Que nadie se arrima á él
No le pegue un resfriado;

y que

El querer del hombre pobre
Es como el del gallo enano,
Que en querer y no alcanzar
Se le pasa todo el año;

y la magnífica, elocuente protesta contra las injusticias sociales:

Más vale ser *rico y negro*
Que *pobre de buena sangre*,
Porque en este mundo indino
El dinero es el que vale.

—

Cuando se emborracha un *pobre*
Le llaman el *borrachón:*
Cuando se emborracha un *rico*,
Qué *alegrito* va el señor.

Del mismo modo el *piensa mal y acertarás* no es una verdad absoluta; pero tampoco es falso que por no precaver:

Yo pensé que eras castillo
Con alguna fortaleza,
Y ya veo que eres niña
Y en tí no cabe firmeza.

—

Pensaba el tonto, pensaba
Que yo por él me moría,
Y ya estaba yo ideando
El cómo lo dejaría.

—

Yo pensaba que era solo
El que tu jardín regaba,
Y ya veo que son muchos
Los que van y sacan agua;

desengaños todos que se hubieran evitado siguiendo el consejillo del refrán.

Pero si el que ahora examinamos es hijo únicamente de la experiencia, de suyo inagotable y ocasionada á error, ¿por qué no relegarlo al olvido y al desprecio? ¿Por qué no ensalzar el precepto moral de la copla, como el único verdadero y bueno? ¿Por qué no resolver la cuestión eliminando uno de los dos términos? ¿Por qué? Porque el dato experimental es, además de necesario, utilísimo para la vida; porque el consejo que ofrece el refrán que estudiamos, se halla en la copla misma, como la variedad en la unidad, como en la humanidad el pueblo. Por haber enseñado el resultado de la experiencia, sin duda exagerado en el refrán, que no siempre pensando bien se acierta, por eso precisamente la copla ha aconsejado, al lado del precepto moral, la cautela en el juicio: *no adelantes el discurso;* oponiendo á la creencia popular *pensando mal, aciertas,* la posibilidad de lo contrario:

«porque á veces discurrimos
lo que no ha sido ni es.»

Octubre de 1870.

COPLAS AMOROSAS

COPLAS AMOROSAS

En oposición á las coplas refranescas, que encierran un consejo de útil aplicación para la vida, y á las sentenciosas, propiamente dichas, ó sentencioso-morales, así llamadas por encerrar de ordinario un precepto para encaminar la voluntad al bien, son las coplas amorosas eminentemente subjetivas y líricas. En este género puede mostrarse más que en otro alguno, la vehemencia de los afectos; en él cabe desplegar la infinita serie de matices de que éstos son susceptibles y esas delicadezas hijas del sentimiento, cuya percepción desespera al crítico y causa en más de una ocasión envidia al erudito, que apenas si comprende la posibilidad de tanta y tan inesperada belleza. No contribuye poco á explicar éstas la admirabilísima obra (ya hecha) del lenguaje empleado por el pueblo con sorprendente propiedad. En la copla que dice,

Marinero, sube al palo:
Pregunta á la mare mía
Que si se acuerda de un hijo
Que en la marina *tenía*....

estriba la principal belleza (omitiendo la magnífica inversión del *mare mía*, por mi mare) en la triste vaguedad que en nosotros despierta el imperfecto con que lo termina su autor.

La que dice,

Tenía mi calabozo
Una ventanita al mar,
Donde yo me *entretenía*
En ver los barcos pasar,

es tan melancólica, que aun trasladada al lienzo conservaría su mismo indefinido melancólico carácter, sin más que dar al cuadro luces en armonía con la idea que el mar y un buque que se aleja despiertan en nosotros; y que sobra con la vista del mar para mover el alma humana á la contemplación religiosa, bien lo muestra la magnífica copla,

El que no sepa rezar
Que vaya por esos mares,
Y verá qué pronto aprende
Sin enseñárselo nadie;

en la que se enseña que la oración no es algo de convencional y de aprendido, sino algo expontáneo que más fielmente traduce la íntima relación del hombre con Dios.

Las coplas amorosas, por subjetivas, son menos populares que las sentenciosas, más fáciles de confundir con las de los eruditos y naturalmente de menos útil aplicación y menos escasa trascen-

dencia; en cambio la fantasía (y la de los andaluces no tiene rival, excepto la de los gitanos, en cuanto á poder), luce en ellas más principalmente, mostrando en variedad riquísima de imágenes, cuánta es su fuerza y cuán inagotables sus formas. No incurre fácilmente el pueblo en el defecto, tan común en los eruditos, de tener ciertas comparaciones como acotadas, ni es por cierto pecador de aquel género que con mucha gracia censuraba el popular Quevedo cuando en su conocidísimo romance que comienza

Qué preciosos son los dientes,
Etc.,

decia:

¿En qué pecaron los codos,
Que ninguno los requiebra?

antes bien sabe dar novedad á lo repetido: así, vulgar es decir á una mujer que es una rosa, que es un sol, que son sus ojos negros y hermosos ó de color de cielo; pero deja de serlo en los siguientes cantares:

Muchas veces estoy viendo
Las rosas de tu ventana,
Y muchas veces me engaño
Pensando que son tu cara.

—

Sale el sol por la mañana
Sale mi niña al balcon;
Sale el sol, sale mi niña,
Salen mi niña y el sol.

—

Los ojos de mi morena
Son lo mismo que mis males:
Negros como mis fatigas,
Grandes como mis pesares.

—

Anoche soñaba yo
Que dos negros me mataban,
Y eran tus hermosos ojos
Que enojados me miraban.

—

Tienes los ojos azules;
Ojos de color de cielo,
Y al cielo le darás cuenta
Del mal que hiciste con ellos.

—

Las rosas y los claveles
Se dieron una batalla,
Y los claveles ganaron
Porque reinan en tu cara.

En los cuales cantares se observa un sello de espiritualidad de que carecen aquellos que tienen un tinte arábigo más marcado, como son:

Tus cejas son medias lunas,
Tus ojos son dos luceros
Que alumbran de noche y día,
Siendo más que los del cielo.

—

Fuiste tú la que robaste
El color á la manzana,
Y la blancura á la nieve
Y la frescura á las aguas.

—

Son tus dedos palmas reales;
Tus manos dos azucenas;
Tus lábios finos corales;
Tus dientes menudas perlas.

—

Más hermosa eres que el sol,
Que la nieve en el desierto,
Que la rosa en el rosal
Y la azucena en el huerto.

—

Su color te dió la rosa,
El cielo su azul turquí,
Te dió su talle la palma
Y su blancura el jazmín.

—

Eres la palma gallarda
Y hermosísimo laurel;
Eres azucena blanca
Y bellísimo clavel.

—

Citarémos ahora algunas coplas amorosas, puramente andaluzas por su fondo y forma:

Ayer pasé por tu calle
Y te vide en el balcón:
Siempre que se mira al cielo
Se ve la gracia de Dios.

—

Con esa mata de pelo
Y esa cara de sandunga
Tiene usted más hombres muertos
Que tiene Isabel Segunda.

—

El día que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo,
Y hasta que tú no te mueras
No se tapa el agujero.

—

Salero, ¡viva el salero!,
Salero, ¡viva la sal!,
Que tiene usted más salero
Que el salero universal.

—

Sale el sol por la mañana
Y oscurece á las estrellas,
Y tú oscureces al sol
Cuando sales á la puerta.

—

Oiga usté, almacén de gracia,
Cuerpo de Corregidora:
Si yo fuera rey de Holanda
Le pusiera una corona.

—

Manojillos de alfileres,
Morena, son tus pestañas,
Y cada vez que me miras
Me los clavas en el alma.

Aun cuando las coplas afectivas, y entre ellas las amorosas, son individualísimas, no dejan, sin embargo, de tener algo de original y de común que indique su origen popular, no sólo en el giro y la construcción gramatical, sino en el pensamiento y aun en el símbolo; así v. gr., se ven con mucha frecuencia usados el limón, la naranja y el romero, en los cantares amorosos:

Yo tiré un *limón* por alto
Por ver si coloreaba;
Subió *verde* y bajó *verde*,
Mi pena se redoblaba.

—

De tu ventana á la mía
Me tirastes un *limón;*
El limón cayó en el suelo,
El ágrio en mi corazón.

—

El amor y la *naranja*
Se parecen infinito;
Que por muy dulces que sean
De ágrio tienen un poquito.

—

Debajo de un *limón verde*
Un pajarito cantó;
Cante quien amores tenga,
Que pronto cantaré yo.

—

Toma esa *naranja* china,
Que la cogí de mi huerto;
No la partas con cuchillo
Que va mi corazón dentro.

—

A mi caballo le eché
Hojitas de *limón verde*
Y no las quiso comer.

—

Echale tú á mi caballo
Hojitas de *limón verde*,
Y puede ser que algún día,
Flamenca, de mí te acuerdes.

—

En el cementerio entré
Y hasta el *romero* me dijo
Que era falso tu querer.

—

En el cementerio entré
Y le pregunté al *romero*,
Si hay un sitio señalado
Para el que muere queriendo.

—

¿Qué tienes en ese pecho
Que tanto trasmina y huele?
Albahaca de las Indias,
Mata de *romero* verde.

—

Si quieres que yo te quiera
Zahúmate con *romero*,
Que te se quite el olor
De los amores primeros.

—

A la mar fuí por *naranjas*
Cosa que la mar no tiene:
Metí la mano en el agua,
La esperanza me mantiene.

—

Eres la flor del *romero*,
Que me penetras el alma;
Y yo, como bien te quiero,
Voy siguiendo tus pisadas.

La exageración, carácter marcadísimo del andaluz, resalta sobremanera en estas coplas:

Si supiera ó entendiera
Que el sol que sale te ofende,
Con el sol me peleara
Aunque el sol me diera muerte.

—

Aunque te vayas al cielo
Y te pongas junto á Dios,
No te han de querer los santos
Como te he querido yo.

—

Tan imposible lo hallo
Olvidar yo tu querer
Como meterme en un coche
Y pasar la mar en él.

—

En la puerta de tu casa
Catorce muertos ví un día,
Porque los mató la pena
De que tú no los querías.

El andaluz canta sus celos y dice:

Desempedraré tu calle
Y la cubriré de arena,
Para mirar las pisadas
De los que rondan tu reja.

—

Si yo supiera las piedras
Que mi amor pisa en la calle,
Las volviera del revés
Que no las pisara nadie.

Muestra su vehemente pasion en delicadísimos versos:

Cuando paso por tu puerta
Y no me dices adiós,
Ni las ánimas benditas
Pasan más penas que yo.

—

Aunque te vayas al cielo
Y te ocultes en las nubes,

Te tengo de conocer
Por el amor que te tuve.

Pondera su constancia y añade con gracia sin igual:

Seré más firme en quererte
Que el castillo de León,
Que el año del terremoto
Tembló pero no cayó.

Octubre, 1870.

CANTES FLAMENCOS

CANTES FLAMENCOS

Los llamados *Cantes flamencos* constituyen un género especial de cantares sobre el cual no ha fijado aún sus ojos la distraída crítica de nuestros literatos. Al sacarlos á la escena, por vez primera, lo hacemos con cierta timidez; represéntasenos desde luego lo bajo y humilde de su cuna, su tosca rudeza, sus formas poco cultas, y el desairado papel que acaso les aguarda entre las doloras de un Campoamor ó las agudezas de un Selgas.

Nacidos muchas veces en la taberna, y en ella casi siempre, y por plazas y campos repetidos, son los *Cantes flamencos,* como en otro artículo indicábamos, una mezcla de elementos heterogéneos, aunque afines; un resultado del contacto en que vive la clase baja del pueblo andaluz con el misterioso y desconocido pueblo gitano. Ellos indican ser hijos de una fantasía poderosa, si las hay, pero lúgubre y tétrica, no risueña y rica como la andaluza; presentan como carácter predominante la determinación pleonástica de los objetos, y una

cierta pretensión de penetrar en la naturaleza íntima de las cosas, que hace á nuestra imaginación obstinarse en fingir una historia particular al pueblo que los créa; gitanos en su espíritu, y acaso en sus construcciones, y andaluces en su forma exterior, forman las delicias de nuestro pueblo bajo, que, por decirlo así, los paladea, como una buena ópera nuestras clases acomodadas.

Afectivos en su mayoría y sentenciosos algunos, varían en forma métrica según la música con que son cantados, y ésta pasa por una serie infinita de matices, desde el *jaleo* (tránsito de las alegrías andaluzas á las tristezas gitanas) hasta las *livianas,* cantes en que ya la guitarra se abandona, y sólo se acompaña el cantador con sus propios lamentos y quejidos.

Muestran estos cantares, en los pensamientos que expresan, una desnudez y franqueza que daña, y una marcadísima tendencia á representar el dolor tal cual es: son extremadamente sencillos, de donde acaso nace su principal belleza; llenos de ternura y de mimo, en ocasiones zalameros, y casi siempre tristes. El afán de presentar los objetos de relieve y como de bulto, y el ser afectivos estos cantares, quizás pueda explicar el uso inmoderado que de los diminutivos se les advierte, con lo cual y la música, el ánimo se predispone á los sentimientos más sombríos. Cuentan del Fillo, uno de los

más grandes *cantadores* que han existido, que no había hombre, por mucho que lo fuera, que sin llorar pudiera oírle, y en la actualidad escucha nuestro pueblo, embebecido en religioso silencio, á Silverio, el Quiqui, Curro Dulce, Paco el Sevillano y otros muchos. El pueblo descubre, sin duda, en estos cantes (ópera suya) armonías desconocidas para nosotros: prefiérelos á los alegres cantares andaluces, ligeramente impregnados de un tinte melancólico dulcísimo; desdeña á éstos, y apenas si los escucha cuando desea descansar de la profunda é intransigente atención que á los otros presta. Esta predilección hácia esta música especial, lúgubre y sombría, patentiza, con la necesidad íntima y profunda de sentir, propia de la raza andaluza, una degradación moral, aunque menos afeminada, análoga á la de nuestras aristocráticas clases, ardientes admiradoras de las producciones francesas.

Sirvan estas cortas y mal perjeñadas líneas como de presentación á este género de cantares, y juzgue el público por sí mismo de la muestra que á continuación le enseñamos: no busque en ella exacta medida de los versos; no por sílaba de más ó de menos se preocupe, que sería preocuparse de poco; si tiene ó ha tenido ocasión de escucharlos á cantadores diferentes, ya habrá observado esta aparente inexactitud, según lo que los inteligentes

llaman *estilo,* la cual no alcanza á robar á estos cantes su interés ni lo que *expresan* y *significan,* como obra de un pueblo que á todos nos importa conocer.

No sé yo por dónde
El espejito—donde me miraba—
Se le fué el azogue.

—

Por la Iglesia mayor
No puedo pasar,
Porque me acuerdo—de la mare mía—
Y me echo á llorar.

—

Rosita de Mayo
De las más tempranas,
Cómo recojes—en el mes de Enero—
Las primeras aguas.

—

Dile usté á mi mare
Que si no echa menos
Un hijito—de las sus entrañas—
Cuando está comiendo.

—

Por Dios, no me llores,
Que las fatigas—grandes que yo tengo—
No me las redobles.

—

Á un olivarito
Me fuí yo á llorar:
Olivarito—más desgraciadito—
No lo hay, ni lo habrá.

—

Yo soy desgraciado
Hasta en el andar,

Que los pasitos—que p'alante doy—
Se me van p'atrás.

—

Toítos se arriman
Al pinito verde,
Y yo me arrimo—á los atunales—
Que espinillas tienen.

—

Por Dios, si me muero,
Mira que te encargo
Que te pongas—un pañuelo negro—
Por siquiera un año.

—

Toos mis hermanitos
Duermen en mi casa;
Yo desgraciadito—por mala cabeza—
Ando á salto e mata.

—

Mi ropita está en venta,
Quién la quié mercar;
Que la vendo—por poco dinero—
Pâ tu libertad.

—

¡Malhaya el dinero!
Que el dinero es causa
Que los ojitos—de quien bien yo quiero—
No estén en mi casa.

—

To'os le pí'en á Dios
Salù y libertá,
Y yo le pí'o—una buena muerte—
No me la quié dá.

—

Á toítas las veo
Y no te veo á tí:

El corazon,—mare, por la boca—
Se me quié salir.

—

Á mi mayo enemigo
No le envíe mi Dios—¡ay! aquellas fatigas—
Que á mí me envió.

—

Si como tengo pare
Tuviera yo mare,
No andarían—estos hermanitos—
Á calor de naide.

Enero de 1871.

EL MÉDICO BONITO

EL MÉDICO BONITO

CUENTO POPULAR

Había en la ciudad de Cádiz un artesano honrado y pobre, mas por su mala estrella de naturaleza tan á propósito para engendrar hijos, como de fortuna escasa para mantenerlos, con lo que andábase mohino y pesaroso y atribulado sin saber qué partido tomar para dar pan á tanto angelito como Dios era servido de enviarle. Despertábase con el alba, y la luz del sol que, como agradecida por encontrar quien tan de mañana la recibiera, entrábase alegremente por las ventanas de su vivienda, sorprendíale siempre ocupado en las rudas faenas de su oficio. Indecible es el afán con que durante todo el día nuestro artesano trabajaba; mas, al sentir en las largas horas de la siesta el

paso lento y reposado de algún fraile del vecino convento, que á su celda se volvía, y al ver á sus pequeñuelos abalanzarse á la puerta para ir á besarle la mano, tuvo momentos en que envidió la vida del yermo, donde tan descansadamente y sin ruido se alcanza la gloria eterna; y aun lenguas murmuradoras aseguran que llegó en ocasiones hasta á dudar de la Providencia divina que tan mal reparte y tan mal distribuidas tiene las cosas de este mundo. Empero, como el trabajo cumplido y la conciencia satisfecha tienen en sí algo que incita á la alegría y al retozo, concluida su tarea, ahuyentada la luz solar y olvidadas aquellas ligeras blasfemias, de nuevo reparaba en su mujer, que no menos hermosa le parecía que cuando de novio y en mejores tiempos le rondaba la calle. Quitábale ésta á la sazón el pecho á su pequeñuelo, arrullábalo con esos tiernos cantares que adormecen á los hijos del pueblo y, dormido el niño, miraba ella tambien á su marido con ojos de enamorada, y entrambos á dos se persuadían de que Dios es grande, y que á Él y á no haber jamás abandonado el artesano sus faenas, ni sus quehaceres ella, debían que el hambre no hubiese roto hasta entónces el puro y tranquilo sueño de sus pobres hijos.

Hallábase, pues, en la época que comienza este cuento, tan en cinta ella, como en años anteriores y más que nunca atortolado él, que veía aumentarse

su familia pero no sus recursos, sin ocurrírsele á quién volver los ojos para que sirviera de padrino á lo que de su mujer naciese, toda vez que no había vecino en la vecindad á quien con motivo semejante no hubiese ya ocupado.

Acertaba á pasar todos los dias por delante de la tienda de nuestro artesano un *caballero,* que bien mostraba serlo en su porte y en la familiaridad y buen agrado con que á aquellas buenas gentes saludaba: en éste pensó la mujer para que sirviera de padrino á lo que de ella naciese, y con esta idea á su marido habló para que á ser su compadre le invitara. Mas como la timidez suele ir unida á la hombría de bien y á la pobreza, sucedió que, aunque dos veces intentó nuestro artesano detenerle y hablarle del asunto, dos veces vino la cortedad á deshacer sus planes. Reprendióle esta falta de ánimo su mujer, diciéndole: «Por dar ese paso nada pierdes, advierte que esto ya no sufre dilación ni espera, y que á lo que de mí nazca habremos de cristianar.» Juraba él y perjuraba de ser más animoso al dia siguiente; mas llegada la ocasión, poníasele un nudo en la garganta que le impedía declarar sus intentos y volvía de nuevo á meterse en su tienda. Corría el tiempo entre estas vacilaciones y dudas, cuando su mujer dió á luz una mañana á la heroína de este cuento: decidióse por fin el artesano, y, haciendo de tripas corazón y valor del

cariño paternal, no bien pasó el caballero con su cara afable y bondadosa de ordinario, propúsole si quería ser padrino de su hija, á lo que con mucho gusto accedió el desconocido, solicitando ver á su ahijada: entró, pues, en aquella pobre casa y encontró entre miserables harapos envuelta, á una niña, bonita como los rayos del sol y las rosas de la mañana; envió en seguida por primorosas envolturas para aquella criatura, tan linda como de humilde linaje, y luego mandó traer alimentos sanos para la parida y cuanto de necesario se ocurre en estos apurados trances, de que tan cuerda como sábiamente libró naturaleza á los varones; cristianaron al dia siguiente á la niña con gran solemnidad y pompa; pusiéronla de nombre María, y hubo cuartos á pelón para los muchachos, y cuartos para los pobrecitos curas que con tanto placer los recibirían como si á pelón les fuesen dados. Desde entónces visitaba á su ahijada todas las tardes, diciendo que era toda una Marquesa, cuya voz, corrida por las comadres del barrio, hizo que Marquesa la llamasen todos los vecinos, á quienes, por más que presuma la malicia, no acusan las crónicas de género de envidia alguno.

Creció la niña en edad al par que en hermosura, y esto viendo el padrino, quiso ponerla en un colegio para que allí adquiriesen, con una conveniente educación, mayor encanto y gracia las suyas

naturales; y sin duda fué así y la prueba correspondió á sus deseos y el resultado á sus esperanzas, pues, á poco, determinó llevarla consigo á Madrid con el objeto de acabar de dar á aquel diamante de purísima luz todo el esplendor y brillo que lo humilde de su condición le negara: para esto pidió á los padres de ella la oportuna venia, que de muy buen grado le otorgaron, agradecidos á lo mucho que por su hija y por ellos había hecho, pues claro se habrá alcanzado á nuestros suspicaces lectores que no fué la niña la única festejada en su casa, pues, como dice el refrán, quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can, y el que quiere la col quiere también á las hojitas de alrededor.

Partieron luego el caballero y María, con grandes sollozos y lamentos de María y alguna lágrima del padre, no enjugada tan pronto que no viniera á delatar la debilidad que en aquella ocasión tras de su rudeza aparente se ocultaba.

Ya en Madrid, quiso el padrino que su preciosa ahijada aprendiese el difícil arte de curar: con este objeto la hizo vestir de hombre y cortar sus abundantes cabellos; y así disfrazada, la puso á estudiar en la Escuela de Medicina: el despejo y belleza del supuesto mancebo atrajeron la admiración y un tantico de envidia de los escolares que, acaso por la vez primera de su vida pocos linces,

no dieron en lo del sexo de la muchacha, á quien tuvieron por varon, á pesar de que con los años iban resaltando cada vez más en ella lo femenino de los movimientos, lo imberbe de la cara y otros indicios de no menos bulto. Terminada su carrera, comenzó María á ejercer su profesión con tal acierto y suerte, que no visitó enfermo que no sanara, ni halló dolencia que no consiguiese remediar, con lo cual y su belleza llamábanla en todas partes por el título del *médico bonito,* expontáneo bautizo con que de lleno entró en la vida la heroína de esta historia.

Encontrábase el Rey á la sazón gravemente enfermo; en balde los médicos habían agotado los elixires y específicos conocidos entonces; inútilmente habían recurrido á drogas tan eficaces como el *oculorum cancrorum* y el *matris perlarum;* en vano habían apelado como sublime remedio á los ensalmos divinos y á la sangría; la pícara enfermedad, como si de propósito lo hiciese y al oído se lo hubiesen dicho, quedábase muy tranquila y reposada en el interior del pobre paciente, y éste, que sólo veía salir su sangre, con tal denuedo y generosidad derramada por tantísimo sabio, debilitábase y estenuábase y empeorábase de día en día, llegando ya á la situación tristísima de aquel D. Flores de Trepisonda, tan perfectamente expresada en los siguientes versos:

Batallando está el enfermo
Con dos males á la par:
Uno es su fiebre, et el otro
Los que la quieren curar.
Del que natura le diera
Bien se poede delibrar,
Del que le fazen dotores
Si prosiguen va á espirar.

Mas como lo último que pierden los que padecen un mal grave es la esperanza, y como la fama del *médico bonito* habíase colado también sin respeto alguno por las puertas de palacio, vinieronle deseos al rey de ponerse en manos de aquel prodigio de las gentes, admiración de tantos novicios y envidia y ocasión para murmurar de tantos profesos, y á fe que no le pesó al regio enfermo la tal determinación, pues con ella consiguió curar de su dolencia y recobrar la perdida salud, sin que las crónicas de su reinado hayan logrado conservar la memoria de las melecinas y drogas que el médico usara, aunque el discurso de este relato aleja toda sospecha de que fueran de las maléficas ó prohibidas.

Tan repentina como maravillosa y envidiada curación valió á María ser nombrada Médico de Palacio, y su extraordinaria hermosura fué causa de que por ella enfermasen de amores las damas de la Reina: ¡y qué mucho que esto aconteciera á las camareras, gente al fin plebeya y de poco pelo, si

á la misma Reina, con toda su regia dignidad, se extendió también el contagio y por los ojos salíansele las reales ganas que tenía de que en ellos se fijasen los distraídos de la que ella reputaba por apuesto doncel y gallardo mozo! Y á la verdad que el tal contagio tenía sobresaltada á la pobre María, que inútilmente buscaba en su repertorio la medicina que á la enfermedad de la Reina pudiera convenir, y en mayor apuro se veía al considerar que ni aun era tan fácil de suplir el remedio como lo urgente del caso reclamaba, así que se hacía la desentendida y esquivaba el hablarla á solas, como quien previsora recela de la ocasión que á tantos males y peligros había de conducirla.

Pero quiso evitar lo que, deseado por mujer, era inevitable; la Reina supo darse trazas para encontrarla á solas y, segura de estarlo y de que nadie podía escucharla, le declaró, víctima de igual error qué sus damas, su pasión amorosa, que amenazaba ser incendio, diciéndole que, pues Médico era, curase pronto su enfermedad, nacida de contemplar su gracia y donosura. Ante tan genuina y expontánea manifestación, replicóle la Médica, haciendo de la imposibilidad virtud, que por nada del mundo se atrevería á ofender la persona del Rey, de quien tantos beneficios estaba recibiendo, que no es bien nacido el que no es agradecido, y con esta respuesta huyó de la Princesa dejándola

sonrojada y enfurecida y ardiendo en deseos de venganza. No tardó mucho á la verdad en ponerlos por obra la astuta y muy altiva dama. En la mañana que siguió á la escena referida, llamó el Rey á María, que andaba, como mujer, apurada y recelosa de graves males, y la dijo:—Mañana has de hacer lo que á la Reina has prometido.—No os entiendo, señor, respondió la muchacha más muerta que viva y completamente agena á lo que el caso sería.—Por mi esposa he sabido que te atreviste ayer á responder con tu cabeza de volver el habla á mi hermana la muda; tómote la palabra; mañana irás á verla al cercano castillo donde habita, y, ó la sanas, ó con tu vida respondes de tu impremeditada promesa.—Suspensa quedó María con tan amenazadora cuanto impensada noticia, mas conociendo, como lista que era, que lo peor de todo sería desmentir el dicho de la Reina, prefirió, por más prudente y cuerdo, sostenerse en la promesa que no había hecho, consultar á su padrino, que aún estaba en Madrid, y dejar á la suerte el resultado de aquella desgraciada ocurrencia. Díjole entónces el Rey que dispusiese cuanto creyera necesario para su viaje al vecino castillo, el cual sería sin falta el día próximo y que contase, caso de salir airoso de su difícil empresa, con todo género de recompensas y de bienes, mas que también tuviese por seguro que, á no cumplir la palabra empeñada,

perdería la vida, puesto que nadie le había comprometido á ofrecer tan imposible cosa. Salió después de esta conversación nuestra heroína tan angustiada como es de suponer en busca de su padrino, á quien entre sollozos y lágrimas contó lo sucedido, pidiéndole consejos y remedios para su desventura, y suplicándole la despidiese de sus pobres padres, á quienes no tenía esperanzas de volver á ver más. Consolóla el padrino cuanto pudo y la inclinó á confiar en la Providencia y á que marchase sola á su expedición, que Dios iría en su compaña. Al amanecer del día siguiente nuestro *médico bonito*, antes mimado por la suerte y ahora desgraciado, partió para el consabido castillo, distante de la ciudad poco más de un cuarto de legua. Llegado á él propuso á la muda que montase á la grupa de su caballo y se dispusiese á acompañarla á Madrid; manifestó ésta por señas su asentimiento, y ambos se pusieron en marcha, no sin dar un gran suspiro la enferma al abandonar aquellos lugares donde tanto tiempo había vivido; repitióse éste en medio del camino y un suspiro, no menos grande y desconsolado, se escapó de su acongojado pecho cuando el caballo que las conducía paró debajo de las puertas de Palacio.

Esperaban en él con indecible impaciencia la Reina y el Rey, los palaciegos y la servidumbre é infinidad de curiosos atraídos por la milagrosa

cura ofrecida por el Médico, incrédulos unos, recelosos otros, confiando algunos sin saber en qué, y todos, entre miedo y duda, temiendo y esperando. Recibieron, pues, á los recienvenidos con muestras de indecible curiosidad, aspiraron por ver si percibían algún endiablado olor á azufre, y todos aguzaron los oídos y á los sentidos pusieron el ánima atenta, suspensos y anhelantes, mientras tan raro caso se decidía.

—¿Por qué suspiró usted cuando salimos del castillo? preguntó á la enferma la doctora.

Esta pregunta no encontró ni aun eco en el espacio: la muda dió la callada por respuesta. La Reina sonrió: el *médico bonito* iba á pagar caros los desdenes que la había hecho. Las marisabidillas camareras tocábanse de codos como diciéndose:—¡Ya lo sabíamos nosotras! No era posible que una muda recobrase la voz. ¡Vaya, con el dengoso y relamido y barbilampiño doctor y no querernos por novias! No, pues lo que es ahora no le vale ni la bula de Meco; ¡y que el Rey tiene bonito genio para que se le vengan con bromitas! y á fé que es una lástima.... lo que es el mozo es guapo.... Ya se ve, si no hubiera sido tan orgulloso... digo; ¡á nosotras!...—Y esto diciendo, miraban con enamorados ojos á la pobre María que, resignada ya á sufrir su dura suerte, preguntaba á la muda por última vez con voz dulcísima:

—¿Por qué suspiró usted cuando entramos en este palacio?

—*Porque á ser tú varón, mi hermano fuera....*

El natural rumor que produjo la respiración de los espectadores, contenida largo tiempo hacía, ahogó la última palabra que pronunció la muda: ante su inesperada respuesta quedó el auditorio atónito, abochornadas las reales damas, que se mordían los labios llenas de femenil despecho al recordar, juntamente con la sentencia de que pan con pan es comida de tontos, el vehemente amor que por la médica habían sentido, quedó desconcertada la Reina, á quien se olvidó contar con la huéspeda, y decidido el Rey á desterrar á su esposa y á casar con la linda hija del pobre artesano.

Así fué, en efecto: la Reina fué desterrada y censurada y abominada precisamente por aquellas que, víctimas de igual error, tuvieron más prudencia ó menos pasión y audacia que la regia enferma: María casó con el Rey, y aunque nada dicen las crónicas acerca de este punto, ello debió ser que llamara á gozar de su felicidad á sus padres y á sus hermanitos, hasta que la muerte, que todo lo consume, acabara también con sus bienes y sus alegrías.

Hasta aquí, lector, lo que me han contado....

Y ahora dos palabras de mi cuenta y riesgo: si quieres hallar la moraleja de este cuento, fúmate

un cigarro, y mientras fumes, piensa y recapacita sobre él, seguro de que no ha de pesarte; yo en él he encontrado, siendo ciertamente, menos lince que tú, una enseñanza no poco provechosa, á saber: que también los mudos hablan cuando apremia el caso, y hablan, aun cuando de su declaración se siga perjuicio á personas de tanta importancia y categoría como lo era sin duda la Reina de mi cuento. ¿Era por ventura la hermana del Rey de condición más callada que el Crucificado de la Antigua y el Cristo de la Vega? Pues uno y otro hablaron, si hemos de dar crédito á dos tradiciones populares conservadas por Zorrilla en sus dos bellísimas leyendas tituladas: *Un testigo de bronce* y *Á buen juez mejor testigo*. Ante la injusticia y la sinrazón, bueno es que *protesten* los Cristos en fantásticas leyendas y los mudos en truhanescos cuentos y chascarrillos.

Réstame ahora decirte, que del *caballero* que *apadrinó* á la *pobre* hija del artesano, no sé lo que fué, ni á tí ni á mí nos importa saberlo: vino de incógnito sin que nadie haya podido averiguar su edad, su nombre, sus costumbres, ni aun las señas de su casa; vino cuando hacía falta y se marchó cuando no era necesario. Amémosle, porque era noble y caballero; no queramos saber de él más que lo que quiso decirnos; sus razones tendría para ocultarse; sepamos respetar los secretos de otro.

Junio de 1871.

EL AHORCADO Á LO DIVINO

EL AHORCADO Á LO DIVINO

Una nueva prueba de que la felicidad y la riqueza no son siempre compañeras tan inseparables como algunos suponen, ofrécela el matrimonio de este cuento, el cual, con ser acaudalado si los hubo, y gozar de todas las comodidades que sus pingües rentas le proporcionaba, creíase más que de la alegría cerca de la tristeza y la desdicha. Causa de éstas era el ver que pasaban los días más hermosos de su vida sin que el Cielo les concediera hijos, no obstante ser ambos de buena salud y manteners e aún en el cariño y buenos propósitos de su prolongada luna de miel. ¡Con cuánto gusto no hubiera trocado la buena señora todos sus bienes por el incalculable de una tendera vecina suya, que acaso la envidiaba, madre de ocho robustos muchachos que, con los piés desnudos y las piernas al aire, alborotaban el barrio en los festivos días que no iban á la escuela! ¡Con cuánto placer no hubiera cambiado la tendera aquella fecundidad

natural con que el Cielo la dotara, por unas cuantas de las muchas y muy buenas monedas del matrimonio que con ellas por tan infortunados se tenían!

Un tanto amostazado y no poco irritado hallábase el marido con lo que él, que al cabo no se reputaba por menos artista que su vecino el tendero, no sabía ya á qué achacar, en tanto que su esposa, de natural más piadoso aunque no menos tenaz, pensaba, desconfiada acaso de los profanos medios hasta allí empleados, en hacer una formal promesa á una imagen de San Antonio que en su casa tenían; puso por obra su pensamiento después de consultarlo con su marido, y ambos, recordando la sabia máxima que aconseja, de que á Dios rogando y con el mazo dando, de nuevo y con insistencia mayor volvieron á las andadas. Fuese lo sincero de la resolución en este caso, lo poderoso de la fé, lo leal de la promesa, ó la feliz combinación de la divina y de la humana gracia, que todo pudo ser, es lo seguro que la señora empezó á padecer del estómago, como no tenía de costumbre, y á sentir un cierto malestar de que no logró desembarazarse hasta los nueve meses, época en que dió á luz un hermoso niño, con el que vino á la casa y al matrimonio mucha mayor riqueza que la que en sus dinerales tenían. ¡Cómo ponderar ahora la dicha de aquella familia en tan faustos momentos; cómo des-

cribir yo, pecador de mí, la solemne y pomposa función hecha á aquella santa imagen, autora probable, según la mujer, de aquel feliz y fecundo desenlace; cómo encarecer el gozo de aquel marido que más que á divina, á gracia suya propia atribuyó el motivo de tamaño acontecimiento! Mas ¡ay! que no hay en la Tierra ni felicidad completa, ni alegría cumplida, como al principio de mi cuento os indicaba. Aquel niño tan deseado, aquel niño, hijo del Cielo y de la Tierra según todas las probabilidades, aquel niño por su hermosura portento de la gente, tenía en su espalda un letrero que le condenaba á ser ahorcado á los veinte años: era su sino aquel letrero y *su sino había de cumplirse:*

¡Que es del destino inapelable el fallo!

Algunos años que pasaron hicieron de aquella criatura tan hermosa como en mal hora nacida, á juzgar por el letrero de su espalda, un niño que iba á la escuela, distinguiéndose en ella por su despejo y aplicación, que le valieron el cariño de sus maestros y la admiración de cuantos le conocían; y, como las inclinaciones son algo que desde la niñez se deja traslucir, en tan corta edad manifestaba el niño sus místicas y devotas aficiones: por eso, mientras sus pequeños compañeros en los campos y plazuelas empeñaban sendas y descomunales batallas, tomando partido por opuestos bandos y re-

medando, ora torneos, ora las huestes de Pompeyo y César, nuestro jóven retirábase solo á su cuarto haciendo de cada palo de escobón no un Babieca ó un Bayaldo como los chicos acostumbran, sino una manguilla de parroquia, no habiendo en su casa escalón que no hubiese consagrado de altar, ni aceitosa luz que no hubiese reputado buena para alumbrar á sus santos, distinguiendo en sus devociones al glorioso San Antonio que era, por tan pueril cariño, el santo más alumbrado de todos los de la corte celestial.

Recreábase la madre viendo á su hijo en tan buena amistad con San Antonio, el cual debía de ser, en su sentir, algo pariente suyo, toda vez que por algo entró (á ella nadie le quitaba esto de la cabeza) la intervencion del Santo en el nacimiento de la criatura; pero, cuanto más embelesada estaba con aquellos religiosos juegos, más venía á su memoria el letrero fatal, aguando sus gustos y cuajando de lágrimas sus maternales ojos. Fácilmente ocultó éstas en los primeros años á su hijo, que más que en la Tierra, tenía en el Cielo fijas sus miradas; pero cuando ya cumplió los diez y seis, hízose imposible de todo punto el disimulo.

Un día en que la buena señora, entregada á tristes y amargos pensamientos, creía hallarse completamente sola y daba libertad á las lágrimas, que silenciosamente rodaban por sus mejillas, la

sorprendió su hijo, que entre las más tiernas caricias preguntóla lleno de amante solicitud:

—¿Por qué lloráis, madre mía? Varias veces he visto vuestros ojos anegados en llanto y en balde hasta ahora os he preguntado la causa.—No lloro por nada, hijo, me habéis contestado siempre.—¿Qué penas quieres que tenga teniéndote á mi lado?—Cavilaciones tuyas y no más.—Y sin embargo, madre, hoy, como en otras ocasiones, os encuentro llorando; hoy, como en otros dias, veo que vuestro dolor no cesa con verme y antes como que parece que con mi presencia se redobla. ¿He hecho algo que os entristezca, madre mía?

—Lloro por tí, hijo mío, pero no por tu culpa, que eres bueno y tus obras aceptas á los ojos de Dios; lloro, porque tu suerte va á ser muy desgraciada.... tú nacistes en mal hora.... el Cielo me ha castigado por pedirle lo que no estaba en sus designios concederme.

—Sois muy buena para que el Señor pudiera tener de qué castigaros; ¿en qué habéis podido delinquir vos, madre mía?

—Sí, yo he pecado al desear ansiosamente lo que el Cielo me negaba; yo he pecado en desear con tanto empeño tener hijos, cuando Dios, cuya sabiduría es infinita, no me concedía este bien, á que yo sin duda no era acreedora. Por eso tu sino es fatal; por eso naciste con un letrero en la espalda

que te condena á morir ahorcado á los veinte años de edad. ¡Hijo mío, pobre hijo mío!

—Madre, no lloréis, que acaso evitemos ese sino con la ayuda de Dios Todopoderoso. Confiad en él, entregáos á la esperanza y preparadme vuestra bendición, para que yo, fortalecido con ella, parta á tierra remota á donde viva ignorado mientras se cumple ese plazo fatal. Vuestra alegría será mayor al recobrarme tras el temor de perderme; no sé por qué, pero oigo una voz interior que me tranquiliza y me anuncia que volveré á abrazaros y conseguiré escapar de la mala estrella en que nací.

—Oigate el Cielo, hijo mío, y dé por purgados mis irreligiosos deseos con lo mucho que he sufrido hasta aquí y con la terrible separación á que mis pasadas culpas me condenan; pero si está escrito.... si es la voluntad de Dios que he de perderte....

—No, madre, pensad que ofendéis su Divina misericordia; habéis pecado al desear tan ansiosamente lo que en sus Altísimos fines os negaba, pero la pena excedería á la gravedad de vuestro pecado, y Dios es justo.

—Tienes razon, hijo; la pena sería demasiado cruel para la falta: Dios es justo y misericordioso. Sin embargo....

—Aprestáos á darme vuestra bendición y á obtener permiso de mi padre para que parta.

—Tu padre te lo concederá como yo, en la

confianza de que será para tu bien. Ahora, antes de partir, y ya que estamos solos, oye un consejo que quiero darte: huye, hijo mío, de reunirte con ambiciosos; huye de acompañarte con quien á los del Cielo prefiera los bienes terrenales que son perecederos. Eres rico y de pocos años; muchos se unirán á tí y te ofrecerán sus servicios; muéstrate afable con todos; pero al brindarles con lo que lleves, aunque fuese un miserable pedazo de pan, cuida siempre de ofrecer dos partes desiguales, para que puedas comprender en la elección si les mueve el desinterés ó la codicia: si dejan para tí, que les regalas, la parte peor ó más pequeña, evita su compañía, abandónalos, son unos ambiciosos; pero si por el contrario, agradecidos, se inclinan á tomar para sí la peor parte, otórgales tu confianza, que en estas pequeñas cosas, como en las grandes, se revelan las buenas ó malas inclinaciones del corazón. Sé cauto, hijo mío, y no olvides este consejo, que para tu ventura te da tu pobre madre; ruega por ella, que es gran pecadora, y no la olvides nunca en tus oraciones.

Días después, Casto, que éste es el nombre de nuestro héroe, salió de su casa provisto de cuanto en su largo viaje podía necesitar, y, acompañado de la bendición de sus padres y del cariño de cuantas personas le conocían, emprendió su peregrinación resignado á sufrir la suerte que Dios le tu-

viese preparada léjos de aquel matrimonio, cuyos imprudentes deseos, en su opinión, Dios había de castigar, por más que él, como buen hijo, hubiese ocultado este pensamiento, en la conferencia que con su madre tuvo, para no aumentar sus legítimos dolores. Había, sin embargo, algo en él, de que en vano procuraba darse cuenta, que le movía irresistiblemente á confiar en que no se cumpliría en él aquel, por su parte, no merecido sino; algo que apartaba de su memoria aquellas fatídicas ideas avivadas con la dolorosa ausencia que se imponía.

Entre estas esperanzas y temores, llegó cerca del oscurecer á un pueblecillo en donde pidió posada para descansar aquella noche, rogando que le avisaran al día siguiente muy temprano para ir á visitar la Iglesia y pedir á Dios que le iluminase en su incierto camino. Hízolo nuestro posadero como se lo mandaron; y cuando la próxima mañana, vuelto ya de rezar sus oraciones, se disponía de nuevo á emprender su viaje, se encontró en la puerta de la posada con un rico mercader, que se ofreció gustoso á servirle de guía hasta el pueblo inmediato, adonde, según dijo, le llevaban negocios de importancia. Alegre y confiado admitió la desinteresada oferta que aquel improvisado compañero le hacía: oferta, que fué motivo de su primer engaño; pues en el camino tuvo ocasión de

conocer, valiéndose del maternal consejo, que no era la conveniencia suya, sino la propia, la que buscaba en acompañarle aquel desconocido.

Vanamente recorrió Casto pueblos y más pueblos en la esperanza ¡pobre niño! de encontrar hombres diferentes, mudando tierras; mercaderes y labriegos y militares y, ¡oh! para el inesperado caso, hasta la gente de sotana dieron el mismo pago á su candorosidad y á su falta de mundo! Ya llegaba quizás al terrible trance de perder la fé en los hombres, cuando, en una calorosa mañana de verano, que caminaba solo sin otra compaña que la de Dios y la de sus devotos pensamientos, tropezó con un anciano que, con voz digna y reposada, le pidió una limosna por amor de Dios. Había tanta tranquilidad, tanta resignación y dulzura en aquella súplica, que Casto levantó su cabeza, agobiada por dolorosas ideas, y, deteniendo la poderosa mula que montaba, fijó sus ojos en quien se la dirigía, mientras buscaba en sus bolsillos una moneda de plata para echarla en el sombrero que hacia él veía extendido. Encontróla por fin, y dándola al pobre con un *¡vaya, hermano!*, se disponía á seguir su marcha; pero aquél, lejos de tomarla, la rechazó diciendo:—Dios, que agradece lo mismo lo poco que lo mucho, prohibe al pobre tomar lo innecesario; dadme una moneda de cobre y San Antonio irá en vuestra compaña.—El recuerdo del santo para él

tan querido, la extraña respuesta del pobre y el cariñoso acento con que pronunció sus palabras, hicieron á Casto fijarse de nuevo y con curiosidad mayor en el anciano, advirtiéndole esta vez un aspecto tal de recojimiento y de virtud, que le inclinó á pensar si sería algún peregrino vuelto de Tierra Santa, que acaso encerraba aún los destrozados pies en la misma rota sandalia, salpicada de sangre, con que hiciera su peregrinación; asegurábale más en esta idea que ocurrió á su mente, el rosario de gruesas cuentas que colgaba de su muñeca y el escapulario que pendía de su cuello.

—Perdonad, hermano, si al ofreceros una limosna que os parece excesiva, os he ofendido.

—Cuando se da por el amor de Dios, nada es mucho; si no he tomado la moneda que me habéis ofrecido, es porque ella pertenece á pobres que más que yo la necesitan. En el morral que veis en mis espaldas llevo cuanto puede hacerme falta para mi mantenimiento de hoy. En cuanto á mi vestido.... *considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan.*

—Al menos montad en mi mula, que es muy fuerte el calor y el camino largo y pedregoso.

—A pie y sólo á pie consentiré en acompañaros: *más estrecho aún es el camino que lleva á la vida: y pocos son los que atinan con él.*

Desistió Casto de su porfía convencido de su

inutilidad, y apeándose de la mula y tomándola del ronzal echó á andar con aquel extraño compañero, entablándose entre ambos un animado diálogo que se interrumpió, cuando mediado el día, y sintiéndose el joven con grandes ganas de comer y descansar un rato, propuso á su compañero que á la vera de una fuente se sentasen para tomar un bocado, y templar la sed con aquella agua pura y cristalina que la naturaleza les brindaba. Así lo hicieron, negándose el anciano á tomar otra cosa que el menor de dos pedazos de pan que, Casto, con toda intención, cortó desiguales, acordándose de los consejos que al partir le diera su buena madre. Lo bien que en esta ocasión le salió la prueba animóle á suplicar al anciano que no le abandonase, prometiéndole compartir con él cuanto llevaba; mas éste contestó que él vivía de pedir limosna, que sólo de raíces silvestres en los campos y pan duro en las ciudades, por penitencia, se alimentaba, y que á todas las riquezas y honores del mundo, aquella miserable vida prefería; que él quería *atesorar su tesoro donde el orín ni la polilla lo consumiese, y en donde ladrones no lo desenterrasen ni robasen;* que era inútil, por tanto, cuanto hiciera por separarlo de aquella vida; que caminara solo ya que á su edad y buenas prendas buen porvenir debía estar reservado, mucho más siendo, como en su conversación había descubierto, creyente en

Dios y en su Santísima Iglesia. Razones á su juicio tan de seso y poco comunes hicieron desistir de su intento á Casto, quien propuso al anciano que le concediera permiso para acompañarle en su peregrinación y para con él pedir limosna. Accedió el pobre, no sin hacer antes á Casto muchas reflexiones sobre lo azaroso de la vida que iba á emprender, sobre su falta de costumbre para resistir las fatigas y penalidades propias de ella, imponiéndole, además, la condición de que se despojase de sus bienes, obligándose á compartir con él todo cuanto en adelante adquiriese el día en que por cualquier circunstancia se separasen. Así lo otorgó Casto y, reposado del camino, emprendieron ambos á pié la marcha á una ciudad populosa no muy distante, con gran contento del joven, que desde aquel momento comenzó á mirar á aquel anciano como á un segundo padre, encantado de sus sanos y religiosos consejos y atento siempre á la salvación de su alma. *Únete siempre á quien prefiera los bienes del cielo á los terrenales, que son perecederos,* recordaba que le dijo su madre antes de partir.

Entrados en la ciudad nuestros caminantes y después de vender la mula y cuanto llevaban, y distribuir todo el dinero entre los pobres, comenzaron á ejercer su cristiana profesión pidiendo de puerta en puerta una limosna: la caridad de las gentes subvino con holgura á sus reducidas necesidades y

al pago de una modestísima sala donde juntos oraban, dando gracias al Todopoderoso porque les conservaba la salud del cuerpo, bien de no mucha monta, que les permitía continuar en compañía, procurándose la salud del alma, bien de los bienes.

Un día, hacía ya muchos que estaban en la ciudad, entró Casto en una tienda de comercio á pedir una limosna, en ocasión que un dependiente preparaba una cantidad que habían ido á cobrar, escribiendo en un papelillo con un grueso y mal afilado lapiz sumas y restas y multiplicaciones, que sin duda no le salían del todo bien, pues sudaba, se rascaba la cabeza, se tiraba de la oreja y de nuevo volvía á su apurada tarea.

—Medio y medio, uno; y medio, uno y medio; y un cuartillo, uno y tres cuartillo, y *van tres. Tres* y tres son seis, y ocho catorce, y tres diez y siete; diez y siete, y nueve veintiseis, y ocho, treinta y cuatro, y siete cuarenta y una: ¡como antes! en cuarenta y una llevo cuatro. *Cuatro* y cinco son nueve, y ocho diez y siete; diez y siete y nueve *veintiocho;* veintiocho y dos treinta: justo, treinta; y en treinta, tres. ¿Tres? *Tres* y cuatro siete, y ocho quince; quince y ocho *veinticuatro*, y siete, treinta y una: ésto es; y en treinta y uno, tres. Tres son tres. Nada, treinta y un mil once reales y tres cuartillos; lo mismo que antes. Esta es la cuenta.

—Pero hombre, decía el dueño de la tienda,

por el amor de Dios y de todos los santos, ¿cómo es posible que haya esa diferencia de veintinueve mil y pico de reales con la cuenta que traen á cobrar? ¿No te acuerdas tú que, aunque en diferentes partidas, las varas de género que se trajeron fueron seiscientas, y cada una salía á cuatro reales y pico? ¿Cómo quieres, mentecato, que demos treinta y un mil once reales y tres cuartillos por seiscientas varas de percal?

—Le digo á V. que la cuenta está bien hecha; si no escríbala V. y repásela. Mire V.: cuatrocientos cincuenta y tres reales y medio por un lado; ochocientos ochenta y ocho reales y medio de otro; de otro, ochocientos noventa y tres y medio; y por último, setecientos veintinueve reales y un cuartillo: ahora sume V.—El dueño lo intentó, pero con tan mal éxito, que no ya treinta y un mil y pico de reales, sino trescientos diez mil reales sin pico de cuartillos fué lo que le resultó de la endiablada cuenta; y era que, entre tanta suma y resta y multiplicación, y tanto número borrado y enmendado, habíasele hecho un monte lo que era una llanura, y el establecimiento y la calle y el dependiente y Casto, á quien hasta entónces no había visto, le daban mil vueltas alrededor.

En tanto nuestro héroe, que había permanecido silencioso, no atreviéndose á turbar la sosegada paz de aquellos dos disparatadores numéri-

cos, que con tan entera justicia vivían juntos bajo un mismo techo, se decidió, movido á compasión, á pedir al dependiente el lapiz y el papel, y en menos de lo que se persigna un cura loco, como decirse suele, y en mucho menos de lo que tardó el dueño de la tienda en apercibirse de aquella extraña, y en cierto modo para él enojosa pretensión, sacó la sencilla cuenta, cuyo total, como ya se habrá alcanzado á la feliz perspicacia de nuestros lectores, dado el conocimiento de los sumandos, no era de trescientos diez mil reales, sino de dos mil novecientos setenta y seis y tres cuartillos, como rezaba el papel que traía el muchacho que de parte de su amo venía á cobrar.

Suspenso y maravillado de tamaño prodigio quedó el comerciante, quien ni en sueños, ni aun con toda la fuerza *aumentatriz* de su fantasía, alcanzó jamás á figurarse que hubiese en aquellos tiempos (en los cuales sin duda no se encontraban como hoy personas que entiendan de cuentas al revolver de cada esquina) un muchacho pobre y andrajoso capaz de resolver tan dificultosos problemas.

Bien, es verdad, que como Casto al fin no era quien había de satisfacer la cantidad, veríala con diferentes ojos que el comerciante, á quien, cuando había de hacer un pago, antojábansele doblones de á ocho los escudos de plata, condición en la cual,

y dicho sea de paso, si no inclinaciones tan cristianas y evangélicas como las de Casto, revelaba al menos cierto carácter amoroso y tierno, no despreciable del todo, mundanal y poco piadosamente hablando. ¡Y qué de extraño, discretos lectores, que el pobre comerciante, que tan bien se llevaba con sus monedas, se turbase al verlas partir, acaso para no volver, y confundiere los números escritos en el papel con los números con que él las representaba en sn fantasía!

Vuelto, sin embargo, de su sorpresa y tan gozoso al ver ajustada la cuenta, como despechado el dependiente por sus equivocaciones, preguntó á Casto que á qué había venido á su establecimiento: respondióle éste que á pedir una limosna, á lo que no se había atrevido por no interrumpirles. Entonces el comerciante le hizo entrar en su escritorio, y después de numerosas preguntas, de las cuales sin duda hubo de quedar muy satisfecho, propúsole si tendría inconveniente en quedarse con él; que al principio le daría comida y casa sin perjuicio de señalarle un sueldo para más adelante.—A no haber hecho una promesa que me impide admitir vuestro generoso ofrecimiento, hoy mismo me quedaría con V.; sin embargo, espere usted á mañana que yo le daré una contestación definitiva. Y esto diciendo Casto se despidió y salió de la tienda.

Aquella misma noche consultó al anciano sobre lo ocurrido, y éste, léjos de manifestar oposición alguna, aconsejó á Casto que aprovechára la oferta, diciéndole que, sirviendo á un amo, se ejercita la evangélica virtud de la paciencia, no inferior á los ojos de Dios, á la de la humildad, y que acaso estuviera en sus incomprensibles fines probarle de este modo, que en cuanto á él, que seguiría pidiendo, podría verle todas las noches si el dueño, como era de esperar, le daba permiso.

Trabajo costó á Casto esta vez obedecer y separarse de aquel buen viejo, á quien en tan corto tiempo había tomado ya entrañable cariño; mas como tenía la mansedumbre de la oveja y hábito de respetar como órdenes los más ligeros consejos, dispúsose á obrar como le mandaban, pidiendo á Dios y á San Antonio en sus oraciones que le diese las virtudes que para su nuevo género de vida necesitaba.

Grande fué el regocijo del comerciante al ver entrar á Casto en su tienda al día siguiente, y de buen grado le otorgó licencia para visitar á su padrino por las noches.

Quedó, pues, instalado nuestro héroe en el comercio, adonde comenzaron á afluir numerosos marchantes atraídos por su genio dulce y bondadoso y su agilidad y despejo para el servicio, con cuyas cualidades el dueño veía acreditarse su esta-

blecimiento de día en día, y por momentos prosperaba, hasta el término de ser considerado como uno de los mejores de aquella ciudad, cuyo nombre, para castigo de los curiosos, no citaré yo aquí, ya que la mujer que me contó este cuento me condenó, por más esfuerzos que hice, á sufrir la misma pena.

Así las cosas, Casto escribió á sus padres haciéndole saber su nueva profesión y dándole cuenta detallada de lo que hasta entonces le había ocurrido, sin olvidar hablarles del anciano, á quien seguía viendo todas las noches, y de su principal, persona muy buena y bondadosa para con él y á quien procuraba satisfacer por cuantos medios podía. Gran contento recibieron los padres con esta carta, y aun hay quien asegura que la madre no resistió á la tentación de enseñarla á una vecina muy amiga suya, á quien había anunciado antes con suma gravedad la muerte de su hijo, en el ánimo ¡qué buena mujer! de que, divulgada y esparcida la noticia por todo el pueblo, no fuesen á buscar á su hijo para ajusticiarle, como era su sino, cuando se cumpliese el plazo fatal, para lo que sólo restaban ya dos años, siete meses, cinco horas y segundos según su cuenta.

En tanto la tienda del principal de Casto acreditábase de modo que mi pluma jamás acertaría á encarecer, cuando, un día, el de Santa Valvanera,

que es patrona de los comerciantes, como de los artilleros lo es Santa Bárbara, salió nuestro jóven para respirar el aire libre y gozar con sus compañeros de una soberbia cena que tenían preparada en aquella para ellos célebre noche. Fué la cena animada y entretenida, y en ella se hizo conversación de las penalidades del comercio y de las ventajas que cada uno disfrutaba en la casa en que servía. Sobre todas ponderó Casto la de la ilimitada confianza que en él depositaban, de mucho más mérito, en su opinión, que todos los intereses del mundo, confianza que le sostenía y fortificaba en sus buenos deseos de trabajar para acrecentar el caudal de sus señores. Extendíase sobre su mucho agradecimiento, nuestro héroe, cuando uno de sus compañeros le interrumpió, diciéndole con cierto aire y retintín maliciosillo y burlón:

—Creeremos lo que V. nos dice, por ser usted quien nos lo dice, y porque, en último caso, más vale creerlo que irlo á averiguar; pero á mí se me antoja que no es prueba de la cariñosa confianza que V. tanto alaba la recelosa conducta que observan con V. A su bondad, más que á justos motivos, atribuyo yo el agradecimiento que manifiesta á su principal. ¿Creen Vds., señores, añadió el que hablaba, que debían ocultar á este jóven *el tesoro* de la casa ni más ni menos que si fuese salteador de caminos?

Mohino y cabizbajo, y sin saber qué contestar, quedó Casto con esta broma, que fué saludada por sus compañeros con ruidosas carcajadas, á las que se mezclaron frases tales como las siguientes:

—Miren Vds. de lo que sirve ser laborioso y honrado....

—Por supuesto, que eso era de esperar; cuando uno se porta bien....

—No sería yo ciertamente quien tolerara eso....

—Siempre abusan del que es bueno.... Si Casto no lo fuera tanto, acaso conocería ya á ese tesoro escondido.

—Es verdad, dice bien, si no lo fuera tanto....

A esta picante y tenderil agudeza, cuyo sentido no alcanzó á descifrar nuestro héroe, siguiéronse otras; hasta que terminó aquella cena alegre para todos, menos para él, que acaso por la primera vez en su vida durmió mal é intranquilo.

A excesos de la noche anterior achacó el comerciante la mala cara de Casto al día siguiente; mas, cuando pasados algunos vió á aquél preocupado y triste, sin ganas de comer, movióse á preguntarle la causa de su estado, viniendo pronto en conocimiento, por sus respuestas, como hombre que conoce el paño, que era, que tendrían no pequeña parte en su tristeza los chismes y habladurías de los dependientes que, aprovechándose de su candor, habríanle llenado la cabeza de

muñecos, como decirse suele en la bendita tierra de María Santísima. Y en efecto era así: desde que volvió de la cena no había dejado de reinar en lo del *tesoro*, hasta que, venciendo su dignidad de hombre á sus místicas y devotas virtudes, se atrevió á decir á su principal que buscase dependiente en quien más confiara y descansase; que él se daba por pagado y se retiraba á la modesta vida que antes llevaba, más feliz, siendo humildísima, que la que le esperaba al lado de quien le ocultaba desconfiadamente un tesoro. Admitió la propuesta el principal, rogándole que permaneciese en su casa unos días mientras buscaba otro dependiente; admitió Casto, quedando tan embebido en sus pensamientos, que no observó en la casa cierto inusitado movimiento como de recibir huéspedes, ni un coche que por la tarde paró á la puerta de la tienda, coche del que se apearon una señora de edad y una linda joven que el principal y su esposa recibieron con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas.

Aquella noche Casto fué á ver á su padrino, como de costumbre, y, no hallándole en casa, volvióse á la tienda. La prontitud con que su principal había aceptado su oferta de irse, el cariño y amabilidad con que le habían tratado siempre, el temor de ser acaso injusto con aquella familia, el escrúpulo de no haber tenido la mansedumbre suficiente para sufrir la inmerecida desconfianza que de él hacían

y aun el no haber encontrado á su padrino en su casa, cosas eran todas que le tenían en un tristísimo estado de ánimo. Así se hallaba, cuando bajó un mozo á decirle que los señores le esperaban para cenar; extrañóle á nuestro joven lo temprano de la hora; mas obedeciendo y procurando desechar sus ideas, subió como le mandaban. Mayor fué su extrañeza al encontrar en el comedor, además del principal y su señora, á una anciana y á una joven cuya cara no pudo ver por hallarse en un rincón conversando con la esposa de su principal. Sentados á la mesa, dijo éste á Casto señalando á la señorita, que sentó á su lado con una sonrisa benévola:—Os presento el *tesoro* cuya ocultación tan quejoso os tiene conmigo.—Y luégo, dirigiéndose á la niña, añadió:—María, este es el joven de quien tu madre y yo te hemos hablado en nuestras cartas; una casualidad te hace conocerle, porque nos abandona pasado mañana.

—¿Se marcha usted?—dijo la niña con infantil ingenuidad.

Casto levantó entonces los azules ojos y fijólos en la joven, luégo volvió á bajarlos y balbuceó muy cortado:—Me habían engañado y.... no me habían engañado.

La joven no entendió una palabra; pero se puso colorada como una amapola.

Casto aquella noche comenzó más Padres nues-

tros de los que tenía de costumbre; en sus sueños vió á San Antonio con el entrecejo muy fruncido.

Pasaron tres días y el joven no se fué de la casa. Era María tímida, ruborosa, y sus ojos castaños de una dulzura superior á la del caramelo; recogida en su habitación y entregada á las tareas de su sexo, sólo veía á Casto á las horas de la comida y de la cena. Cómo pasaron las cosas no me lo supieron nunca explicar, ni por saberlo yo hice grandes esfuerzos. Sólo me dijeron que el joven al principio esquivaba mirar á la joven, luégo buscaba con avidez sus purísimos ojos, y que llegó por último á encontrarlos para su dicha ó su desgracia, como más adelante se declarará en este cuento.

Una esquela amorosa, oculta en un lindo ramo de flores, valió al joven otra de letra más redonda y rasgueada que ortográfica, en la que se le confirmó por escrito lo que ya le habían anticipado las miradas de la doncella; á esta primera esquela siguieron otra y otra y otra, con las que acabaron de confundirse en uno aquellos dos corazones, ó, segun la cuentista, de enredarse para siempre en las zarzas del amor, que son las zarzas más enredadoras del mundo.

Los padres de María hacíanse los desentendidos, sin protejer aparentemente ni impedir de hecho el crecimiento de aquella planta, que con tal esmero cultivaban aquellos dos jóvenes, pensando

(y á fé que cuerdamente) que, aun siendo el joven pobrísimo en dinero, tenía en sus buenas prendas y en su amor al trabajo caudal más que sobrado para compensar la buena dote de la niña.

Pasados algunos meses, durante los cuales nuestros enamorados se quisieron mucho y se lo dijeron cuantas veces pudieron, toda vez que hasta tanto, segun la joven, no llegaban las prohibiciones del Evangelio, María indicó á su amado que pidiese su mano á sus padres; hízolo así Casto, saliendo de su empeño tan bien y tan airoso como el lector podrá haber calculado. Obtenida esta licencia, fué á consultar á su padrino sobre la resolución que con María tenía concertada de unirse con ella ante los altares para el día del Purísimo Nombre: Díjole su padrino que no podía casarse hasta tener cumplidos los veinte años de su edad, y en su virtud, le aconsejó esperar hasta que el plazo se cumpliese. Muy mal supo á la joven este consejo, quebrantándose tanto en su salud desde entonces, que los médicos llegaron á vaticinar mal de su suerte si no se ponía pronto y eficaz remedio al abatimiento moral que la dominaba. Preciso fué al joven insistir de nuevo con su padrino para que les consintiera casarse, y éste, en vista de las circunstancias, dióles permiso; pero imponiéndoles la condición de que por bajo ningun concepto durmiese con su mujer, ni la tocase á su cuerpo, hasta

tanto no cumpliese los veinte años. Con gran regocijo acogió la noticia esta vez la purísima doncella, á quien halagó sobre manera la idea de no dejar de serlo con el nuevo lazo, pues aunque es verdad que ella no sabía que su marido tenía algo de santo, con cuya ignorancia cabe la sospecha de los maliciosos de que no confiase en el extricto cumplimiento de la promesa, es lo cierto también, que no hay primeriza tan ignorante que no conozca el tesón de los varones, que somos, en cuanto á castidad, cuando firmemente nos proponemos esta evangélica virtud, más incorruptibles é impecables que las severas estatuas de Laín Calvo y Nuño Rasura, de las cuales ni aun las lenguas más murmuradoras y maldicientes osaron nunca decir que entornasen ó guiñasen los adustos ojos á las lindas burgalesas que de continuo las miran y son ríen.

Casáronse, pues, nuestros enamorados, y aunque él respetó la condición impuesta, ella ¡ni aun por esto! se mostraba tan satisfecha como de tan virtuosísimo matrimonio podía presumirse; antes bien, y sin duda por lo que hemos dado en llamar incomprensibles misterios del corazón humano, comenzó á encelarse de aquel escrupuloso padrino á quien Casto iba á visitar todas las noches, viejo que, acaso, acaso, y aun siendo tan bueno como su marido lo pintaba, fuese el pretexto bajo el cual ocul-

taba éste su verdaderamente admirable y prodigiosa fuerza de voluntad.

Tenía María un tío coloradote y en extremo bondadoso que la conoció desde niña y que la quería como á hija propia. A este tío, á quien sus tareas religiosas dejaban mucho tiempo desocupado, encargó la niña vigilar la conducta de Casto, quien la tenía cada día más recelosa y acongojada con sus continuas salidas de por las noches. Avínose el buen sacerdote á tan caritativo papel, y desde entonces comenzó á observar los pasos de Casto, convenciéndose hasta la evidencia de que eran de todo punto infundadas las dudas de su sobrina y que aquél no iba á otra parte que á casa de su padrino, con quien pasaba las horas muertas, como decirse suele, rezando y conversando.—Sé razonable, dijo á su sobrina, y reflexiona que el tiempo pasa muy pronto, y ya está muy cercano el día en que tu esposo no piense más que en dedicarse completamente á tí.—Conformábase la jóven, en cuanto era posible, con estas razones, ocultando sus lágrimas delante de su marido, á quien idolatraba, y así, entre enjugarse los ojos y pedir noticias á su tío, corría el tiempo y se acercaba el plazo fatal.

Una pesada noche de verano, en que negras y densas nubes encapotaban el cielo amenazando tormenta, el servicial sacerdote, rebujado en los

negros manteos y oculto en un estrecho portalillo, acechaba la morada del padrino de Casto. Así estaba hacía un rato, cuando le vió salir agarrado del brazo de su ahijado, y, llamándole la atención aquella salida á tan desusada hora, determinó seguirlos recatándose con las sombras de los edificios y escondiéndose al doblar las esquinas.

Puso por obra su pensamiento, creciendo por instantes su extrañeza al ver á los nocturnos rondadores correr calles y más calles y atravesar callejuelas y plazas, y ya más de una vez, picado de miedecillo, que al fin su oficio más era de manso que de valiente, tuvo intenciones de retroceder en aquella rara aventura, y en más de una ocasión llegó á creer que el ruído de sus propias pisadas era rumor de gentes que le seguían, y que las sombras cada vez más crecientes que en las paredes se dibujaban, eran bultos de personas reales, malhechores sin duda, que venían á pedirle además de la bolsa, cuenta de aquel caritativo espionaje, en que para daño de sus culpas y por amor á su sobrina se había metido.

Hubiera realizado sin duda su prudente propósito á no haber visto á sus descuidados perseguidos entrar, sin recelo alguno, en una iglesia que al paso se encontraba; sacó entonces fuerzas de flaqueza, y alentado por lo sagrado del lugar, penetró tras ellos en la confianza de que allí al menos nada había

que temer de brujas, duendes, ni demás gentes de esta ralea, aunque algún escozor le quedaba todavía de tener que habérselas con seres más corpóreos y macizos. Serenóse un tanto su ánimo al ver á Casto y á su padrino arrodillados junto al altar mayor, dirigiendo sus preces al Altísimo ante unos gruesos cirios cuya amortiguada luz, que más parecía arder que no alumbrar, hacían más densas las sombras de aquel templo solitario, sobre cuyas bóvedas amenazaban estallar las iras del cielo, y se arremolinaban ya, como fatal agüero, las apiñadas nubes y caliginosos vapores de aquella oscura y tenebrosa noche.

Estaba sin embargo de Dios que el pobre sacerdote no gozase de tranquilidad por mucho tiempo, y que á un sobresalto sucediese otro sobresalto, y á un temor otro temor. Diez minutos no haría que, arrodillado también cerca de la puerta, rezaba por lo bajo una oración, cuando un horroroso trueno le obligó á cerrar los ya intranquilos ojos, persignándose apresuradamente. Mayor fué su asombro al abrirlos de nuevo y creer distinguir, sobre un lienzo mortuorio extendido en el centro de la iglesia, un catafalco revestido de graves paños negros y encima un banquillo á cuyos lados destacábanse informes dos bultos de siniestra catadura. Vino á trocar su asombro en estupor un relámpago, á cuya luz rojizavi ó distintamente una

escalerilla apoyada en aquel estraño tablado, á Casto subiendo por ella y á su padrino con los brazos extendidos mirando hacia lo alto con suplicante actitud. ¿Qué significaba todo aquello? ¿qué extraña ceremonia iba á verificarse en aquella Santa Iglesia mientras dormían los moradores de la ciudad ó azorados y temblando cerraban las puertas y ventanas de sus viviendas, encendiendo precipitadamente religiosas luces á Santa Bárbara, patrona de las tormentas y de los artilleros? No lo sabía. Pero la hora, el lugar, su mismo eclesiástico carácter, aquel repentino cambio de decoración, de que en vano procuraba darse cuenta, y algo terrible, que sentía pesar sobre su cabeza, hacíanle ya mirar las esbeltas columnas que sostenían las bóvedas como si fuesen los gruesos, pesados y fatigantes pilares de las iglesias bizantinas que abruman el espíritu y agobian el corazón. En esta situación de ánimo el reloj de la torre dió una.... dos.... tres.... cuatro.... cinco campanadas.... hasta doce: con la dilatada vibración de la última coincidió un efecto de luz que lengua humana no fuera osada á describir fielmente. El interior del templo, minutos antes imponente y abrumador, comenzó á reflejar ese delicado y bello encanto que siente el artista en presencia del monasterio de las Huelgas ó de cualquier otro monumento del arte románico: los objetos todos fueron

distinguiéndose unos de otros, destacándose dulcemente y adquiriendo con aquella luz melancólica un leve movimiento de vida: la blanca barba del padrino de Casto que elevaba los ojos al Cielo en actitud reverente, la resignada figura de aquel joven cristiano, sentado en el banquillo dispuesto á morir, en cumplimiento de su *sino,* ahorcado por dos hermosos ángeles que ya se aprestaban á ceñir á su inocente cuello blanquísimo dogal, y la sacratísima imagen de la virgen que contemplaba aquella escena, tristísima por lo que representaba, y dulce por el género de luz que la iluminaba, hihicieron al ya estupefacto sacerdote caer en un vértigo y sentir en su alma cosas que jamás acertó á explicarse. Cuánto tiempo permaneció en aquel estado nunca lo supo; sólo sí que llegó un momento en que nuevas y más poderosas oleadas de luz fueron coloreando á los personajes de aquel drama ignorado; que comenzó á sentirse ese delicado ambiente en que se mueven y respiran los santos de Murillo y que, por último, cuando ya los ángeles apretaban con sus dogales el inocente cuello de la víctima y cubría á ésta palidez mortal, la Virgen irradió sobre su cabeza una aureola resplandeciente extendiendo sobre ella un riquísimo manto cuajado de oro y perlas, cuyo brillo deslumbrador traía involuntariamente á la memoria el fastuoso lujo de los Orientales; adelgazáronse entónces las

columnas, eleváronse las elegantes bóvedas, y rasgándose el templo, como por un efecto de fantasmagoría, viose á la Virgen ascender á los Cielos; el sol, rompiendo entónces las nieblas de la mañana y descomponiéndose en las pintadas vidrieras de aquella ojival capilla en miles de colores, trajo al sacerdote el sentimiento de la realidad. Habíase cumplido el *sino* de una criatura y había lucido un nuevo día; la virgen y los ángeles, Casto y su padrino y el catafalco y el paño mortuorio, todo, todo habia desaparecido.

Los gritos de los vendedores en las calles trajeron á la mente del sacerdote la idea de que era ya necesario abandonar la iglesia; hízolo así y el airecillo fresco de la madrugada y lo mojado del piso obligáronle á aligerar el paso y á retirarse á su casa á descansar de las distintas y contínuas emociones de aquella noche.

Punto creí que pondría aquí la cuentista á su largo cuento, pero como aún no llevaba trazas de concluir, me fué imposible resistir á la tentación de preguntarle si á Casto lo ahorcaron por fin ó no lo ahorcaron, antes de la aparición de la Vírgen, y si lo que vió el sacerdote fué ilusión de su turbada mente ó fué efectivamente realidad.—Sí señor, fué realidad,—me contestó;—á Casto lo ahorcaron porque *ese era su sino*, sólo que no murió; pero para saber esto y algunas cosas

más, preciso será que me prestéis paciencia por algunos minutos.

—Continúe V.

—Pues señor, como decía á V. de mi cuento, que por lo largo, según parece, ya le va cansando, nuestro héroe, aunque fué ahorcado, no murió; porque la Vírgen, después de extender sobre él su rico manto, ordenó á los ángeles que le descubriesen y desatasen los cordeles que ceñían su resignado cuello. María, en tanto, que, aunque no estaba en los pormenores del *sino,* sabía que aquella noche terminaba la forzosa y prolongada cuaresma á que el padrino los había condenado, esperaba á su marido con más impaciencia que de costumbre: impaciencia nacida por un lado del temor de que le hubiese ocurrido alguna desgracia, y por otro, ¿porqué no decirlo? de recelos de tanta devoción y padrinazgo á horas tan avanzadas de la noche. Inútilmente procuraba distraer sus dolores, arreglando los preparativos del viaje que, con su esposo, tenía concertado para el día siguiente al en que cumpliese aquél veinte años y espirase el plazo fatal: con las horas que trascurrían crecían sus amarguras y desconsuelo hasta el punto que, cuando disipada la tormenta y alboreando el día, vió entrar á su marido sano y salvo, acompañado del anciano, cayó en sus brazos hecha una Magdalena de lágrimas.

—No llores, María, y enjuga para siempre esos

hermoso ojos; ya soy enteramente tuyo y no tenemos que pensar más que en despedirnos de tus padres é ir á ver á los mios, que lloran por nosotros, ansiando el momento de estrecharnos contra su pecho.—¿Pero dónde has estado? ¿acaso otra mujer....?—Casto y el padrino contaron entonces á María todo lo ocurrido en aquella lóbrega noche, con gran admiración de ésta, que vió desde aquél momento á su esposo como un ángel del Cielo y le pidió perdón de sus dudas y de sus desconfianzas. A esta escena, tan conyugal como era posible, dada la venerable presencia del padrino, sucedió otra no menos tierna en que se despidieron de los comerciantes y emprendieron la marcha para el pueblo de Casto.

Sin incidente que sea de referir continuaron nuestros tres viajeros hasta que, llegados á la fuente donde se reunieron por primera vez, el joven y el padrino, propuso éste á los esposos que se apearan de las caballerías, para despedirse allí de ellos y llevar á efecto lo que hacía dos años había convenido con Casto en aquel mismo sitio. Apeados, y dejando á los caballos pacer la abundante yerba, sentáronse los tres caminantes, y el anciano, dirijiéndose á su ahijado, dijo con la misma voz solemne con que pidió la limosna:

—Aquí nos reunimos y aquí nos hemos de separar; réstate á tí ahora cumplir, la promesa que me

hiciste de partirlo todo conmigo el día que por cualquier circunstancia tuviésemos que separarnos. Tú estás casado; yo aún no he terminado mi peregrinación; preciso es que te abandone; preciso es que cumplas tu promesa.

—No la mitad, sino todo lo que poseemos os lo daremos con gusto,—dijo tímidamente la doncella.

—Padre mío, no os separéis de nosotros; en María y en mí tendréis dos amorosos hijos que os cuidarán en vuestra ancianidad, dijo Casto.

—N,o hijo mío, *el casado casa quiere;* en ella mi presencia sería importuna; además, un deber de que no puedo prescindir me obliga á abandonarte: antes, sin embargo, tengo que pedirte un horrible sacrificio: es necesario que consientas que con esta espada, añadió sacando una que llevaba oculta en su traje, divida á María en dos iguales partes, ya que compartirlo todo fué el pacto, que hiciste conmigo á la orilla de esta misma fuente,

—Hágase tu voluntad, Dios Todopoderoso, dijo Casto levantando los ojos al Cielo, mientras el padrino levantaba la airada espada sobre la purísima cabeza de María.

—No, Casto, no temas; tu *sino* está cumplido, *ahora he conocido que temes á Dios:* vete con tu mujer y goza de la felicidad que es posible en la Tierra; yo soy el Santo á quien tú tanto rezabas cuando niño; yo soy San Antonio. Mientras el an-

ciano pronunciaba estas palabras, trasformábase por momentos su figura y, rodeado de una aureola de luz divina, ascendía á los Cielos á la vista de Casto y de María que, postrados de hinojos, creyeron oir una música deliciosa y celestial....

Alejado San Antonio, único personaje que prestaba á este cuento cierto tintecillo de divino, las cosas sucedieron como suelen suceder en este mundo infame. Casto, que por primera vez vió á María con ojos de marido, púsose de travieso insoportable, por lo que la inocente niña se creyó en la necesidad de huir á un sitio retirado y sombrío, donde se ocultó; pero tal fué su desgracia, que Casto dió con ella á los pocos momentos, y reparando en lo ameno y aparente del lugar y encontrándola fatigadita de correr, descansando sobre un cesped menundo, á cuyo alrededor crecían verdes arrayanes y olorosos juncos, aceptó aquel improvisado lecho nupcial, y entre ardientes caricias y breves y sazonadas pláticas, con las que disipó su formidable enojo, rindióse al sueño en brazos de su dulce compañera. Así durmieron nuestros esposos un largo y sabroso sueño, del que vino á despertarles el melancólico canto de las cogujadas y el ardiente y prolongado cantar de las alondras, que, en el suelo y cirniéndose en el aire, despedían con pena aquel delicioso día. Tomando entonces los caballos hartos de pacer la abundante yerba y re-

cogiendo algunos objetos que yacían por el suelo, despidiéronse de aquellos lugares que tantos secretos suyos conservaban, y de nuevo emprendieron su camino para el pueblo, sin que en los días que en él invirtieran les sucediese cosa digna de contar ó que por natural y corriente no sea por todos fácilmente sospechable.

La alegría de los padres al recibir al matrimonio fué inmensa: la madre besaba á Casto y lo miraba y lo besaba otra vez y lo volvía á mirar; después acariciaba á María y le preguntaba ¡mire V. que es pregunta! si no era verdad que su hijo era muy bonito. En esto llamaron á la puerta, y una criada de la vecina vino de parte de su ama á preguntar cómo habían llegado los viajeros y á traer una riquísima torta de almendra hecha aquel mismo día, y otra muchacha trajo también de parte de sus amos unas riquísimas fresas cogidas aquella misma tarde, y otra amiga quiso venir ella misma en persona á ver á Casto y á regalar á la recien casada un precioso canastillo de flores y un par de pichones que (no porque fuesen de ella) pero eran los más bonitos que había en todo el pueblo: en tanto el padre, que después de abrazar á los novios habiase perdido en la casa para dar sus disposiciones, vino á avisar con voz que procuró aparentar firme, que la comida estaba en la mesa y que en el comedor estaban ya el se-

ñor Alcalde, y el Cura, y el barbero, y el Médico, y el que había sido Maestro de Casto, que venía á dar un abrazo á su discípulo: luégo entraron todos en el comedor, y después de probar apenas de los muchos y muy buenos manjares que en la mesa había, volvieron á la sala á recibir las infinitas visitas que llegaron á ver á Casto y á conocer á la novia: la madre decía á todos que mirasen á su hijo; el padre hablaba muy seriamente á sus amigos de los asuntos del comercio y de las cosas del pueblo, contestándoles, mientras miraba de hurtadillas á su hijo, cada disparate que temblaba el misterio: luégo, que todo tiene fin, comenzaron á despedirse los amigos y á anunciar nuevos regalos para el dia siguiente; luégo.... pero ¿á qué más? estas costumbres de pueblo aún se conservan por fortuna en España; ellas serán, sin duda alguna, las verdaderas bases de nuestro engrandecimiento y de nuestra regeneración moral.

Terminado el cuento, mis lectores querrán saber acaso lo que opino acerca de él, y yo, que deseo someterles al horroroso trabajo de pensar, por una vez al menos, no les he de dar gusto en esta ocasión. ¿Quién me garantizaría á mí de no estar equivocado en mi pensamiento?...

Respecto á la época en que este cuento se hizo, diré francamente á los eruditos, que no lo sé, ni aun qué rey gobernaba por los tiempos de su creación; presumo, sin embargo, que no es muy anti-

guo: el *sino* de Casto se cumple *por los ángeles*, es decir, la Providencia cristiana se pone al servicio del fatalismo árabe, siquiera sea para vencerlo, *transigiendo* con él. Si Casto era bueno, ¿por qué consintieron los ángeles en parodiar con él, el repugnante oficio de verdugos? ¿Qué culpa tenía el pobre muchacho de lo que, si acaso era delito, serílo de sus padres y no suyo? Vamos, que si se estudiase á fondo esta materia, quizás tuvieran más razón los árabes que los cristianos: *la Naturaleza es algo, cuya dignidad, olvidada por el cristianismo, importa reconocer.*

Para el padre de Casto, ¡impío! el tener sólo un hijo, después de muchos años de matrimonio, fué pura y simplemente una cuestion de *naturaleza;* sólo que, como la modestia no era su lado flaco, creyó siempre que la culpa no estaba en él, sino en su señora. En cuanto á ésta, era lo bastante honrada para intentar probarle lo contrario.

Junio de 1872.

UNA DOCENA DE CUENTOS

POR

D. NARCISO CAMPILLO

UNA DOCENA DE CUENTOS

POR

D. NARCISO CAMPILLO

El que sincero alaba
Las obras buenas,
En cierto modo tiene
Su parte en ellas,
Que así consigue
De quien oye aplaudirlas
Que las imite.
(Copla popular.)

Que visiten al Sr. Campillo, tan ventajosamente conocido en la república de las letras, las nueve demagógicas hermanas como, con perdón del Sr. Fiscal, ha dicho el Sr. Valera, cosa es á que la policía puede por un resto de caridad hacer oidos de mercader, pero afirmar que las lindas republicanas se han instalado en su casa con maleta y todo, y como quien no tiene prisa y se encuentra á sus anchas, denuncia es de un delito que podría perder á un honrado padre de familia, si no me apresurara á declarar la circunstancia eximente que resulta desde luego del mismo cuerpo del delito, que es, en este caso, la docena de cuentos con su corrido. Las musas se han hospedado en casa

del Sr. Campillo, porque éste, que tiene acopio de sal, les sazona unos guisos que se chupan los dedos y les regala el pico con las exquisitas legumbres del vicioso y lozano huerto de la fantasía popular á que ellas han sido en todos tiempos y países, especialmente en España, aficionadas en estremo. No es, pues, imputable al amable y obsequioso patrón que las golosas damas, abusando de su carácter complaciente, no quieran irse de su casa ni á tres tirones: y á fé que no ha de conseguir echar á sus huéspedas, aunque les ponga la escoba tras de la puerta, mientras ellas coman bien y se regodeen con la suculenta cocina española; pero no tema, que si son importunas son generosas también, y no han de irse sin pagarle con usura el pupilage.

En todos los países, en todas partes donde haya hombres que piensen y no tengan el sentido común á guisa de joroba, que para todo estorba y para nada aprovecha, se buscan con afán y coleccionan con cariño esas espontáneas producciones anónimas tan interesantes para el filósofo y el artista, como insulsas y baladíes para esos almidonados gomosos de la literatura, que sólo ven bellezas en obras que no entienden ó en civilizaciones que nunca conocieron, si no es por los turbios cristales de su majadería; clase, ella se llama así, conservadora de los buenos preceptos, literatos de quincalla, poetas de candil que pretenden encubrir la poque-

dad de su caletre y mala disposición de su mollera con cuatro latinajos y textos de hombres que fueron precisamente su reverso, allá en los tiempos en que los Emperadores no ladraban todavía, y en que acaso se bautizaban *sub-conditione,* como el desdichado D. Venturita de mis penas. Y es más de extrañar el desapego y malos ojos con que aquí se miran las creaciones de la musa popular, por ciertas personas, llamémosle así, cuando los mismos sabios alemanes, de que ahora con razón nos mostramos admiradores, han sido los primeros en reconocer que la literatura española es la primera del mundo por la nacionalidad, ó lo que es lo mismo, que siempre que acudimos á la pura y riquísima fuente donde se inspiraron Lope, Calderón y el inmortal Cervantes hemos producido estimables obras. El camino, por tanto, que ahora emprende el Sr. Campillo, camino por el que continuará, á no dudarlo, si escucha los acertados consejos del tres veces apreciabilísimo escritor Sr. D. Juan Valera, es camino de prosperidad para nuestra literatura, que sólo de este modo volverá á tener en Europa el puesto que de derecho le corresponde; conservar, engarzándolas, esas delicadas joyas llamadas cuentos, consejas, chascarrillos, sucedidos, cantares, refranes, leyendas, cuentos de encantamento, tradiciones, juegos, costumbres, trovos, romances, hechos heróicos y desconocidos, descubrimientos ig-

norados, tipos del natural, misión es propia de ánimos varoniles y españoles, de inteligencias que no se pierden en musarañas y de corazones que no están en el cuerpo á modo de adornos de sobremesa.

Y como todas estas buenas condiciones las reune el Sr. Campillo, artista y andaluz, que es ser dos veces artista, y es de natural tan poco apropósito para vestir el frac, como para matricularse en el gremio de los eruditos empedernidos, ha dado en esta ocasión una nueva muestra de su creciente genialidad, y de que, de día en día, va desprendiéndose de los escasos resabios y pujillos de erudición que tan mal sientan en quien conoce los ocultos almacenes donde aún se conserva la hermosa tinta española con que se escribieron el *Rinconete* y *Cortadillo*, el *Lazarillo de Tormes* y el *Pícaro Guzman de Alfarache*. El poeta sevillano sabe que si el emigrado López poseía una arquitectura natural que metía miedo, quien para ello tenga bríos, puede encontrar en las olvidadas escuelas de la Macarena, el Perchel y la Viña, tipos y asuntos del género picaresco, tan decaído, como propio de nuestro carácter. El cuarto estado llamado mediante el sufragio á la vida política, vendrá tambien á la vida del arte, mal que le pese á los escritores de guante blanco, y vendrá, siquiera adornado de verdes pámpanos, lleno de

savia y lozanía, á regenerar nuestra literatura, que, salvo honrosas excepciones, se consume y pudre en el reducido meollo de los que tendrían á sacrilegio la duda de si fueron de las abejas que labran la miel ó de las que á ella acuden los alados insectos que rodearon la cuna del poeta de Mantua; gente que considera con asnal formalidad en mortal pecado, al que ignora la aburridísima epístola que para los Pisones escribió Horacio, y reputa como loco de atar al que no llora, tiembla, se estremece, grita, moquea y se desmaya con esa oratoria católico-uterino-nerviosa que sólo puede escucharse con el lino en la diestra y el pomo, con agua de azahar, en la siniestra; gente soso-académico-trasnochada, á quien acompañan por distinto camino los que se empeñan en vestirnos con riquísimos trages que, al no estar hechos para nosotros, no nos vienen bien, como es muy natural. Siga, pues, el Sr. Campillo por la senda emprendida, y tenga por cosa cierta, siquiera se lo pronostique un moro, (1) á quien también un fraque sentaría como á un Santo Cristo un par de pistolas, que quien saborée el lindo y conocido cuento del Puente, reflexione en la navaja de Carlomagno, alcance la trascendencia del modo con

(1) Aludía al pseudónimo de Muley, con que escribí este artículo.

que los periódicos ilustrados dieron cuenta del triste fin de D. Venturita, piense en la gota de agua que horada la piedra, y en aquel de las patillas rubias y los ojos azules, quien comprenda el sobresalto de aquel bendito marido, que acostumbrado á tener siempre el dedo metido en alguna parte, lo trasladó una noche ¡qué horror! de sus narices, punto habitual de su residencia, á la boca de su respetable consorte que roncaba á pierna suelta; quien, entrando en otro género de consideraciones, admire en la hucha del ciego, el fondo sombrío de un alma sin luz, desposeída del dinero que era su vida y su encanto, quien con nosotros tiemble por la suerte de los intrépidos patron y marineros, Cayetano Ricar, conocido por *el Tano,* Francisco Martínez, Antonio Carmona, Manuel Ponce, José Quintero, José Socorro, José María Sánchez, Nicolás Martín, Manuel Carmona, Juan Llorca, Juan García Bocanegra y Manuel Rodríguez, que en la horrible noche del 18 de Enero de 1857 se lanzaron al mar en busca de una muerte cierta, y llore de alegría al verlos volver al puerto con todos los náufragos del bergantín austriaco *Caritá,* que debieron la vida, no ya á la Providencia, sino al valor y arrojo de aquellos héroes, ya desde hoy conocidos. Quien todo esto lea, exclamará con nosotros: la obra del Sr. Campillo, es su mejor lección de retórica! ¡Ojalá que no se haga esperar la segunda

conferencia! ¡Ojalá, sobre todo, que este ejemplo, y la autorizada voz del Sr. Valera, despierten á nuestra juventud del letargo en que yace y muevan su generoso aliento al estudio y cultivo de la literatura popular y á la reflexión de que como mejor se imita á los países que nos exceden en cultura, no es queriendo parodiarlos ó aparecer lo que no somos, sino cultivando y desenvolviendo los ricos gérmenes de nuestra propia vida y genialidad.

Enero de 1879.

LAS ADIVINANZAS

LAS ADIVINANZAS

El deseo de complacer á mis queridos amigos de *La Enciclopedia,* y mi afición al estudio de las creaciones de la musa popular, reunidos ahora, me comprometen á publicar estos ligeros apuntes sobre una materia tan digna de estudio, á mi parecer, como descuidada y desatendida por nuestros literatos y críticos.

De extrañar es, en verdad, que mientras se coleccionan las charadas, con que pretende aguzar su romo ingenio la respetable clase sietemesina, se desprecie y tenga á menos el reunir y estudiar las adivinanzas populares, con que descansa de sus rudas faenas y ejercita su claro entendimiento la clase, si ignorante, trabajadora al menos y útil á la sociedad.

Y también es cosa de extrañar que, mientras admiramos con tamaña boca abierta los afiligranados similores de la nación francesa, que, al par de innegables beneficios, ha inoculado en nuestras

entrañas el vírus de la superficialidad, tengamos á menos ocuparnos de lo que, traducido á otros idiomas, es leído con respeto y aun con admiración.

Coleccionaban los alemanes con entusiasmo nuestros romances, cuando nuestros mejores ingenios se ruborizaban todavía de sacarlos á luz; corren traducidas al francés las obras de la escritora Fernán Caballero, quien, como activa y diligente hormiga, ha acarreado á nuestros espaciosos cuanto vacíos graneros, la regalada semilla que crece expontáneamente en nuestro suelo, tan fértil como falto de amoroso é inteligente cultivo, y reunen hoy los alemanes las interesantes coplas andaluzas, á cuya publicación se nos anticiparán sin duda, si mi querido amigo el Sr. Rodríguez Marín no se decide pronto á enriquecer nuestra literatura con su *Cancionero,* para el cual cuenta ya con más de veinte mil cantares.

Tales hechos, dignos de censura por más de un concepto, explican el desdén con que también se han mirado y miran las *adivinanzas,* forma artística muy superior á la charada, como puede cualquiera conocer, á poco que en ello reflexione. Obsérvase desde luego, comparando una con otra producción, que mientras en la primera campea la fantasía y la relación expresada es puramente artística y de vista total del objeto, la segunda es sólo hija del ingenio y de una relación puramente exterior y

y formal, lo cual hace que una sea necesario adivinarla, y otra sólo descifrarla: con paciencia se encuentra la solución de la charada más difícil; sin intuicion es imposible dar con lo que en la adivinanza se expresa. Léase, por ejemplo, la de la nuez:

Arquita chiquita,
De buen parecer,
Ningun carpintero
La ha podido hacer;
Sólo Dios del Cielo
Con su gran poder.

Aparte el error popular de hacer á Dios autor de lo que la naturaleza crea sin necesidad de superior encargo, ¿hay en esta adivinanza nada que no sea bello y delicado y profundamente poético? ¿No son relaciones de belleza todas las indicadas en ella? ¿No se observa en ella el armonioso juego de la razón, el sentimiento y la fantasía que concurren á toda creación artística?

Apesar de esta verdad, en que no pueden menos de convenir cuantos siquiera han saludado los libros de Estética, á excepción de Fernan Caballero, que ha coleccionado unas 335 adivinanzas, nadie, que sepamos, ha hecho estudio de estas producciones, íntimamente enlazadas con otras formas no menos interesantes de la poesía popular; y es que, así como el refrán se hace copla, y cuento,

y sucedido, y leyenda, y drama, y en la contínua é incesante evolución de las ideas pasa por infinitas formas, la adivinanza se hace cuento, como veremos, y aun archivo de una tradición ó de un hecho, supuesto ó finjido.

Hé aquí una en que se conservan los deseos de Carlos III y los festejos del nacimiento de Carlos IV:

Un *tercero* en este mundo
Limosna le pidió á Dios,
Y Dios se la dió tan grande
Que de un *cuarto* no pasó;
Y en celebrar este *cuarto*
Se gastó más de un millón.

Este parentesco de la adivinanza con otras formas poéticas debería bastar por sí sólo para despertar el interés de los críticos. Infinidad de cuentos populares están llenos de ellas, hasta tal punto, que, mientras algunas, tales, por ejemplo, como la de

Cuco sobre cuco,
Bajo cuco mé
Con un tingolo tíngolo té,
Horma en saco
Y á la entrada del pueblo chicharraco,

sólo tienen explicación dentro del cuento ó chascarrillo á que pertenecen, otras, forman ellas de

por sí todo el argumento y vida de la creación popular. Y aquí viene como de molde fijar la atención de mis lectores sobre la desmedida afición que en cierto tiempo mostraban las princesas de los cuentos españoles á casarse con gente, siquiera fuese de humilde condición, lo bastante lista y despejada para vencerlas en las castas lides del ingenio, proponiéndoles adivinanzas, ó argumentos, ó acertijos que ellas no pudieran resolver; y la socarronería de nuestro pueblo, que les enviaba casi siempre uno de esos robustos muchachotes, bobos de marras, que tan buen papel desempeñan en nuestro teatro y en todas las producciones de la musa popular. También en esta afición de las susodichas princesas se encuentra un cabo del ovillo, por donde podamos venir en conocimiento de la época en que pudieron nacer estas creaciones artísticas que hoy nos ocupan; creaciones que, á mi entender, y sin perjuicio de modificar mi opinión cuando más las estudie, proceden de la Edad media, época tan ignorada como fecunda é interesante para quienes crean que, más que á la antigüedad clásica, debemos á la influencia de los árabes, con quienes vivimos juntos, aunque en guerra, más de setecientos años.

A esa época, ó sea á los siglos medios, creo que se remonta la primera adivinanza de la granada, que dice:

En alto me veo
Coronita de oro tengo,
Moros veo venir,
Y no puedo huir;

adivinanza que también corre por ahí atribuida á la bellota, acaso equivocación popular en que sin duda hemos incurrido, por tener ambos frutos corona y estar en alto.

Mas, sea de ésto lo que quiera, es claro que, si hay una clase de cuentos en que figuran princesas aburridas y reyezuelos de diferentes reinos, que buscan alivio á los males de sus hijas en la agudeza del *Juan Simple,* afortunado, que dé en el ítem de la dificultad de entretenerlas y consolarlas, no creemos que debe atribuirse á estas adivinanzas y cuentos un orígen más próximo que el que atribuye el Sr. Durán á la lindísima leyenda de *Las tres toronjas del vergel de amor*. Si se supone, lo mismo al tratar de la bellota que de la granada, que éstas veían venir moros, evidente es que los habría entonces en la península, y que no serían amigos de ellas cuando se lamentaban de no poder huir: sino es ya que vamos á suponer, á riesgo de pasarnos de listos, que los tales moros eran algunos muchachuelos truchimanes que venían por el fruto, y que había ya alcanzado carta de naturaleza en nuestro suelo la irónica frase:—*¡Ojo! ¡ojo! que hay moros en la costa*.

Siendo, pues, á nuestro juicio, verdadera la indicación que antecede, tócanos ver algunas variantes de esta adivinanza, posteriores á la época que nos ocupa:

Nací como clavellina,
Me crié como redoma,
De los huesos de mi cuerpo
Todo el mundo se enamora.

Esta lindísima variante, que, ni tomando los sudores de las aguas de Panticosa, lograrían mejorar nuestros más distinguidos poetas de salón, es, en mi sentir, superior en forma artística á la primera, y posterior históricamente; pues mientras en aquélla se habla de moros que vienen, en ésta se supone á la granada como redoma encantada que enamora con la belleza de sus huesos.

Más campesina y hortelana, y menos artística aparece la variante:

Soy redonda como bola,
Me mantengo por la cola,
Soy madre de muchos hijos,
A todos les doy consuelo,
Y pesadumbre á mi amo
Cuando me caigo en el suelo.

En ésta, el autor parece ya más preocupado de que no se malogre el fruto, que de averiguar si era ó no una encantada princesa lo que estaba dentro.

Tanto la del granado:

Es tanto mi poderío.
Que si mil hijos tuviera,
A cada cual su corona
Le pondría en la cabeza,

que pudiera aplicarse á otros granados vivientes, que se pasean por esos mundos de Dios, como la variante:

De casta de reyes vengo,
La nobleza me acompaña,
Y de mi nombre tengo
Una ciudad en España;

se me figuran posteriores á la primera, y de época en que ya Granada estaba en poder de cristianos y no de moros.

Con una idea nueva, vienen á la vida las otras cuatro variantes:

En un convento de monjas
Ví de monjas más de mil,
Y entre cada ciento y ciento
Hay un velo muy sutil.

—

En Granada hay un convento
Con muchas monjitas dentro,
Con un velo tan delgado,
Que ni es de lana, ni es hilado.

—

En Granada hay un convento
Y más de mil monjas dentro
Con hábito colorado;
Cien me cómo de un bocado.

—

A un convento de monjas fuí,
Y entre celdas y celdas ví
Unas telas delicadas;
Ni son tejidas, ni bordadas,
Sino por la mano de Dios criadas.

En éstas se ve ya el convento, las monjas y el velo imprimiendo carácter á la composición. No se trata ya en ellas de clavellinas, ni de redomas: el convento aprisiona hoy á la naturaleza, como ésta aprisionaba al espíritu en la Edad Media.

Aquí terminaríamos por hoy si no quisiéramos presentar siquiera una adivinanza erudita sobre la granada, para que nuestros lectores puedan compararla con las populares. Hé aquí una de la colección de trescientas once del Dr. Christoval Pérez de Herrera, médico de cámara de Felipe III, allá por el año de 1609:

¿Cuál es una fortaleza
Que está llena de soldados
De vestidos colorados,
Con huesos y sin cabeza,
De Real insignia adornados?

Febrero de 1879.

DOS CUENTOS POPULARES

DOS CUENTOS POPULARES

CANGREJOS Y JUAN CIGARRÓN

Como allí donde cae el burro se le dan los palos, y la ocasión la pintan calva, y la que se me ofrece viene hoy como á pedir de boca y con cabellos bastantes por donde asirla, os doy una noticia, también relacionada con las adivinanzas, que habrá de agradaros con extremo, á saber: el pobrecito alemán *Cangrejos* tiene un hermano en el infeliz español *Juan Cigarrón;* ambos son hijos gemelos de una misma madre, cuyo nombre no os participo, porque no habiendo encontrado su partida de casamiento, no quiero vaya algun maliciosillo á sospechar que no fueron habidos de legítimo matrimonio. Cangrejos, como Cigarrón, eran zahoríes por picardía; testigos imparciales de esta verdad son el cuento que ocupa el número diez y siete en la *Colección de cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles,* de la Fernán-Caballero y el

titulado *El Doctor Sabelotodo,* de los hermanos Grimn, que un querido primo nuestro ha tenido la bondad de traducirnos hoy para solaz y recreo de los lectores. El cuento del *Doctor Sabelotodo,* que á continuación veréis si seguís leyendo, no ha sido hasta ahora, que sepamos, traducido al español, y nada tiene que ver con el *Sr. Sabelotodo* cuento que, aunque también de los hermanos Grimn, difiere por completo del presente; el Sr. Sabelotodo era, no un zahorí como Cangrejos, sino un mal humorado zapatero que llamaba á todos perezosos, no obstante no ser él gran trabajador; hombre que todo lo notaba, todo lo criticaba, todo lo sabía mejor que nadie y siempre tenía razón, honrado menestral, de cuya especie no faltan tampoco ejemplares en España. El Doctor Sabelotodo se diferencia mucho del zapatero, no así de su hermano Juan Cigarrón, como os he dicho y pretendo demostraros.

¿Sabéis vosotros quién era Juan Cigarrón? (Quién es Cangrejos excuso decíroslo porque vais á verlo en el cuento puesto á continuacion de estas líneas.) Pues bien; Juan Cigarrón era un hombre, que por ganar dinero, en vez de dársela de prohombre político, como hubiera hecho hoy, discurrió hacerse pasar por zahorí; y tales mañas se dió para conseguirlo, que embaucó á todo el mundo, incluso al mismo Monarca, á quien tambien logró engañar, no obstante la naturaleza entonces semi-divina de

los reyes. Más receloso aquél, quiso poner á prueba á nuestro Juanillo, y encerrándole en un oscuro calabozo, le dió *tres* días de plazo para que averiguara en ellos quiénes eran los autores de un robo de consideración de que había sido víctima, robo que ni por un momento se le ocurrió al buen rey achacar á sus ministros responsables; bien que es verdad, que por aquella época tampoco los había.

Referiros el estado de ánimo del pobre Cigarrón en aquel lance, fuera tarea superior á mis fuerzas y á la que, aun pudiendo, renunciaría, por no lastimar la sensibilidad exquisita de mis bellísimas lectoras. Calculen éstas el apuro del pobre Cangrejos al hallarse en análogo caso con su consultante, añádanle lo de que al zahorí español le iba nada menos que la vida en la demanda y comprenderán con cuánta amargura exclamó al ver á un criado que, á eso del oscurecer del primer día, vino á traerle la comida:

¡Ay, Señor San Bruno,
Que de los tres ya ví uno!

y su tristeza cuando, al concluir el segundo y ver entrar ya otro criado, dijo:

¡Válgame San Juan de Dios,
Que de los tres ya ví dos!

Y, por último, cuál sería su estado de ánimo cuando al servirle al tercer día otro criado un plato que

acaso creyó el último que comería en su vida, prorrumpió en esta desconsoladísima frase:

¡Ay, válgame San Andrés,
Que ya los he visto á los *tres!*

refiriéndose á los *tres* días que le dieron de plazo para la averiguación que ya juzgaba como imposible empresa. Piensen todo esto mis lectores, regocíjense luégo con la feliz noticia de que tantas amarguras terminaron con la expontánea confesión de los criados (gente de la casa había de andar en el negocio), de ser ellos los ladrones de la plata robada á Su Real Majestad, y díganmesi este desenlace no es el mismo, mismísimo, que el del cuento de los populares hermanos Grimn, ysi los versillos pareados no corresponden exactamente á las tres exclamaciones de Cangrejos, subrayadas: *Este es el primero, Este es el segundo, Este es el tercero.*

Pero aún hay más analogías entre ambos cuentos: Cangrejos, al ser preguntado por lo que contenía una fuente tapada, con cangrejos, dejó atónito á su interrogante, exclamando: *¡Pobre de tí, Cangrejos!;* y Juan Cigarrón no dejó menos estupefacto al Monarca, de cuya confianza ya gozaba por haber descubierto el robo referido, cuando al presentarle una mano cerrada con un cigarrón que aquél, sin ser visto, había cogido, exclamó confuso:

¡De esta hecha
Juan Cigarrón cayó en la percha!

Vese, pues, leyendo ambos cuentos populares, que ambos son uno mismo, sin más que ligeras variantes: ¿cuál nació primero? Hé aquí una cuestión que será tanto más fácil de resolver y de resolución tanto más útil cuando, en vez de dos, sean muchos los cuentos que den testimonio de tan íntimo parentesco. Hé aquí un estudio interesante para el filósofo y el historiador, y para todo hombre que, juzgando la literatura como cosa menos frívola y baladí de la que hasta hace poco ha venido siéndolo, guste de seguir la génesis, evolución y modificaciones de la creación artística. Hoy que se tiene por averiguado que la inimitable y conocida fábula de la lechera, tan magistralmente versificada por nuestro Samaniego, está tomada, como indica Amador, del apólogo de Calila y Dimna titulado *Del religioso que vertió la miel et la manteca sobre su cabeza;* hoy que se tiene por cierto que el célebre drama *La Vida es Sueño,* tan decantado como producción cristiana, tiene su origen en el cuento árabe de *Las Mil y una Noches,* titulado el *Durmiente Despierto,* como indicó Lista y piensan comprobar en breve unos apreciables amigos míos, que están haciendo juntos un concienzudo trabajo sobre tan importante cuestión; hoy que los profundos y trascendentales estudios de Müller

están produciendo una verdadera revolución en la literatura, las traducciones de cuentos populares de otros países y la escritura de los que sólo viven en los labios del vulgo, desfigurándose y alterándose por días, es de suma importancia y utilidad.

Hé aquí ahora el cuento alemán á que nos referimos:

EL DOCTOR SABELOTODO

(TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN.)

Erase un pobre campesino llamado *Cangrejos,* que conducía á la ciudad, en un carro de dos bueyes, una carga de leña, la cual vendió por dos thalers á un Doctor. Mientras le pagaba su dinero, el Doctor se disponía á sentarse á la mesa, y viendo el campesino la exquisita comida que tenía preparada, le entraron deseos de ser él tambien Doctor. Un momento estuvo indeciso, y al fin, dirigiéndose á aquél sin preámbulos, le preguntó:—¿No sería posible que yo me hiciera Doctor?—¡Oh, sí, contestó éste; muy pronto y fácilmente se arregla eso. Lo primero que haces es comprar una cartilla de esas que tienen un (1) *Gockelhahn* (gallo doméstico);

(1) Frase familiar.

luégo vendes tu carro y tus bueyes, y con su producto adquieres vestidos y todo lo apropiado á tu nueva categoría; y por último, te haces pintar un gran letrero con estas palabras: *Yo soy el Doctor Sabelotodo,* que colgarás sobre la puerta de tu casa.—El campesino hizo todo lo que le había aconsejado el Doctor. Cuando ya llevaba algún tiempo de doctorado, aunque no mucho, sucedió que á un gran señor de la comarca le robaron una gruesa suma, y como le hablasen del Doctor Sabelotodo, que en su calidad de tal debía saber dónde había ido á parar su dinero, resolvió consultarlo. Hizo enganchar su carruaje, se dirigió á la aldea y preguntó al campesino si era el Doctor Sabelotodo.—Sí, yo soy, contestó éste.—Entonces debe venirse conmigo para recuperar el dinero robado.—Sí lo haré, pero mi mujer la Márgara debe acompañarme.—El caballero aceptó, y haciendo subir á ambos á su carruaje, los condujo á su palacio. Cuando llegaron, la mesa estaba dispuesta, porque el Doctor debía comer antes de emprender su averiguación.—Comeré, dijo éste, pero mi mujer la Márgara me acompañará.—Se sentaron efectivamente juntos, y cuando llegó el criado con una fuente de ricos manjares, el campesino, dirigiéndose á su mujer, le dijo:—«*Márgara, este fué el primero,*» indicando que era el primero que traía comida.—El criado, empero, creyó daba á entender era el primer ladrón, y como

realmente lo era, lleno de angustia, fué donde estaban sus compañeros y les dijo:—El Doctor lo sabe todo; podemos estar seguros: ha dicho que yo fuí el primero. El segundo no quiso creerlo, pero hubo de convencerse bien pronto, pues cuando se acercó al campesino para servirle el segundo plato, oyó que le decía á su mujer:—«*Este es el segundo.*»—El tercero no salió mejor librado, pues el Doctor dijo al verle:—«*Este es el tercero.*»—Llegó el cuarto criado con una fuente cubierta, y el señor de la casa, dirigiéndose al Doctor, le dijo tenía una ocasión de mostrar su arte adivinando lo que había en la fuente, y apurado, sin saber cómo saldría de aquel trance, exclamó:—«*¡Pobre de tí! Cangrejos!*»—Efectivamente, eran cangrejos lo que la fuente contenía, lo cual hizo decir al señor:—Puesto que has acertado, también sabrás quién tiene mi dinero.—Uno de los criados dijo al Doctor que sus compañeros y él tenían que hablarle, y que hiciera lo posible por ir donde ellos estaban. Hízolo así aquél, y los criados, llenos de angustia, le confesaron los cuatro que sirvieron la mesa que efectivamente ellos habían robado el dinero; que le dirían dónde estaba enterrado y aun le pagarían una buena cantidad con tal de que no los delatase. Convino el Doctor y y lo llevaron al patio, mostrando el lugar en que estaba la cantidad robada. Lleno de alegría el Doctor, volvió adonde el señor estaba, diciéndole:

—«Señor, ahora mismo voy á buscar en mi libro dónde se encuentra su dinero.—El quinto criado, curioso por conocer si el Doctor sabía más aún, tuvo la idea, que puso en práctica, de esconderse en sitio conveniente para poder oirlo. Se sentó el Doctor, y sacando su abecedario, empezó á hojearlo; buscaba el *Gockelkahn,* y como no podía encontrarlo, exclamó:—*Sin embargo, tú estás aquí y debes salir.*»—El criado escondido, lleno de turbación, corrió donde estaban sus compañeros, diciendo:—Ese hombre no ignora nada.—Luégo el Doctor Sabelotodo llevó al señor donde estaba el dinero, sin decirle quiénes le habían robado, recibió de las dos partes una buena recompensa por su servicio y se hizo un hombre célebre.

F. P. M.

Marzo de 1879.

CUENTOS,

ORACIONES, ADIVINANZAS Y REFRANES POPULARES É INFANTILES, RECOGIDOS POR FERNÁN-CABALLERO.

CUENTOS,

ORACIONES, ADIVINAS Y REFRANES POPULARES É INFANTILES, RECOGIDOS POR FERNÁN-CABALLERO.

Gozó la Fernán-Caballero el singular privilegio de asociar su nombre á todos los estudios sobre poesía popular. Antes que el laureado autor de *El Trovador* y *Simon Bocanegra* hiciera resonar en el austero recinto de la Academia Española los tiernos y delicados cantares de los hijos del pueblo; antes que D. Emilio Lafuente Alcántara publicara su *Cancionero,* trabajo apreciable, aunque muy inferior á lo que de su erudición y de la importancia de la materia podía esperarse; antes que el Sr. D. José María Sbarbi publicase su *Refranero,* y el Sr. Trueba sus cuentos, ya la Fernán-Caballero, en obras diferentes había coleccionado cuentos, refranes, locuciones peculiares y coplas. Al emprender hoy nosotros un trabajo sobre adivinanzas, lo primero, y, casi puede decirse, lo único que hallamos escrito sobre la materia, es una co-

lección de adivinas infantiles y otra de adivinas y acertijos populares en la obra que sirve de tema á nuestro artículo. Es, pues, nuestra primera obligación ocuparnos de este trabajo, y al hacerlo, no podemos menos de lamentar, que los hombres científicos no hayan aprovechado estos materiales de tanta valía para todo el que se ocupe seriamente del estudio de nuestra literatura popular, porque materiales y nada más es lo que en esta ocasión, como en todas, debemos á la Fernán-Caballero: materiales, que hasta ahora, nadie que sepamos, se ha tomado el trabajo de clasificar, ordenar y disponer para la serie de estudios que hace tanto tiempo demandan nuestras producciones populares, de las cuales hasta el día no conocemos, á excepción del *Romancero general,* estudio ninguno de verdadera importancia, llegando nuestra incuria y pereza hasta el extremo de que ni se mencionan en las obras que corren en manos de la juventud, habiendo géneros quizás completamente desconocidos, á cuyo estudio se nos anticiparán, como acostumbran, con mengua del decoro patrio, naciones más adelantadas que la nuestra.

La Fernán Caballero, que llama á las adivinanzas adivinas, sin duda porque este nombre tiene mayor parentesco con la divinidad, divide este género en infantiles y populares. ¿Por qué hace esta división? Vaya usted á saberlo: ni á las

doscientas de la primera clase, ni á las ciento treinta de la segunda, precede ni sigue introducción, prólogo ni explicación de ninguna especie, si no es una advertencia puesta al frente de las infantiles, que desearíamos no haber leído, y que dice así: «En estas adivinas infantiles, no se espere, ni la exactitud ni lo correcto en la composición, ni aun lo ingenioso del pensamiento (aunque en varias de ellas se encuentran estas tres circunstancias.) Para nosotros estriba su mérito en el monísimo modo de calificar y nombrar las cosas con palabras y clasificaciones que inventan, en las que no deja de haber ingenio y poesía. La misma incorrección es una prueba, la más evidente, de que son compuestos por ellos. Hay cosas que, analizadas, son disparates y sentidas gracias: cosas á cuyo encuentro va la simpatía; cosas que son nimias y pueriles que, si no fuesen, dejarían de ser infantiles:» advertencia que pone desdichadamente de manifiesto que la frivolidad é incalificable desdén con que se han mirado y miran las creaciones artísticas populares, logró hacer mella también en el ánimo apocado de la recolectora, cuya celebridad en Europa fué sólo debida á ocuparse con amor en levantar del suelo esas primorosas joyas, de que somos hasta cierto punto indignos poseedores. Por lo demás, ni una nota, ni un comentario, ni una base, ya que no de clasificación de agrupación si-

quiera: las adivinas, tanto infantiles como populares, se siguen unas á otras, en las coleccioncitas que nos ocupan, a modo de nazarenos en cofradía de madrugada. Así y todo, la colección de Fernán Caballero, que, como trabajo literario ó científico es de ningún valor, es por extremo útil para los que acudan con espíritu más reflexivo al estudio de ese colosal poeta anónimo, que no tiene dentro de tierras españolas quien le aventaje ni iguale. Vista esta colección, dividida en dos partes, como hemos dicho, y observada por fuera, que es como hoy nos proponemos examinarla, hallamos que el pueblo se ocupa en este género de producciones casi siempre de objetos materiales, y muy pocas veces de seres inmateriales ó abstractos, lo cual, lejos de ser un defecto, como parece indicarme uno de mis queridos amigos, es una nota distintiva de este género de poesía, tanto, que casi nos atrevemos á asegurar que las voces que existen de otra índole, son de creación reciente y quizás no populares: como ejemplo podemos citar la que se refiere á la *Justicia,* que no es más que una mutilación de la enigma de D. Cristóbal Pérez de Herrera, que trata de este mismo asunto. Véase, en efecto, la citada enigma, ó sea la ciento una, que dice:

Doncella soy y también
Tengo hermosura sin tasa,
Y con no haber hombre á quien

No le parezca muy bien,
Nadie me quiere en su casa;

y la veinte y una de los acertijos populares de Fernán-Caballero, que dice:

Justa me llaman do quier,
Soy alabada sin tasa,
Á todos parezco bien,
Nadie me quiere en su casa.

En cuanto á la versificación se encuentran en las coleccioncitas de que nos ocupamos infinidad de metros, desde los pareados eptasílabos y octosílabos, asonantados y aconsonantados, hasta décimas ó sean composiciones de diez versos reunidos de la manera más singular y caprichosa que pueda pensarse. Por el metro creemos que las adivinanzas ó adivinas, verdaderamente populares, son las de dos versitos pareados, ó las hechas en coplas romanceadas. Las otras combinaciones métricas más artificiosas son sospechosas para nosotros de eruditas, pues, como ya observó el Sr. Lafuente Alcántara en su *Cancionero* y nosotros hemos tenido ocasión de comprobar, la redondilla y la quintilla no son formas métricas populares. Si la Fernán-Caballero, que tenía motivos sobrados para saber esto, hubiese fijado su atención en las adivinas que coleccionaba, hubiera podido conocer que muchas de ellas eran de poetas eruditos, y distin-

guir una de las fuentes de muchas adivinas, que no era otra que la mencionada colección de trescientos enigmas de D. Cristobal Pérez de Herrera, y como con verlo basta, á continuación insertamos una serie de ellos tomadas de dicha fuente. La ciento veinte y dos de las *infantiles* que significa las chispas, dice:

Más de cien damas hermosas
Ví en un instante nacer
Encendidas como rosas,
Y en seguida fenecer.

Y la 46 de Cristobal Pérez, sobre el pedernal y el eslabón, dice:

Más de cien hijas hermosas
Ví de dos machos nacer
Encendidas como rosas,
Y al instante fenecer
Haciendo vueltas vistosas.

La sétima de las populares, que se refiere al alfiler, dice:

En Francia fuí fabricado,
En España soy vendido,
Y con afán por las damas
Siempre he sido pretendido.
Si me prenden, prendo,
Si me sueltan, soy perdido.

Y la 227 de Cristobal Pérez Herrera, que dice:

En Francia suelo nacer,
Y en España estoy vendido,

Y sirvo al hombre y mujer.
Mi propio oficio es prender,
Y si suelto soy perdido.

La 15 de las populares, dice del monte:

Preñado dicen que estoy
Y jamás á parir vengo,
Lomos y cabeza tengo
Y aunque vestido no estoy
Muy grandes faldas mantengo;

que es exactamente el n.º 223 de la colección de Herrera.

La 124 sobre el papagayo:

De colores muy galano,
Soy bruto y no lo parezco,
Perpétua prisión padezco,
Uso de lenguaje humano,
Si bien de razón carezco;

trasladada del n.º 100 de dicha colección.

La 137, que se refiere al aire, dice:

Tan grande soy como el mundo,
Y con todo no me ves,
Tiénenme por vagabundo,
Cércote de ancho y profundo
Todo de cabeza á pié;

que está en aquella colección con el n.º 272.

Y por último, la 70 dice de la noche:

¿Quién es una hembra triste,
Muy secreta y reposada,
De cuerpo y alma privada
Que de negro siempre viste?

Y la 25 de Cristóbal Pérez, dice:

¿Quién es una hembra triste,
Muy secreta y reposada,
De cuerpo y alma privada,
Que de negro trage viste
Y de malos es amada?

A más de sesenta llegan ya las que de Carmona, Osuna, Dos-Hermanas, Alcalá, Llerena, Talavera de la Reina, y otros puntos, nos han remitido como populares, siendo, no obstante, del autor citado, cuya colección debe tenerse á la vista para este estudio. Hay también en la colección de adivinas, que examinamos, una serie de ellas, que, á nuestro juicio, proceden evidentemente de otras colecciones de enigmas eruditos que no hemos podido encontrar todavía.

Comparemos ahora, para concluir este ligero artículo, algunos ejemplos de adivinanzas, casi con seguridad populares, y de enigmas, sin género alguno de duda eruditos, para que vean nuestros lectores cómo en este género no se halla tampoco el autor anónimo por bajo del autor de apellido conocido.

Dice, por ejemplo, en el enigma sobre el Sol, el Sr. D. Cristóbal Pérez de Herrera, estropeando el magnífico pensamiento de Aristóteles, de *que el sol y el hombre enjendran al hombre.*

¿Quién es el engendrador
Que en esto acompaña al hombre,
Y fué adorado su nombre,
Y en tiempo de gran calor
Gusta el hombre que se asombre.

Y dice el pueblo:

Soy un Señor encumbrado,
Ando mejor que el reloj,
Me levanto muy temprano
Y me acuesto á la oración.

Y esta otra sobre el *reloj,* citada en el *Cancionero* de Sebastián de Horozco, poeta toledano del siglo XVI, que dice:

Qué es la cosa sin sentido
Que concierta nuestras vidas,
Sin vivir;
Muévese sin ser movido,
Y hace cosas muy sentidas
Sin sentir.
Este nunca está dormido
Midiendo siempre medidas
Sin medir.
Tiene el seso tan perdido,
Que él mismo se da heridas
Sin herir.

Y dice el pueblo:

Juntos dos en un borrico,
Los dos andan á la par,
Uno anda doce leguas
Y el otro una no más.

Dice Herrera sobre el *año:*

¿Quién es un viejo ligero
Que es de cuatro movimientos,
Puestos en doce cimientos,
Que á cualquiera pasajero
Da más penas que contentos?

Y la musa popular:

Un árbol con doce ramas,
Cada una cuatro nidos,
Cada nido siete pájaros,
Y cada cual su apellido.

La de la *carta* de Herrera, es como sigue:

¿Cuál es la cosa que habla
Y de sentido carece,
Con fuego ó agua perece,
Su forma es pequeña tabla
Y sin vergüenza parece?

Y la popular:

Una palomita
Blanca y negra,
Vuela sin alas,
Habla sin lengua.

Y, por último, la de la *lengua,* que es la 94 de Pérez de Herrera, y la 162 de las infantiles de Fernán-Caballero.

¿Cuál es la cosa peor
Que en el mundo puede haber,
Que ella misma es la mejor,
Pues mala da el merecer
Y buena vida y honor?

En este enigma, como se ve, el autor aludido aprovecha el pensamiento de Esopo, como el pueblo aprovecha y conserva en sus producciones pensamientos más antiguos, según otro día tendremos ocasión de observar. Véase ahora la adivinanza del autor anónimo sobre la *lengua:*

Guardada en estrecha cárcel
Por soldados de marfil,
Está una roja culebra
Que es la madre del mentir;

adivinanza, en nuestro juicio, superior á todas las de D. Cristobal Pérez de Herrera, el cual no era, sin embargo, un pelgar, ni mucho menos, como tendremos ocasión de ver en otro artículo.

Marzo de 1879.

SECCION DE LITERATURA POPULAR

SECCIÓN DE LITERATURA POPULAR

Bajo muchos aspectos y relaciones es, hoy más que nunca, la literatura popular por extremo importante. No se trata ya de reverdecer nuestras pasadas y perdidas glorias; no de probar que en los siglos XVI y XVII rindieron tributo á nuestro Teatro las naciones de que hoy somos imitadores serviles; no de engreírnos con que Segismundo sea superior en caracter á Hamlet, lo cual puede muy bien no ser verdad; no de recordar que la *Cristiada* de Ojeda precedió á la *Mesiada* de Klopstock, el *Mágico prodigioso* á *Fausto, Luís Pérez el Gallego* á *Los ladrones* de Schiller, y si no *En esta vida todo es verdad y todo es mentira,* positivamente *La rueda de la fortuna,* de Mira de Mescua, al *Heraclio*, de Corneille. No se trata tampoco de recordar la admiración de los alemanes por nuestro *Romancero,* el entusiasmo de Schlegel por Calderón, las afirmaciones del famoso Salmacio, que concede la supremacía á los refranes españoles sobre todos

los europeos; no el respeto de Victor Hugo y Edgard Quinet por nuestras coplas y Teatro, ni aun siquiera el hecho indubitado de no haberse escrito en el mundo libro alguno que, como *El Quijote*, cuente en dos siglos 1,072 ediciones, habiendo sido traducido al inglés, al italiano, al portugués, al alemán, al sueco, al polaco, al dinamarqués, al ruso, al catalán, al vascuence y al latín; no de avalorar la inimitable epopeya española, donde Cervantes, después de recojer y condensar en su bien organizada cabeza la esencia de toda su nación, la devuelve á la asombrada Europa en esas dos inimitables figuras llamadas D. Quijote y Sancho Panza, que ningún pintor ha acertado á reproducir todavía, y que, sin embargo, están retratadas en la fantasía de todos los españoles. No se trata ya de halagar el amor propio nacional: trátase de algo más serio, aunque no menos sencillo. Trátase sólo de despertar un sentimiento de decoro patrio y el pensamiento de que la literatura popular, aparte de ser buena, es *española*, y que, en solo este concepto, nos importa su estudio; pues olvidarlo equivaldría á desapoderarnos de ella y á declararnos propietarios indignos: que el pueblo que desconoce su literatura, que es en su contenido lo más íntimo de su naturaleza y el testimonio más genuíno de su historia interna, el pueblo que no tiene conciencia de sí é ignora su historia, renuncia verda-

deramente á su autonomía literaria, como lo comprueba no sólo los hurtos cotidianos que hacen á otros países nuestros poetas de salón, sino que, faltos de ideal, copiamos servilmente un mundo de vida que nos es completamente extraño El sacar á luz las creaciones de la literatura popular, aun no atendiendo todavía más que á un sentimiento de decoro y de patriotismo, es muy importante, porque vendría á captarnos las simpatías de pueblos más adelantados que, mirándonos hoy solamente á través de nuestras ineptitudes y ruindades políticas, nos desprecian, considerándonos como una rémora para todo progreso, y acaso, vergüenza da decirlo, como un escándalo y oprobio para la culta Europa. El mostrar lo genuíno y genial de este país; el sacar al fango de la superficie, ya que tan aficionados, por desgracia, somos á las imágenes, las flores del fondo, nos haría simpáticos y amables, y áun acreedores quizás á un respeto y á una consideración de que hoy no disfrutamos. La política muestra nuestro *estado,* la literatura popular nuestro modo de ser, nuestra potencialidad, nuestra *naturaleza;* de un pueblo mal gobernado, pero con condiciones internas de primer orden, que sólo necesita cultivo inteligente y dirección acertada, puede esperarse algo; un pueblo del cual sólo se ven la corrupción y la miseria es pueblo abandonado de la mano de Dios. El estudio de la literatura popular es camino de

regeneración: así lo entendía el eminente autor del *Romancero* al afirmar que «la emancipación de un pueblo en la literatura es la aurora de la independencia y el síntoma más expresivo de la nacionalidad.» Procuremos ganar por este camino la consideración que, dada nuestra intolerancia religiosa y lamentable atraso científico, nos es hoy imposible alcanzar por otros medios, y reconozcamos de buen grado este patriótico deber.

Hay, sin embargo, no diremos motivos, pero sí razones más poderosas, que nos incitan á su estudio, el cual ha sido encarecido y predicado con el ejemplo por nuestros filósofos, críticos, literatos y publicistas más ilustres. ¿Quién desconoce los trabajos hechos por el eminente filósofo don Federico de Castro, por el reputado publicista Sr. D. Juan Valera y por los distinguidos catedráticos de la Central y Barcelona señores don Francisco de Paula Canalejas y D. Manuel Milá y Fontanals? Pero no se trata aquí de buscar autoridades que robustezcan una opinión que no ha menester apoyo de ninguna especie para ser clara y rectamente entendida, é imponerse como verdadera y justa á todo hombre de buen sentido. Si al estudio de la literatura popular no nos animaran con su consejo y ejemplo personas cuya capacidad y competencia es reconocida y confesada por amigos y adversarios, todavía sería verdad innegable que

esta tarea es hoy más importante que nunca, por motivos y exigencias puramente científicas.

La literatura ha entrado, de treinta años á esta parte, en una nueva vía, merced especialmente á la activa y poderosa escuela krausiana, cuya, aun breve, pero brillante historia, está exigiendo ya un cronista imparcial y desapasionado que relate sus generosos y potentes esfuerzos por la ciencia y por la patria. Verdad que, por la misma razón que señala, en su introducción á la *Analítica,* el inolvidable sabio D. Julián Sanz del Rio, alguno que en esta escuela aprendió, aprovechándose de las deficiencias aparentes ó reales de la doctrina, ha procurado amenguar ó desconocer los inmensos beneficios que á ella ha debido y debemos todos, siquiera acudan á la lucha por el bien y completa emancipación del pensamiento humano en la hora presente, doctrinas y sistemas que debemos recibir con igual amor y saludar con idéntico respeto; verdad es que aun no se ha verificado el último consorcio entre la filosofía y la literatura, á que el sistema de Krause aspiraba y aspira, y que algunos espíritus pretenciosos han desdeñado el estudio de las composiciones literarias por atender al de las teorías filosóficas, mientras otros, incapaces de levantarse á mayores, han pretendido seguir aferrados á sus teorías eclécticas, ya desprestigiadas y viejas, alimentándose con el caudal de conoci-

mientos, exclusivamente literarios, que adquirieron en sus buenos tiempos. Mas, séase de esto lo que quiera, es innegable que la literatura en España ha tomado un nuevo rumbo, que las enseñanzas escolásticas y preceptos aristotélicos no nos satisfacen y que hasta los ingenios más frívolos y ligeros, han procurado dar un tintecillo filosófico á sus obras artísticas, llamémosle así.

La literatura, en nuestro sentir, no es ciencia todavía, pero aspira á serlo, y, si bien en sus teorías hay aún algo de convencionalismo, éste tiene ya mucho de científico y menos de autoritario é impuesto que en los tiempos pasados; el prolijo y delicado estudio de los géneros, el afán con que se discute y sustenta el nombre y apellido de cada uno, y aun el orden de su aparición en el tiempo, prueban que la misión del literato es más árdua y menos despreciable de lo que ordinariamente se ha pensado hasta aquí por los que no se dedicaban á estas materias. Las mismas definiciones de la literatura y el esmerado empeño que en fijar su campo y límites se manifiesta, prueban á la saciedad su tendencia á hacerse científica. Ahora bien; si la literatura aspira con justicia, á nuestro juicio, á ser en breve una ciencia, y, como tal, tiene un contenido que le es propio y que la separa y distingue de otras ciencias, es evidente que todo lo que sea literatura y forma literaria ha de quedar dentro

y no fuera de esta ciencia, y no sólo dentro, sino en el lugar y puesto que realmente le corresponda. No basta decir existe una literatura popular y sus formas son tales ó cuales; es necesario estudiar esas formas y señalar su naturaleza y eslabonamiento con las anteriores y siguientes; no cabe tampoco dar, v. g., una teoría científica del cuento, la copla ó el refrán, sin conocer los cuentos y refranes y coplas: esto pudo pasar en otros tiempos, pero no en los presentes, en que sabemos que las cosas sólo llegan á entenderse estudiándolas, y que el prestigio y el valor de las afirmaciones dogmáticas va de vencida; las coplas no han de estudiarse por bonitas, ni los trovos por caprichosos, ni las adivinanzas por ingeniosas, ni por raras y curiosas las tradiciones y leyendas: coplas, adivinanzas, tradiciones, leyendas, trovos, adagios, refranes, proverbios, diálogos, juegos cómicos, cuentos, locuciones peculiares, frases hechas, giros, etc., han de estudiarse como materia científica. Tanto más cuanto que la literatura reflexiva parece ser respecto á la popular lo que la reflexión al sentido común, y que, así como la ciencia ha de volver de contínuo á la razón natural, la literatura reflexiva ha de volver contínuamente á la inspiración expontánea, si aspira á ser plenamente nacional, no pasando de culta cuando desdeña aquella. La literatura popular,

como expontánea, no está hecha con propósitos mercantiles, condición y nota distintiva digna de repararse y que avalora inmensamente su estudio. En la producción culta, que tiene precio en el mercado, el autor puede atender á la satisfacción y complacencia del público que le compra su obra, ó al interés, secundario con relación al arte, de crearse una reputación ó conservar la adquirida; en la producción popular no hay esta liga de intereses opuestos, ni este contubernio del motivo artístico con el móvil bastardo ó la mira egoista. En España, donde desgraciadamente ¡á tal extremo había de llegar el abatimiento de los caracteres! tanto el arte oratorio como el poético se han puesto más de una vez, interesada y calculadamente, al servicio de una clase y aun de una persona, sube de punto la dificultad para el crítico, llamado á discernir y separar el oro del metal en semejante género de producciones. El hombre del pueblo, que es más rudo, más inculto, más grosero (uso intencionadamente este vocablo); el hombre del pueblo, que es menos individuo que el hombre culto y por tanto se nutre más de la vida común, muestra mejor en sus producciones, anónimas por su naturaleza, la idea de la muchedumbre, la idea de todos: condición que avalora la importancia del estudio de su literatura.

No son, sin embargo, este decoro patrio y esta

tendencia de la literatura á reorganizarse en condiciones verdaderamente científicas, las únicas razones que abonan su importancia; hay otra relación y otro aspecto que convierte en necesidad aquel sentimiento y legítima aspiración. Las producciones de la musa popular tienen hoy un interés sociológico, ó, si no os gusta la palabra, histórico-filosófico. La escuela evolucionista, á que pertenecen tantos esclarecidos pensadores, indaga hoy en los cuentos y producciones populares el orígen y desenvolvimiento de nuestras supersticiones y creencias y los gérmenes de esos conceptos primitivos que, evolucionándose á medida que los hombres se perfeccionaban, han llegado á constituir esos complicados sistemas filosóficos, de que hoy nos enorgullecemos y admiramos.

También los mayores conocimientos en las lenguas semíticas y la influencia, ya por todos reconocida, de las literaturas orientales en nuestra literatura popular, acrecientan no poco la importancia del estudio de ésta y el de tales investigaciones. No se trata ya, como en el siglo pasado, de negar con Feijóo la existencia de las brujas, trasgos, duendes y basiliscos como séres reales, trátase de estudiarlos como séres fantásticos y simbolismos de civilizaciones primitivas, que acaso han legado á las generaciones presentes, en forma de metáforas y alegorías, sus conoci-

mientos é ideas. No son ya los cuentos y leyendas populares, á los ojos de las gentes ilustradas, asunto de puro entretenimiento y recreo para los niños y desahogo para las viejas; son, unos, verdaderos fósiles de civilizaciones primitivas; y, otras, formas prehistóricas ó históricas, algunas actuales, de pueblos salvajes: fósiles y monumentos que importa conocer, tanto por lo menos como los restos petrificados de especies animales extinguidas; fósiles literarios los unos, y monumentos prehistóricos ó históricos los otros, que utilizan hoy los más ilustres sabios europeos. Como ejemplos citaremos solamente dos, uno de los hermanos Grimn y una saga (cuento) scandinava que sirve al eminente Tylor en su obra *La civilización primitiva,* á que tanto debe el ilustre filósofo inglés Herbert Spencer, para comprobar la creencia, tan acreditada entre los groelandeses y ciertos indios de la América del Norte, de que el alma abandona al cuerpo durante el sueño, curioso viaje, que es de ida y vuelta, según los habitantes de la Nueva Zelandia, cuya doctrina no es exclusiva de los pueblos salvajes, pues se halla también en el sistema de Vedanta, y en la Kabala, y aun en una historia referida por San Agustin.

Según el cuento, ó, mejor dicho, leyenda recogida por los célebres literatos alemanes, «el rey Gontram reposa en un bosque; su cabeza descansa

sobre las rodillas de su escudero, quien ve salir de la boca de su amo una serpiente que se dirige á un arroyo inmediato. El reptil, que se encuentra detenido por el agua, vuelve hácia atrás; mas el fiel escudero, entonces, tiende su espada sobre el arroyo, y el animal, pasando por ella como por un puente, se dirije hácia la montaña, volviendo á poco y encontrándose de nuevo en la boca del Rey dormido, el cual, al despertar, refiere haber soñado que atravesó por un puente de hierro para ir á una montaña llena de oro.» En esta preciosa leyenda se conservan, según la gráfica frase del reputado prehistórico, como en un museo, las huellas del estado intelectual originario de nuestra raza arya, bajo una forma de ideas que, si hoy nos parece estrambótica, tenía para los salvajes, como acaso hoy para nosotros ideas y supersticiones no menos ridículas y absurdas, el carácter de una filosofía profunda y juiciosísima.

«Un Karen de nuestros días, añade el eminente Tylor, paladearía los detalles de este cuento, pues cree á puño cerrado, no sólo que el alma se escapa del cuerpo *bajo la forma de un animal*, sino que no pueden *atravesar el agua*, como lo comprueba el que en las selvas de la Birmania se tienden hilos sobre los arroyos á fin de que las almas no encuentren obstáculos á su paso, y tiene también la idea de que el *sueño no es otra cosa que la simple visión de los ob-*

jetos que el alma ha visto durante su viaje,» antigua creencia que encontramos en la literatura moderna.

Yon child is dreaming far away
And is not where he seems (a)

En el cuento scandinavo *Vatndælasaga* «el jefe noruego Ingimundo encierra á tres fineses en una choza, durante tres días, á fin de que puedan visitar la Islandia é informarle del país á donde debe establecerse; cuando su cuerpo adquiere la rigidez cadavérica, las almas parten á explorar las tierras lejanas, y al despertar al cabo de tres días hacen la descripción del *Vatnsdæl.*» Concuerda esta saga con la afirmación de Cardan en su obra *De Varietate Rerum,* según la cual, el adivino de Australia va á completar su iniciación, visitando el mundo de los espíritus durante un éxtasis de tres ó cuatro días.

Millares de cuentos, leyendas y tradiciones populares españolas, no menos interesantes, ni de menor trascendencia, esperan una juventud briosa y entusiasta que los redima del cautiverio y encantamento en que los tiene la ignorancia de esta bendita tierra, adonde se cuelgan las virtudes cardinales en forma de freno, cuerno, vara y lagarto, de los

(a) Este niño sueña en tierras lejanas y no está donde él piensa.

techos de nuestras suntuosas basílicas, y se desprecia el estudio de los cuentos y otras producciones simbólicas; adonde no se estudian las interesantes tradiciones de la *Maya* y *la Torre de las arcas* y las preciosas leyendas de las *xanas,* y atemoriza y preocupa el color negro de la palomita que se entra en nuestra habitación en un día de primavera; adonde se tiene la barbarie de asustar á los niños con el bú y el coco, y no falta muchacha casadera que, por dejar de serlo, eche en remojo, precisamente en la noche de San Juan y en punto de las doce, la imagen del glorioso San Antonio mientras negamos á las naciones civilizadas el muestrario riquísimo de nuestras producciones simbólicas, nosotros, que acaso nos burlamos del ignorante albañil ó rústico labriego que rompe con el pico el precioso mosaico ó interesante resto de mamuth que sus egoistas amos no le enseñaron á reconocer y distinguir....!

Si, pues, las creaciones literarias del pueblo son bajo los aspectos ligeramente apuntados, como bajo tantos otros, importantes; si á su estudio nos arrastra un triple sentimiento de amor á nuestro país, á la ciencia y á la época en que vivimos, de cuyos adelantos no queremos ni podemos renegar, nadie habrá de censurarnos, por descontentadizo, nuestro buen deseo de llevar á cabo, en el límite de nuestras escasas fuerzas, una tarea tan agradable

y á la que tan múltiples deberes nos obligan; para cumplir con ellos no vamos á teorizar, sino á acarrear al tesoro científico adquirido, el mayor número posible de creaciones populares, para que, recayendo sobre ellas la poderosa reflexión de nuestros filósofos, literatos y críticos, puedan éstos estudiarlas, ordenarlas, clasificarlas y declarar su valor científico. Recoger las coplas, frases, refranes, y especialmente los cuentos, próximos á naufragar por completo en el mar de nuestra frivolidad y nuestra incuria, es el principal objeto de este trabajo, cuya finalidad ulterior es la de conocer á nuestro pueblo, que, al enamorarse, requebrar, sentir celos, desdenes, quejarse, reir, bailar y llorar, *hace la copla;* que al ejercitar su claro ingenio *propone el acertijo;* al decidir en cuestiones íntimas de su vida se acoje á los *refranes* donde encierra la filosofía que para su uso ha ido formando; que al componer sus *romances* narra los hechos de su historia y ensalza los héroes que le son simpáticos; y, *cantando, historiando* y *filosofando á su modo,* da testimonio evidente de su genialidad artística y de su estado de cultura, y enseña, de paso, á los hombres políticos pensadores, los resortes que han de tocar, no para su seducción y engaño, sino para su educación y mejora.

Por estas razones, y otras muchas, procuraremos, como principal condición en nuestro trabajo,

en cuanto nos sea posible, la fidelidad más completa al sentido y tendencia de la producción popular que presentemos ó estudiemos: nada más absurdo, á nuestro juicio, que dar intencionadamente á un cuento de encantamento el aire excéptico ó burlón de nuestros días, ó á uno epigramático ó irreligioso á todas luces, un sentido místico ó cristiano, como hizo más de una vez Fernán Caballero. No aspiramos, sin embargo, á la restauración artística de tales producciones: leyendas como *Las tres toronjas del vergel de amor,* de D. Agustín Durán, son obras que honran á una nación, y á esto no habíamos de tener la pretensión ridícula de aproximarnos. Para llegar á producir obras de esa índole, se necesitan más años de estudio que los que nosotros contamos de vida.

La fidelidad á que aspiramos se concreta á no sacrificar en nada el argumento y sentido de las creaciones populares, en cuanto consigamos penetrarlos, poniendo en esto nuestro mayor esmero y diligencia dentro de la brevedad del tiempo de que disponemos, dado el deseo que nos anima de traer á la vida científica cuanto antes estas producciones; en este sentido nos hallamos dispuestos á sufrir todo género de impertinencias críticas y aun acusaciones de ignorancia, antes que dar *á sabiendas* á ninguna producción popular un sentido y caracter que no les sean propios, aunque de

ello pudieramos sacar partido en ocasiones para encubrir y disfrazar nuestra falta de conocimientos en materia que, á la verdad, tampoco son por lo general demasiado sabidas. Con este respeto á la obra popular, procuraremos dar á estos trabajos el valor que les niegan la insuficiencia de nuestras fuerzas.

El Teatro y las obras de verdadero caracter nacional serán también objeto de nuestra predilección; no ya porque ellas son minas, más ó menos ricas, de creaciones populares, como lo comprueba el no escaso número de cuentos, refranes y cantarcillos esparcidos en las obras de Cervantes, Lope y Calderón, sino porque las obras de estos autores, especialmente las de los primeros, contienen, por decirlo así, el tuétano de nuestro pueblo. Teniendo además nuestro Teatro otros elementos é influencias, creemos inútil decir que sólo hemos de estudiarlo en el concepto arriba indicado. Las frases hechas, locuciones y giros populares, serán también para nosotros objeto de estudio, porque no consideramos el lenguaje como obra que cabe y se encierra en los diccionarios y gramáticas, sino como obra viva que continuamente se está formando y enriqueciendo. Palabras y frases inventa cada día el amor, la ira, el enojo, la gracia y cuantas pasiones conmueven el corazón humano y elevan la inteligencia: frases y palabras

que, repitiéndose en círculos graduales, van á descansar, por último, en el dulce y tranquilo regazo de la Academia de la Lengua.

Declarado nuestro propósito y tendencia, réstanos, para concluir, pedir su cooperación á cuantos por la patria y la ciencia se interesen. Para nuestra empresa nadie hay inútil; desde el modesto labriego y el rico propietario, que el uno sabe cuentos y coplas y refranes, y el otro tiene ocasión y medio de recojerlos, hasta el profundo filósofo que desentrañe y explique su sentido y disponga en clasificación científica ordenada estas producciones; desde el aficionado que nos comunique sus observaciones y noticias, hasta los, con justo título, directores del movimiento científico y literario, que honren nuestro modesto periódico con sus respetados nombres; desde el amigo que nos ponga en comunicación con los que se dediquen á este género de estudios, hasta el periodista que incline la movediza balanza de la opinión pública en un sentido favorable á la idea que nos anima, todos son necesarios para esta empresa. La mayor y mejor prueba de que nadie es inútil para ella es el acometerla nosotros. Aliéntanos, sin embargo, la esperanza de que nuestro pensamiento encontrará eco en todas las almas varoniles y españolas y en cuantos se interesen por levantar y reanimar el abatido espíritu de esta nación, que anhela ya el

momento de entrar en el concierto de las civilizadas y ocupar entre ellas el rango que le niega su estado presente nada lisonjero y á que puede y debe aspirar por las condiciones internas de su propio genio.

Abril, de 1879.

LAS ADIVINANZAS

LAS ADIVINANZAS

(APUNTES PARA UN ESTUDIO)

III

Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles, recogidos por Fernán Caballero.— Madrid, imprenta de Fortanet, 29 calle de la Libertad 29, 1877.

Indicábamos en un anterior artículo que muchas de las adivinanzas contenidas en la colección que nos ocupa eran para nosotros sospechosas de eruditas, y que las referentes al *pedernal* y al *eslabón*, la del *alfiler*, el *monte*, el *aire*, la *noche* y otras estaban tomadas literalmente unas, y casi á la letra otras, de la colección de enigmas de don Cristobal Pérez Herrera, á quien llama con razón, y con muchísima gracia, un entendido amigo mío, gran acertijero y enigmatista; mas lo que entonces no creíamos era que el escritor que gozó de reputación europea por sus conocimientos en lite-

ratura popular hubiese llegado á incluir entre las adivinas y acertijos populares, sin decir esta boca es mía, dos enigmas del mismísimo don Miguel de Cervantes y Saavedra. Basta, en efecto, tener ojos en la cara y saber leer medianamente el castellano para convencerse de que las adivinas que llevan en esta colección los números 122 y 123 son las mismas que se encuentran en el tomo II de la *Galatea*, edición de Sancha, páginas 330 y 336, y fueron propuestas por Damón y Nísida respectivamente, en la siguiente forma:

¿Cuál es la dama polida,
Aseada y bien compuesta,
Temerosa y atrevida;
Vergonzosa y deshonesta,
Y gustosa y desabrida?
Si son muchas, porque asombre
Mudan de mujer el nombre
En varón, y es cierta ley,
Que va con ellas el Rey
Y las lleva cualquier hombre

que significa la *carta*, y la de *las despaviladeras*, que dice:

Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido
Aunque se ve acuchillado:
Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está la vida.

Vése, pues, que Fernán Caballero, ó confundió lastimosamente formas eruditas con formas populares, cosa no muy de presumir, ó bien, abrigando las mismas sospechas que nosotros, careció de la sinceridad suficiente para confesar su ignorancia, deber científico no menos exigible que los religiosos, y de cuya falta de cumplimiento se siguen también no pequeños males, pues si en España no se aprecian todavía las creaciones de la musa popular, en otros países son ya objeto de predilección y de serios y concienzudos trabajos, y es vender gato por liebre, á los que á tales estudios se dedican, llamar populares á los enigmas de Herrera y á los de Cervantes, por ejemplo. Otras muchas adivinas y acertijos hay en la referida colección y en la nuestra, que tampoco son populares, por más que todavía no sepamos cuál es su autor, ignorancia que confesamos con gusto, pues, al fin y á la postre, es enfermedad que se cura con el tiempo y el trabajo, medicinas ambas no muy agradables de tomar, pero de reconocida eficacia. Hoy, por hoy, seguimos creyendo que las adivinanzas verdaderamente populares son las de dos versitos pareados ó las hechas en coplas romanceadas y otras combinaciones que por su escaso artificio y la sencillez y espontaneidad que á primera vista revelan, trascienden tiro á legua al anónimo autor que las creara.

Para nosotros hoy, sin perjuicio siempre de re-

formar nuestra opinión cuando más estudiemos, *enigma* y *adivinanza* no son la misma cosa, aunque son formas análogas que se desenvuelven paralelamente: el enigma es, en cierto modo, la adivinanza erudita, la adivinanza es el enigma popular; en la primera parece predominar una finalidad didáctica, la segunda parece hecha más bien con intención poética; algunas adivinanzas son cantables, y quizás no sea difícil encontrar en nuestras canciones coplas que son verdaderas adivinanzas; si no recordamos mal en estos momentos, en el discurso de D. Antonio García Gutierrez, al entrar en la Academia de la Lengua en el año de 1862, se encuentra citada una canción que principia diciendo:

Un árbol hay en la iglesia
Sin espinas y sin flor

y es una bellísima adivinanza que significa la *Cruz*, y que pone de relieve el íntimo parentesco de este género de composiciones con la alegoría y demás formas de origen simbólico. Que esta ligera distinción que hacemos ahora entre la adivinanza y el enigma, era, hasta cierto punto, á principios del siglo XVI conocida, lo prueba evidentemente que en la colección de sesenta y cinco enigmas puesta al final de *Las Cuatrocientas* del Almirante D. Fadrique, éste se burla de los populares de *qué cosa y cosa*, consignándose al principio de es-

tos enigmas un dato positivo de no escaso interés, á saber: que era conocido entonces el *de tres pies y una corona*, *trévedes son*, *bobona*, y el de *¿qué cosa y cosa? que entra en el río y no se moja*, que significa la *vaca preñada* ó, mejor dicho, la cría que va dentro de ella.

En las advinanzas, como en otras creaciones populares, se encuentran formas hechas, que vemos repetidas á cada paso, tal es la forma de *tamaño como*, por ejemplo:

Tamaño como un redondel
y nadie se puede sentar en él:

El brocal del pozo.

Tamaño como una nuez
sube al monte y no tiene pies:

El caracol.

Tamaño como un camino
y *joza* como un cochino:

El agua del arroyo.

Tamaño como un ratón
y gasta su ceñidor:

El revoltillo.

Tamaño como un hogaza
y chilla en casa:

El carrillo.

Tamaño como un pilar
come carne y no come pan:

La sepultura.

Tamaño como una almendra
y toda la casa llena:

La luz.

Tamaño como un pepino
y tiene barbas de capuchino:

La mazorca.

Tamaño como un ochavo chipilin,
y tiene un agujero en un cuadril:

El altramuz.

Tamaño como un ochavo
y tiene calzones de paño:

El boton.

Tamaño como una cazuela
tiene alas y no vuela:

El sombrero.

Tamaño como una jaula
y cabe en él una dama:

El pollero.

Tamaño como un pepino
y va dando voces por el camino:

El cencerro.

Tamaño como un queso
y tiene media vara de pescuezo:

La sartén.

Tamaño como una taza
y tiene su cabellera en la panza:

La cebolla.

¿Qué significa aquí, en éstas si son adivinanzas como nosotros creemos, tal relación de *tamaño* constantemente repetida en estos y otros muchos ejemplos que, sacados de nuestra Colección, pudiéramos citar? En primer lugar, una forma popular, y forma hecha y aceptada por los anónimos autores de adivinanzas; en segundo lugar, una forma que encuentra su correspondencia y analogía en cuentos y cantares. Sabido es de todos los que han andado siquiera alrededor de la poesía popular que hay una serie de cuentos en que *el más pequeño*, el más chico, es siempre el héroe de la fiesta y el protagonista de la función; una serie de cuentos en que el poeta anónimo se coloca siempre, en son de protesta, contra el grande, de parte del pequeño, que es siempre quien lleva el gato al agua. Si hay infinidad de cuentos en que, de tres hermanos, el más pequeño es el afortunado que, venciendo á sus hermanos mayores, casa con la codiciada princesa; adivinanzas hay en que se dice con una profundidad en que los distraídos no reparan:

Tamaño como una arista
y le hace al Rey que se vista:

La aguja.

Y en la copla popular:

Aunque me veas chiquetita
y tú tan alto te ves,
no pienses que soy escoba
que conmigo has de barrer.

Siempre, ó casi siempre, se encuentra en estas adivinanzas, coplas y cuentos este sentido genuinamente popular y muy profundo que las naciones reconocerán al fin: *lo pequeño vale tanto como lo grande*; *nada hay pequeño*, la voz de los pequeños se hará oir algún día, porque la voz de los pequeños es aquí la voz del pueblo, la voz de la razón humana injustamente desatendida.

Mayo de 1877.

CUATRO PALABRAS DE EDGARD QUINET

SOBRE NUESTRA LITERATURA

CUATRO PALABRAS DE EDGARD QUINET

SOBRE NUESTRA LITERATURA.

«Si comparamos á España con Italia, dice Edgard Quinet en su preciosa obra *Les revolutions d' Italie*, y queremos descubrir cuál ha sido en el origen el acento, el tono dominante del genio nacional, nos encontramos desde luego con el canto popular, la lamentación heróica y el romance feudal, poema de un pueblo caballeresco. En la lucha del islamismo con el cristianismo, cada hombre se ha hecho un Caballero de Cristo; el siervo se ha ennoblecido bajo la cruz. Habiendo recibido un valor en el Estado, y teniendo conciencia de él, tiene también una poesía que le pertenece y que se canta á sí propia. En los rumores de las ciudades y de los campos se forman esos bocetos incultos, gérmenes de poesía que constituirán más tarde el fondo de la literatura española. Tanto es más rica naturalmente la literatura de un pueblo, cuanto más crea en su origen esos gérmenes de arte: sólo así se explica la fecundidad de un Lo-

pe de Vega y un Calderón. No tenían éstos necesidad de buscar lejos asunto para sus poesías: recogían de los labios del pueblo esas leyendas armoniosas, á las cuales daban derecho de ciudadanía en el arte. La literatura española es un ennoblecimiento perpétuo de las invenciones de la multitud por un poeta culto. En cualquier época que la estudiemos, siempre oímos el eco de esos cantos populares que recuerdan á España su génio nativo, y señalan al sabio la vía trazada por la naturaleza.

Y no es que no haya en España, como en el resto de Europa, otra fuente de inspiraciones. La imitación de la antigüedad penetra allí muy en breve: la imitación de Italia es más precoz todavía, la escuela del Dante resueña en Castilla desde el siglo XV. Se imita á Píndaro y á Horacio; pero lo que nos llama la atención, como rasgo distintivo del español génio, es la coexistencia y la lucha de dos literaturas, completamente indígena la una, clásica y extranjera la otra: ¿cuál vencerá de las dos, el Romance del Cid ó la Oda de Píndaro? He aquí la pregunta que uno se hace al ver los primeros monumentos de esta lucha. Llegamos por fin al siglo XV: nada hay decidido todavía. ¿Tendrá España una literatura? Los poetas de quienes depende el honor del país, han nacido, ¿qué van á hacer?

Conviene ante todo ver las circunstancias en que estos hombres se encuentran. Por un lado tra-

diciones informes, pero indígenas; cantos pobres, monótonos, como los inventa el pueblo; pero cantos que recuerdan lugares, cosas, nombres queridos; en una palabra, la roca bruta, pero la roca de la patria: por otro literaturas universalmente admiradas y triunfantes, la griega y la romana con todo el esplendor y el atavío del renacimiento; es decir, por una parte las aclamaciones del mundo, por otro el oscuro eco de la vieja Castilla: entre éstas es necesario elegir. ¿Qué pensáis que harán los poetas españoles? No vacilan, no dudan, se deciden con plena conciencia; con un heroismo que sólo tiene el castellano, cierran los ojos á las pompas y seducciones del renacimiento; rechazan todo el oro de la antigüedad; prefieren la poesía de la gleba con su pobreza indígena, rústica como es, abandonada como se encuentra. Mientras que el resto de Europa bate las palmas á la resurrección del génio antiguo, Cervantes, Lope de Vega y Calderón, entran solos en el caos de la Edad Media, para buscar y recoger en él los vestigios del antiguo génio español. La poesía, como la historia de España, nace así de un rasgo de heroismo.»

Mayo de 1879.

ANALOGÍAS Y SEMEJANZAS

ENTRE ALGUNOS ENIGMAS POPULARES CATALANES Y ANDALUCES

ANALOGÍAS Y SEMEJANZAS

ENTRE ALGUNOS ENIGMAS POPULARES CATALANES Y ANDALUCES

El distinguido y laborioso profesor de Literatura española en la Universidad de Barcelona, Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, ha tenido la delicada atencion de remitirnos una breve, pero interesantísima, colección de enigmas populares catalanes (endevinallas), recogidos por él en la ciudad de Barcelona en el mes de Octubre de 1874, endevinallas que pueden considerarse como un apéndice á la publicación de Mr. Alph. Roque Ferrier, *Revue des langues romanes VII, 312—250.*

Basta, á nuestro juicio, pasar los ojos por esta coleccioncita de veinte y siete enigmas populares, para ver el gran parecido que existe entre estas producciones y nuestras adivinanzas; por hoy nuestro propósito se limita á consignar el hecho, para lo cual bastará poner á continuación, y unas al lado de otras, aquellas adivinanzas catalanas y andaluzas en que hemos creído hallar mayores analogías ó semejanzas.

II Qu'es aixó: (1)
Una vella arrugadeta
Que porta una estaqueta?
—Una pansa.

781 (2) Una vieja muy arrugadita,
En el culo una tranquita.
—La pasa.

VIII Qu'es aixó:
Una vella amb una dent
Qve fa corre tota la gent?
—La campana.

291 Entre pared y pared
Hay una santa mujer
Que con el diente
Llama á la gente, (3)
Y con las muelas
Á las mozuelas,
Y con los colmillos
Á los chiquillos.
—La campana.

X Que'es aixó:
El pare encara no es nat
Qu'el fill ya corre pel terrat?
—El fum.

---

(1) Todos los enigmas comienzan por esta pregunta. (Nota del Sr. Milá).

(2) De mi *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de Diccionario;* todas las adivinanzas que llevan números árabes están tomadas de la misma fuente.

(3) Los cuatro primeros versos forman, por decirlo así, el cuerpo de la adivinanza, tal como ordinariamente circula; los cuatro versos siguientes son una especie de estrambote que le añaden algunos.

550 Antes que la madre (1) nazca
Anda el hijo por la casa (2).
El humo.

XI Qu'es aixó:
Quant baixa riu y quant puja plora?
—La galleda.

245 Cuando baja, rie,
Cuando sube, llora.
—El carrillo del pozo.

XII Qu'es aixó:
Don Galindoy s'está en un camp
Am deu mil homes al voltant;
Tots portan barret vermell,
Menos Don Galindoy qu'es lo mes vell?
—El cireré. (3)

Don Guilindon (4) está en el campo
Con doscientos á caballo
Y todos visten de negro
Menos Don Guilindón el viejo.
—El olivo. (5)

---

(1) Se dice la *madre* con referencia á la candela; la endevinalla dice *pare* refiriéndose al fuego; fuego y candela se emplean como sinónimos en Andalucía.

(2) Entre otras variantes hay una (núm. 548 de nuestra colección) que dice:

Antes que nazca la madre
Anda el hijo por la calle.

(3) Hay variantes. El *héroe* se llama también D. Tarundan ó D. Durrandel. (Nota del Sr. Milá).

(4) También se dice D. Guindón y D. Guruñón; en una adivinanza referente al naranjo se encuentra Molondrón.

(5) Aunque la endevinalla se refiere al *cerezo*, y esta adivinanza, procedente de Extremadura, al *olivo*, hemos

XIV Qu'es aixó:
El pare es gran, la mare xica,
Els fills son negres y el nets son blanchs?
—El pi, la piña, la closca del pinyó y el pinyó.

800 Altos padres,
Bajas madres,
Hijos prietos,
Blancos nietos.
—Pino, piña, cáscara del piñón y piñón.

XX Qu'es aixó:
Es vert y no es julibert,
Es groch y no es safrá,
Te espinas y no es bacallá,
Porta corona y no es capellá?
Bestia será qui nou endevinará.
—La figa del moro.

511 Es verde y no es perejil,
Pajizo y no es azafrán,
Tiene espinas y no es bacalao,
Tiene corona y no es capellan (1).
—Higo de tuna.

---

creído conveniente apuntarla para que se vean sus analogías; adivinanzas hay que se aplican á más de un objeto, por ejemplo:

En alto me veo
Capillo de oro tengo
Moros veo venir
Y no puedo huir.

Según unos, la *bellota;* según otros, la *granada.*

(1) En mi Colección no tengo esta adivinanza tal como aquí la escribo, sino en esta forma:

Es verde y no es perejil,
Pajizo y no es azafrán,

XXI Qu'es aixó:
El camp es blanch, la llavó'es negra,
Cinq son els bous qui tiran la rella?
—L'escriure.

Campo blanco, simiente negra,
Y cinco bueyes aran en ella (1).
—Lo escrito.

XXII Qu'es aixó:
Dos miras miras, dos varas varas,
Un ventamoscas y quatre mengalas?
—El bou.

168 Dos ciris ciris,
Dos miras miras,
Dos vayas vayas,
Cuatro andaderas
Y una zurriaga (2)
—El buey.

Tiene corona y no es rey,
Espinas y no es de la mar.

Ambas variantes las he recogido en Dos-Hermanas, pueblecito distante un par de leguas de Sevilla; creo que he tenido poco acierto en la eleccion y que esta segunda variante está retocada, siendo la genuina la que va en el texto.

(1) Hay variantes; una (núm. 405 de mi Colección), dice:

Campo blanco, flores negras,
Un arado y cinco yeguas.

(2) Otra variante (170 de mi Colección), dice:

Dos torres altas;
Dos miradores,
Un quitamoscas
Cuatro andadores.

XXIII Qu'es aixó:
Quatre estudiants van per un cami
Que l'un al altre nos poden consegui?
—Las devanadoras.

367 Cuatro angelitos
Van para Francia,
Corren y corren
Nunca se alcanzan (1).
—Las devanaderas.

XXV Qu'es aixó:
De día fa escaleta
Y de nit fa la bandereta?
—La cutilla.

319 De día escalera
Y de noche culebra.
—Cordon del corsé.

XXVII Qu,es aixó:
Un convent de monjas blancas?—Les dents.
Al mitx hi ha un frare vermell?—La llenga.
Mes amunt hi ha dos fosas?—Els forats del nas.
Mes amunt dos mirallts?—Els ulls.
Mes amunt hi ha una plassa
Que si pasejan els senyors cavallés?—Els polls (2).

224
Al revolver una esquina
Me encontré un convento abierto—La boca.
Las monjas vestian de blanco—Dientes.
La madre priora en medio—Lengua.

---

(1) Hay variantes.
(2) Creemos que los dos últimos versos, que encieran una verdad claramente excepcional, han sido añadidos posteriormente. (Nota del Sr. Milá).

Más arriba dos ventanas—Las ventanas de la nariz.
Más arriba dos espejos—Los ojos.
Y más arriba una plaza
Donde se pasean los caballeros—Los piojos (1).

(1) Esta parece ser la versión ordinaria y comun; sin embargo, si á alguno pareciere grosera, puede suponer que la *plaza* es la frente y los *caballeros* los pensamientos. Que la plaza es la frente puede sostenerse, porque hay una variante (la 225 de nuestra colección), que dice:

Sobre la plaza una montaña
Y en la montaña ermitaños.

Tambien hay otra variante en que no se mencionan ni caballeros ni ermitaños, por lo cual es posible que esta *gracia* de última hora sea postiza.

Junio, 1879.

LAS ADIVINANZAS

LAS ADIVINANZAS

(APUNTES PARA UN ESTUDIO)

IV

Proverbios y consejos cristianos, muy provechosos para concierto, y espejo de vida, adornados de Lugares, y Textos de las Divinas, y Humanas Letras. **Y enigmas filosóficas, naturales y morales, con sus Comentos.** *Adornadas con trece emblemas, y sus estampas muy curiosas, apropiadas á sus asuntos. Su autor el doctor D. Cristóbal Pérez de Herrera, Médico de Cámara de su Majestad. Dedicado al señor Dr. D. Francisco Suárez de Rivera, Médico de Cámara de S. M., del Gremio y Claustro de la Universidad de Salamanca, Socio de la Regia Sociedad Médico-Química de Sevilla, etc. Con licencia. En Madrid: Por los herederos de Francisco del Hierro. Se hallará en su casa, en la plazuela del Conde de Barajas, en la Imprenta.*

Dos son las ediciones que de esta obra, ya algo rara, menciona el Sr. Salvá en los números 2.124 y 2.125 de su apreciable Catálogo. La presente, hecha en 1733, y otra que no hemos podido haber á las manos, de 1628. Ateniéndonos, por tanto, á la edición que encabeza este artículo, comenza-

remos por hacer notar: que áun cuando el autor declara en la portada su pensamiento de dividir los 323 enigmas contenidos en su libro en filosóficos, naturales y morales, tal división no aparece manifiesta en la obra, pues desde el 1.º al 300, todos se llaman *filosóficos*, y desde el 301 al 311 y los 12 posteriores se llaman *filosóficos, naturales y morales*, sin que, leyéndolos, pueda uno tampoco acertar á explicarse esta distinción; pues, si bien es cierto que los enigmas referentes á la tortuga, la nuez, el estómago y el huevo, parecen evidentemente de los que debían llamarse naturales, los relativos al dinero y la fortuna tanto pudieran ser de los morales como de los filosóficos; en cambio, los muchos, muchísimos que se encuentran comprendidos en las tres primeras centurias, significando objetos naturales, no es fácil de explicar, porque aparecen comprendidos entre los filosóficos.

Sin entrar á determinar hoy, porque no es nuestro objeto, cuál fuera la clasificación que de los enigmas pudiera hacerse, nos inclinamos á pensar que la propuesta por D. Cristóbal Pérez, no es, ni con mucho, desacertada, aunque sí incompleta: únicamente hemos querido indicar que los enigmas de esta colección no van colocados con arreglo á la clasificación que, según el título, hizo de este género de composiciones el autor de la obra.

Desde luego, y sin salir del examen de los títulos, se advierte que hay muchos enigmas que no caben dentro de las bases de clasificación indicada; el candil de brazos, por ejemplo, la chirimía, el torno, el molino, la barrena, la tablilla del mesón, las sillas de costillas, el marco, el arcabúz, la vara de medir, el real de plata, la pieza de vidrio, los jubones, las calzas atacadas, la rueca, la montera, el guadamecil, la piedra bézar, el tapiz de montería, la redoma, etc., etc., son más á propósito para dar á conocer las costumbres, y especialmente el estado del arte en aquellos tiempos, que susceptibles de ser clasificados entre los enigmas filosóficos, naturales ó morales; siendo, sin embargo, de sumo interés para conocer el carácter de la época, hasta el punto de citarse objetos usados entre ellos, y hoy desconocidos para la mayoría iliterata, como el guadamecil, el platón, el marco, el chapín y otros.

También se nota á primera vista que los enigmas que tratan de objetos naturales pudieran hoy hacerse objeto de muchas é interesantes subdivisiones; así, por ejemplo, entre los astronómicos y cronológicos debieran naturalmente incluirse el sol, la luna, las estrellas, las siete cabrillas, el tiempo, el año, el mes, el día, la noche, la primavera, el estío, el otoño, el invierno, etc., subdivisiones que harían muy agradable el estudio de estas composiciones olvidadas, hechas evidente-

mente por los eruditos, más bien con un fin didáctico que con un fin recreativo.

Prueba de la certeza de este último extremo en la obra que nos ocupa, es que D. Cristóbal Pérez de Herrera colocó al lado de cada enigma, no sólo su solución, sino también un breve y sustancioso comentario, en el cual daba á conocer la naturaleza del objeto de que se trataba. Bajo esta relación, la obra es sumamente curiosa, porque en dichos comentarios se retrata fielmente el estado de cultura de la época, tanto en ciencias naturales, como en las ciencias médicas y en las filosóficas, adquiriendo por esto el estudio de los enigmas un interés verdaderamente histórico. ¿Quién no siente, por ejemplo, asomar la sonrisa á los labios, cuando el bueno de D. Cristóbal, comentando el enigma de la esponja, que dice:

Parezco casi animal
En el moverme y beber,
Suelo á mi padre comer
Con un ímpetu bestial,
Aunque fué quien me dió el sér,

asegura con candorosa formalidad que la esponja es una planta, y, como éste, otros muchos ejemplos de que hacemos gracia á nuestros lectores?

Respecto á la metrificacion de estas composiciones, poco hay que decir; á excepcion de la primera, que tiene seis versos, es acróstica y significa *enigma*, y la 311, última de las que llevan al lado

su correspondiente solución y comentario; á excepcion de ésta y aquélla, decimos, que significa el *Justo Abel,* y consta de ocho versos octosílabos, que pueden considerarse divididos en dos redondillas, cuyos primero y cuarto versos conciertan entre sí, todos los demás enigmas están escritos en quintillas, fáciles y agradables algunas, duras é incorrectas las más.

Así y todo, los enigmas de D. Cristóbal Pérez de Herrera han logrado alcanzar gran popularidad; reproducidos se encuentran en multitud de almanaques y periódicos y en obras festivas, tanto nacionales como extranjeras; de Cristóbal Pérez de Herrera son, por no multiplicar los ejemplos, los cien enigmas comprendidos en el *Libro de los cuentos*, etc., de D. Rafael Bóira, cuya segunda y última edición se hizo en Madrid en la imprenta de D. Miguel Arcas y Sánchez, año de 1862; de don Cristóbal son también los trece primeros enigmas de los treinta españoles, puestos como apéndice al entretenido librito titulado *Un million d'enigmes*, *charades et logogryphes*, etc., etc., publicado en París año de 1853, por Hilaire le Gay, pseudónimo, según indicación del Sr. D. José María Sbarbi, de M. G. Du Plessis; de D. Cristóbal son tambien varios enigmas incluídos como adivinanzas en las dos lindas colecciones publicadas por la popular escritora Fernan Caballero en su libro de *Cuentos*, *oraciones*, *adivinas*, etc., impreso en Madrid

en casa del Sr. Fortanet, año de 1877; y finalmente, á D. Cristóbal pertenecen multitud de producciones que en algunos pueblos de las provincias de Sevilla y Badajoz, de donde nos han sido remitidas, corren en los labios del vulgo, como verdaderas adivinanzas ó enigmas populares. Deben, por tanto, consultar mucho esta obra los que se dediquen al estudio de enigmas y adivinanzas, pues, gracias á la poco graciosa costumbre, tomada por los españoles á los franceses, de no citar las obras que se consultan, se encuentra uno á cada paso, y cuando menos se piensa, con enigmas que imagina ser de algun autor desconocido, y son, sin embargo, del citado Pérez de Herrera. Por nuestra parte, ha llegado á tal punto nuestro convencimiento de la gran circulación que han tenido los citados enigmas, que apenas vemos uno de cinco versos y de versificación algo dura, suspendemos el incluirlo en nuestra colección, hasta cercionarnos antes de que se halla efectivamente comprendido en la del celebérrimo médico de cámara de Felipe III, llamado con singular gracia y donaire, por un discreto y entendido amigo nuestro, á quien ya también unos enigmas en quintillas hicieron caer en el mismo engaño, « príncipe de los acertijeros y enigmatistas. » Sin negar nosotros que existan colecciones más ricas y completas que la que examinamos, deberemos confesar que, en el tiempo que llevamos dedicados al estudio de esta materia, no

hemos hallado coleccion alguna que se le aproxime, pues la del Almirante D. Fadrique consta sólo de 75, la de D. Agustín Ximenez Coronel sólo de 21, y el *Pliego de enigmas* de D. Diego de Torre Villaroel, á la que desdichadamente no hemos podido echar la vista encima, no es de suponer, dado su tamaño, que contenga ni con mucho el número de la colección de D. Cristóbal Pérez de Herrera. Sí debemos advertir, para evitar escollos á los que quieran dedicarse al estudio de los enigmas y áun al de las adivinanzas, para nosotros de mucho mayor interés, que el pueblo, al recibir cualquier género de composiciones eruditas, unas veces las acepta simplemente, otras se las asimila ó las hace enteramente suyas; y otras, olvidándolas, llega á mutilarlas por completo. Ejemplo de esto hallamos en la misma colección de Fernan Caballero, donde unas veces el pueblo conserva el enigma tal como lo recibió de Pérez Herrera, v. g., el referente al *monte;* otras, aumenta ó cercena algun verso, como puede verse también en los referentes al *alfiler* y á la *justicia;* otras, por último, llega á destrozar de tal modo la composición erudita, que es punto ménos que imposible reconocerla; véase, por ejemplo, la siguiente, CLXIII de Fernan Caballero, que significa el *reloj*:

Yo estoy hecho mil pedazos,
Tengo una mano y un brazo
En la mitad de mi cuerpo.

lo cual es, á nuestro juicio, el LXVI de Herrera, que trata del *papel:*

Soy de mil pedazos hecho,
Estoy sin remiendo sano,
De mí fian, dicho y hecho,
Tengo sin brazo una mano
En la mitad de mi pecho.

Creemos firmemente que las dos composiciones que acabamos de citar son una misma, aunque están completamente alteradas y confundidas. Si nos equivocásemos, no por ello será menos cierto el hecho sobre el cual, guiados del mejor deseo, llamamos la atención de los estudiosos, á saber: no uno, sino muchos enigmas, han sido completa y totalmente olvidados por el pueblo, por lo que el coleccionador verdaderamente sincero, debe prevenir á sus lectores, á fin de que no extravien su juicio y atribuyan á la musa popular, errores y defectos, que sólo son hijos de la mala memoria del que, probablemente con muy buena intención, procuró sólo suministrarnos materiales para nuestro estudio.

Agosto, 1879.

LAS ADIVINANZAS VASCONGADAS Y ANDALUZAS

LAS ADIVINANZAS

(APUNTES PARA UN ESTUDIO.)

V

Analogía y semejanza entre algunos enigmas populares vascongados y andaluces.

Moviéndonos sólo, tanto al escribir estos breves y ligeros artículos como al dar á luz la colección de enigmas y adivinanzas que tenemos entre manos, el deseo de acopiar algunos materiales para el estudio de la literatura popular, materia á nuestro juicio, tan desatendida como importante, vamos á concretarnos hoy á presentar algunas adivinanzas vascongadas, que de Bilbao nos han sido remitidas, para que nuestros lectores puedan, comparándolas con las andaluzas, formarse idea de las analogías y semejanzas, y de las diferencias que existen entre unas y otras producciones. Con este objeto, copiamos á continuación los enigmas populares vascongados, con la traducción castellana al pie y debajo la adivinanza andaluza más aná-

loga, absteniéndonos de propósito de todo comentario, que hoy por nuestra parte sería pretencioso y prematuro. Hé aquí algunas:

1.ª Guilzabaco serrallá.

Arrantzia.

La cerraja sin llave.

Huevo

—

Una arquita blanca como la cal,
Que todos saben abrir y nadie cerrar (1).

Huevo.

—

2.ª Miñiera miñe es da piperra
Bitzarrac daucos, ez da guizona.

Beracatza.

Cosa que pica mucho, pero no es pimienta,
Tiene barbas y no es hombre.

Ajo.

—

Tiene dientes y no come,
Tiene cabeza y no es hombre (2)

Ajo.

—

(1) Número 35 de la colección de adivinas infantiles de Fernan Caballero; número 535 de nuestra *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario.* De las quince variantes que hemos logrado reunir en nuestra colección, la más parecida á la vascongada es la que citamos en el texto.

(2) Número 47 de nuestra *Colección*; también el enigma 46, tomado de los 75 puestos al fin de las *Cuatrocientas* del Almirante, tiene alguna analogía con la adivinanza vascongada.

3.ª Basuan jayo, basuan aci
Errira etorri, eta bera nauci.

Cigorra.

Nació en el monte, se crió en el monte,
Vino al pueblo y fué amo de él.

La vara del alcalde.

—

En el campo verdeguea
Y en la ciudad señorea (1).

Vara del alcalde.

—

4.ª Basoan dagoanian, echera beguira,
Eta echian dagoanian, basora beguira.

Azcoria.

Cuando está en el monte, mira á la casa,
Cuando está en casa, mira al monte.

Hacha (2).

—

Cuál es aquella que cuando va para el monte mira para casa y cuando va para casa mira para el monte (3).

Cabra.

—

(1) Número 118 de nuestra *Colección*. Hay variantes. Entre ellas creemos haber oído una, que no conservamos, enteramente igual á la vascongada.

(2) No sabemos si la solución estará equivocada y será *cabra* en vez de *hacha*, aunque ambas cosas pudieron ser.

(3) Número 182 de nuestra *Colección*. Esta adivinanza, que, como se ve, es igual á la vascongada anterior, nos ha sido dicha por un hombre del pueblo, natural de Carriedo, provincia de Santander, dándonos como solución «La Cabra.»

5.ª Egunes escallerá, eta gaubes luce.

Ayubetia (1).

—

Qu' es aixó:
De dia fa escaleta
Y de nit fa la bandereta.

La cutilla (2).

—

De día escalera
Y de noche culebra (3).

El cordón del corsé.

—

6.ª Guelachu eta guelachu
Guelabacochian, damachu.

Pinua.

Alcoba y alcoba
Y en cada alcoba su dama.

Piña.

—

Una casa bien techada
Y de pino bien compuesta,
Que tiene soldados dentro

(1) Esta adivinanza, que hemos recibido sin la traducción castellana, creemos que corresponde á la catalana y andaluza que á continuación ponemos en el texto.

(2) Número 15 del Apéndice del Sr. Milá y Fontanals á la publicación de Mr. Alph. Roque Ferrier, *Revue des langues romanes* VII, 313—250.

(3) Número 319 de nuestra *Coleccion.*

Y sin postigos ni puertas (1).

Piña.

—

7.ª Punta eta punta bi
Atzian sulo bi.

Artasiyac.

Una punta, dos puntas,
Y detrás dos agujeros.

Las tijeras.

—

Mi hermana y yo vigilantes
Andamos en un compás,
Con las puntas adelante
Y los ojos hácia atrás (2).

Las tijeras.

—

8.ª Lau damachu cuarto baten.

Inchaurra.

Cuatro damas en un cuarto.

La nuez.

—

Más de cien vecinos,
Cada uno en su sala,
Los que nunca se juntan
Y nunca se hablan (3)

La nuec.

(1) Número 817 de nuestra *Colección.* Como observarán nuestros lectores, el parecido es bastante remoto.
(2) Número 970 de nuestra *Colección.*
(3) Número 735 de nuestra *Colección.*

9.ª Lan demachu alcarren atzian
Eta alcarri icutu ezin.

Auliquiye

Cuatro damas, una tras otra,
Sin que pueda darse alcance ninguna de ellas,

Devanaderas.

Qu'es això:
Quatre estudiants van per un cami
Que l'un al altre nos poden consegui?

Las devanaderas. (1)

Cuatro angelitos
Van para Francia,
Corren y corren
Y nunca se alcanzan (2)

Devanaderas.

---

(1) Esta endevinalla es el número 23 de la colección citada del Sr. Milá y Fontanals.
(2) Número 367 de nuestra *Colección.*

Agosto de 1879.

CONSIDERACIONES

SOBRE LA LITERATURA POPULAR CATALANA

CONSIDERACIONES

sobre la Literatura Popular catalana, por Cayetano Vidal de Valenciano, catedrático, por oposición, en la Facultad de Filosofia y Letras en la Universidad de Barcelona; correspondiente de las Academias Española y de la Historia, Secretario de la de Buenas Letras, etc. (1)

PROEMIO.

O voi ch' avete gl' intélletti sani
Mirate la dottrina che s' asconde
Sotto 'l velame degli versi strani.
Inf. IX, 61.

Indecisos nos hallábamos respecto al asunto á que debíamos dar la preferencia entre los que bullían en nuestra mente, para escribir uno ó dos

(1) El Sr. Vidal de Valenciano, cediendo á nuestras instancias, ha tenido la exquisita amabilidad no sólo de autorizarnos para traducir su lindo folleto, publicado en catalán este mismo año, (Barcelona, imprenta de Jaume Jepús), sino de revisar por sí mismo nuestra traducción, ilustrándola con las curiosas é interesantes notas que la acompañan. Meros traductores, cúmplenos manifestar aquí, al par que nuestra gratitud al distinguido profesor de Barcelona, Sr. Vidal, que dejamos enteramente á salvo á este señor la integridad de sus opiniones. (*N. del T.*)

artículos, que hacía tiempo nos habían pedido, cuando recibimos una carta de uno de nuestros más estimados condiscípulos, en la que se encuentran varias apreciaciones y juicios relativos á la *Literatura popular*, en sus diversas manifestaciones.

Debemos confesar sinceramente que no nos sorprendieron poco ni mucho, salidas de la pluma de nuestro antiguo compañero, ya que, dedicado exclusivamente al ejercicio del derecho en una población donde no existe ni sombra siquiera de movimiento literario, y, teniendo por toda distracción en los breves momentos que le conceden sus muchas y perentorias ocupaciones, la lectura de algunas obras clásicas, más bien castellanas que catalanas, nada tiene de extraño qne no haya llegado á su noticia la importancia que al presente se concede al estudio de la literatura hija del pueblo, y que hasta considere tarea indigna de inteligencias superiores, el ocuparse en investigaciones y trabajos á aquélla referentes. Mas como quiera que de esta opinión participan no pocos, que se encuentran en situación muy distinta de la de nuestro queridísimo amigo, resolvimos aprovechar la ocasión que la casualidad nos ofrecía para salir del aludido compromiso, emitiendo algunas consideraciones sobre este asunto, respecto del cual tantos y tan encontrados son los pareceres.

Y puesto que esta carta fué la que, sacándonos de dudas, colocó la pluma en nuestras manos, creímos que era lo más acertado darla á luz, traducida fielmente, bien que disfrazando los nombres propios de personas y lugares, y publicar al propio tiempo la contestación que á la misma dimos, ya que por lo de: *á tí te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi nuera*, al dirigirnos al autor de aquélla, hablamos con todos cuantos, en situación muy diferente, participan de su criterio y sostienen opiniones idénticas.

Causas ajenas á nuestra voluntad, impidieron la publicación de dichas cartas en la *Revista* que teníamos en mientes al ocuparnos en su redacción.

Leídas más tarde, primeramente en la Academia de Buenas Letras para llenar un hueco, y después, cediendo á reiteradas súplicas, en la Asociación Catalana de Excursiones, merecieron general aprobación. Obedeciendo ahora á repetidas instancias, nos hemos resuelto á publicarlas, no sin gran temor, pues creemos que leídas en las frías páginas del libro, han de verse y notarse los defectos en que indudablemente abundan, defectos que pasan completamente inadvertidos en la lectura pública, por lo mismo que en el ánimo penetran por el oído y no por los ojos.

PRIMERA.

Sr. D. Cayetano Vidal.

Mi estimado amigo: Más apreciado y bien quisto de lo que realmente merezco, hubiera ya echado la llave á la puerta de mi despacho, si no me asustase la consideración de que, á la corta ó á la larga, habría de aburrirme en este pueblo, que con tan escasos recursos brinda á la gente desocupada.

A Dios gracias, con lo que mis padres me señalaron, con lo que aportó al matrimonio mi querida esposa, y con lo que he logrado economizar en veinte años de trabajo, no me falta lo necesario para pasar tranquilamente la existencia, y áun para aventurarme en mayores empresas, no tan costosas sin duda, á lo que presumo, cuando veo acometerlas cada día á personas que disponen de menos recursos materiales que yo. Pero, francamente, Barcelona, que tanto me agradaba mientras fuí estudiante, aquel *Liceo*, aquel *Principal* y aquel *Circo*, abismo á donde iban á sepultarse cuantos cuartejos me remitía mi buena madre (aparentando enviármelos á hurtadillas de mi padre, áun cuando lo hiciera previo su conocimiento, pues tú sabes bien hasta qué punto amaba éste á todos sus

hijos, no obstante sus pretensiones de pasar por hombre severísimo y poco blando de corazón); aquellas calles, aquellos cafés, aquellos paseos, áun mejorados en tercio y quinto, no tienen hoy para mí ni uno siquiera de los dulcísimos atractivos que en aquellos hermosos tiempos con abundancia me brindaban, y que hasta me hacían mirar con repugnancia, mezclada de terror, el momento en que, terminada la carrera, había de venir á sepultarme en este rincón del mundo. Todas mis aspiraciones han quedado hoy reducidas á acrecentar mi patrimonio y á mejorar mi hacienda, rodeándola de cuantas comodidades me sea posible, para que el día en que me decida á despedirme de las *Pandectas*, *Partidas* y *Constituciones*, y á dejar á un lado el *Código Penal*, la *Ley de Enjuiciamiento* y la colección de las *Sentencias* y *Decisiones* del Tribunal Supremo, pueda pasar largas temporadas en el campo, ya que hoy sólo me es dado disfrutar de éste, por breves días, y experimentar lo que haya de real en él

Beatus ille qui procul negotiis

tan admirablemente parafraseada por el dulcísimo Luis de León, cuando dijo:

¡Que descansada vida
La del que huye el mundanal ruido!

Mas ¿podré hacerlo? La verdad es que uno for-

ma proyectos sin acordarse de que: *el hombre propone y Dios dispone*, como dice el refrán, y de que la mayor parte de las veces un accidente imprevisto viene á desbaratar los planes mejor combinados. Pero ¡qué le hemos de hacer, si esto es propio de la naturaleza humana! ¡Qué fuera del hombre si, reducido á contar consigo mismo, prescindiese de los otros factores que entran necesariamente en todo problema, y áun en lo que á ellos se refiere, recordase incesantemente que aquella de quien dijo el profano: *æquo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres*, puede venir á deshora á recordarnos que es llegada la de emprender el gran viaje! Pagando, pues, á la naturaleza el general tributo; teniendo en cuenta que Dios no me ha concedido masculina sucesión, y fomentando, más bien que creando obstáculos á cierta inclinación y mútua simpatía que, á mi entender, existe entre mi sobrino y ahijado Luis y la mayor de mis hijas, creí que, si al dar aquél por terminada su carrera de jurisprudencia, resolvían constituir el fundamento de una nueva familia, continuación de la mía, Luis podría, con provecho, hacerse cargo de mi bufete, y yo poder realizar con placer el bellísimo ideal de mis aspiraciones.

Tú conoces á mi sobrino, puesto que te lo recomendé, como amigo mío que eres, y con motivo de la profesión que ejerces; tú sabes que jamás nos ha dadoel más leve disgusto, por ninguno de esos

motivos tan comunes en la gente moza; tú sabes, por último, que hijo segundo de mi hermano mayor (el cual está consagrado en cuerpo y alma á cuidar del patrimonio de nuestros antepasados), no contento con seguir la carrera del foro, entusiasta por todo lo bello, y considerando que tenía aprobadas las asignaturas que llamábamos nosotros de ampliación y forman parte de la facultad á que en el profesorado perteneces, quiso estudiar y está estudiando las demás, con ánimo de graduarse de licenciado. Hasta aquí, nada hay que no sea digno de alabanza, si se prescinde de que el cultivo de semejantes aficiones puede proporcionarle más de un desengaño, por lo mismo que el ejercicio del derecho tiene más de prosa que de poesía, y de que en un pueblo cabeza de partido más bien es mirado con prevención que con respeto el que cultiva las letras, pues los clientes consideran que un abogado sólo debe entender de leyes y de dirigir los pleitos, opinión errónea que explotan en provecho propio, los que se encargan de probar la certeza del refrán de que: *no hay peor cuña que la de la misma madera.*

Con todo esto, su determinación me tenía satisfecho, pues siempre creí que valía más que empleara los momentos que sus ocupaciones le dejasen libre, en leer nuestros clásicos, como yo mismo he hecho, que en jugar al billar ó al tresillo en el Casino ó metiéndose á político de café, que

es de todos los males el peor. Mas es el caso que sus aficiones han llegado á tal punto, que rayan en manía, y, la verdad, empiezo á temer que esta manía llegue, no sólo á desbaratar mis planes, que son ya los de toda la familia, sino también que le perjudique trascendentalmente á él mismo. Sabes también que mi hermano, hijo como yo, de una antigua casa solariega y nombrado *hereu* por nuestro padre, no posee otras ciencias ni más letras que las que ha menester para administrar su patrimonio y leer el *Diario* y alguna que otra *historia* en las largas noches del invierno. Por este motivo y porque Luis prefiere estar en ésta á permanecer en la casa paterna, probablemente por las razones que ántes te indiqué, su padre le consiente que, después de pasar á su lado los quince primeros días de las vacaciones, venga á la mía, persuadido como está de que, habiendo aquél de ejercer la abogacía, más puede aprender á mi lado que presenciando faenas agrícolas en el campo, en medio de los mozos de labranza, zagales, cultivadores y aparceros.

Ahora bien, este año, como de costumbre, vino en los primeros días de Julio; pero, así como en los anteriores casi se pasaba en casa el día entero y áun me ayudaba sirviéndome de amanuense, con lo cual empezaba ya á adquirir alguna práctica; en éste acontece todo lo contrario, pues no pára en ella un sólo instante, como no sea durante las

veladas, sin que sean parte, á retenerlo en ella los ingenuos halagos y la amena conversación de mi querida niña.

No bien amanece y ya me lo tienes por esos mundos de Dios de Manso en Manso (1) y de Parroquia en Parroquia, sin que deje rincón por registrar, ni partida de tierra por recorrer en esta villa y sus contornos en tres leguas alrededor. Un día viene, y su gozo no reconoce límites, diciéndome que ha encontrado dos *hachas céltica*s que hacían oficio de contrapeso en la puerta del aposento destinado á la faena de amasar de una conocida casa de campo, y para convencerme me pone de manifiesto dos piedras tamañas como teleras, de esas que los labriegos llaman *del rayo*, las cuales no son, á mi entender, otra cosa que cantos que al ser arrastrados por las aguas, han tomado aquella forma con el trascurso del tiempo. Inútil es hacerle observaciones, pues cuando insisto, después de empeñarse en hacerme notar cosas que él ve y que, si he de de hablarte verdad, yo no alcanzo á distinguir, me sale con que yo no

(1) *Mas* ó *Masia. Manso.* La casa de labranza en las explotaciones agrícolas, en la cual, además de la habitación del dueño y de los colonos y mozos de labranza, se encuentran todas las oficinas y dependencias, tales como trojes, graneros, bodega, (que en algunos puntos de Andalucía se llama *candiotera*, según he visto en la Pepita Jiménez y el Comendador Mendoza, de Valera), corral, establos, etc., etc.

he estudiado la ciencia prehistórica y por consiguiente no es mía la culpa si no conozco los monumentos de la edad de piedra. Otro día, después de haber recorrido todos esos andurriales, se presentó á mi vista con un libro viejo, medio carcomido por las ratas y la polilla, diciéndome que era un *incunable* de gran precio, por el cual darían no sé cuantas onzas, á no estar tan maltrecho y destrozado.

El 15 de Agosto, día del Santo de mi hija, pretendió obsequiarla, como es de razón entre gente moza y enamorada: mas, en vez de regalarle un libro elegantemente encuadernado, un neceser para bordar de olorosa piel de Rusia, ó un sencillo ramo de flores, como habríamos hecho tú y yo en nuestros buenos tiempos, le regaló...—no acertarías por más que te empeñaras;—le regaló un huso y una rueca y además un llavero de plata que, según nos dijo después, pudo pescar en una antigua casa solariega, en la cual lo tenían arrinconado, en cambio de dos pañuelos de pita que dió á las muchachas de la misma. Y es el caso que, al hacer esta donación á su amada, más regocijada que si la hubiese obsequiado con joya de más precio, le decia que aquellos objetos, no sólo tenian valor por su antigüedad y primores artísticos, (en lo cual no le faltaba del todo la razón, pues la rueca principalmente estaba llena de figurillas y adornos de gran precio), sino por lo que significaban;

ya que si el llavero representa los derechos del ama de la casa; la rueca y demás adminículos, indican cuáles son sus deberes. Aquí debo advertirte que, tomando pie de semejante asunto, nos espetó un discurso sobre los útiles del trabajo y su progreso; que, la verdad, me habría complacido enteramente, si no se me hubiese venido á las mientes el que respecto del siglo ó edad de oro, con motivo de un puñado de bellotas, dirigió el héroe de la Mancha á los admirados cabreros. Mi hija, completamente fascinada, le escuchaba sin perder palabra.

Finalmente, y para no cansarte, no hace muchos días se me presentó loco de júbilo, acompañado de un pobre aldeano que, atravesado sobre un burro, traía un arcón viejo bastante mal tratado; para pagar el cual me pidió veinticinco pesetas que le dí, y no bien nos quedamos solos me dijo, por lo bajo, que valía aquello un centenar de duros;—apreciación que me hizo prorumpir en una gran carcajada—y del interior de aquél fué sacando lo que él llama fruto de sus excursiones; y consiste en una bacía de azófar, de esas que sirven de petitorio en las iglesias rurales; un legajo de los *gozos* de los santos (1), santas, vírgenes y Cris-

(1) *Gozos de Santos*, etc. — Presumo que en Andalucía, como sucede en otras provincias de España, entre ellas en Cataluña, será costumbre ensalzar las glorias de aquellos santos que alcanzan mayor devoción, por medio

tos, que se veneran en las parroquias, iglesias y ermitas de estos alrededores; un fragmento de retablo gótico, que á lo que parece, por lo poco que de la pintura se conserva, representa el martirio de San Sebastián; una hoja de pergamino que debió formar parte de algún antiguo libro de coro; un par de pistolas que calzan bala de onza y un vestido de aldeana, compuesto de faldillas y jubón de tapicería, corbata blanca bordada de lentejuela, redecilla de seda color de rosa, medias y mitones.

Su satisfacción no tenía límites, saltaba y brincaba como chiquillo con zapatos nuevos á quien hubiesen regalado un montón de juguetes: y en medio de su entusiasmo, regocijábase pensando la envidia que iba á suscitar su buena suerte en todos los miembros de las asociaciones «Artística y Arqueológica» y de «Excursiones científicas» á que me dijo pertenecía, así como á otras dedicadas al cultivo de las Artes y Letras catalanas.

---

de alabanzas escritas en verso, que cantan los que acuden á visitar dichas imágenes. Dichas alabanzas, que suelen contener en breve resumen y en reducido número de estrofas la vida y hechos del santo, véndense impresas en la ermita ó iglesia donde las compran los peregrinos como recuerdo de la romería. Muchas de esas composiciones son debidas á poetas desconocidos, acaso de los mismos ermitaños, y esto influye acaso en que los aficionados á la literatura popular hagan de ellos colecciones, habiendo algunos que se cuentan por centenares. Á esto se alude en la composición.

En vista de esto, creíme en el deber de hacerle observar que no participaba de sus opiniones; que debía tener en cuenta que en los pueblos pequeños se explota todo cuando se trata de poner en ridículo á una persona; que destinado á vivir en esta población, debía conceder algo á la opinión pública, y que, por lo tanto, convenía que tuviese á raya sus aficiones, si no quería que le motejasen llamándole, como ya alguno le ha apellidado, «Don Trastos viejos». ¡Qué hube de decirle! Me fulminó una filípica que áun le estoy oyendo: «¡Cuánto daño han causado en nuestra tierra esas preocupaciones! La primera generación del presente siglo, amaestrada por las lecciones de la última del pasado, sólo se ocupó en destruir. Costumbres, instituciones, monumentos artísticos y literarios, todo lo derribó considerándolo antiguallas despreciables y objeto de menosprecio, en tanto que extranjeros, más sabios é ilustrados que nosotros, recorrían nuestras comarcas reuniendo, á poca costa y con escasa fatiga, objetos de toda especie que son hoy preciado ornamento de Museos y Bibliotecas. Por qué razón ha de echársenos en cara y hacérsenos un cargo de nuestra actividad empleada en salvar las escasas reliquias que restan de tanta riqueza?» Y para persuadirme, hablaba de no sé que historia en que dice interviniste, haciendo construir por encargo de un personaje de Madrid, no sé cuántos pares de *arracadas de paye-*

sa (1), para uno de los Museos de Londres. ¿Es verdad?

Lo cierto es, que escuchándole cualquiera le daría la razón, pero también se concede al héroe de la Mancha, que suele hablar como el hombre más sensato y razonable, mientras no le tocan al registro de sus desventuradas caballerías, Y, francamente, estoy á punto de creer que, así como la monomanía de la creación de Cervantes eran las empresas caballerescas; constituye la de mi sobrino, todo lo extravagante y extraordinario, y hasta temo que ésta ha de ser su desgracia, la de mi hija, que ya me parece un tanto contagiada del mismo mal y la de toda esta familia, que, á resultar ciertos mis temores, vería venir á tierra en un momento, todo el edificio de sus esperanzas.

Para que veas que no exajero, voy á darte cuenta de otro hecho. En el número de mis clientes, se encuentra una pobre mujer que tiene en mí depositada su confianza, hasta tal punto, que no toma resolución sin consultármela, á fin de guiarse por mi consejo. Vivaracha, discreta, un si es

(1) *Arrecadas de pajesa para un Museo en Londres.* —El hecho es cierto: á fines de 1870 ó principios de 1871, por encargo del Sr. D. Juan Facundo Riaño, hice construir para el Museo de Kengsinthon varios pares de pendientes típicos de los que se usaban (por desgracia ya casi no se usan) en diferentes comarcas de Cataluña, tales como la Plana de Vich, el Campo de Tarragona, la Costa de Levante, el Panadés, etc., y que eran distintas, según que las usaban las casadas ó las viudas.

no es maliciosa y desconfiada, y con mucha ciencia de la que da de sí el trato con el mundo, nadie diría que el mundo está para ella reducido al pedazo del cielo que se divisa desde la casa donde nació y vivió, de la parroquia en que fué bautizada y probablemente la enterrarán, y de las calles y plazas de esta villa, á donde suele venir los días de mercado. Más refranes sabe que encierra el diccionario de Labernia, tiene un aforismo ó dicho expresivo para cada cosa, y un cuento ó ejemplo que aplicar á cada caso. Ahora bien, mi sobrino, valiéndose del nombre de tus «Quadros de costums» (1), le llamaba la *Pubilla del Mas de Dalt.* Y no es eso lo peor, sino que se ha hecho muy amigo de ella, y, según he sabido, le hace frecuentes visitas para que le narre cuentos y le cante canciones, y mientras está ella en mi despacho, permanece con la pluma entre los dedos apuntando refranes, trascribiendo modismos, y sacándole conversación con objeto de hacerla charlar, y como ella es capaz, dándole jarilla, de estarse hablando un año entero, resulta de aquí, que con gran per-

(1) *Cuadros de Costumbres.*—Los que dí á luz en 1867 con el título de «la Vida en lo camp», según reza la cubierta de las «Consideraciones», en los cuales se pintan los usos, costumbres y manera de ser de la gente campesina en la comarca del Panadés. Dichos cuadros son otras tantas novelitas tituladas: *Confianza en Dios, La Pubilla del Mas de Dalt, Qui endevant no mira enrera can, Mas val tart que may.*

juicio de mis negocios, las sesiones se hacen interminables.

Si vamos á paseo y ve chiquillos y criaturitas que están jugando, se pára, les pregunta de qué manera se hace el juego, apunta las palabras que dicen y la cantinela con que las acompañan. Apenas oye cantar á una vieja que, dando vueltas al huso, está meciendo una cuna, ya me lo tienes con el lapicero en la mano trascribiendo los versos de la canción, áun cuando sea ésta un tejido de disparates. La otra tarde, con ocasión de haber pasado un par de días en el Manso, fuimos á ver un barbecho que estaban preparando para la sementera. De pronto salió una culebrilla, no más gruesa que una vara de mimbre; mi hija se asustó, las sabandijas le dan miedo: mi Luis, queriendo darle una prueba de galantería y una muestra de valor, puso el pie sobre la sierpecilla y le aplastó la cabeza; mas, como á pesar de ello aún se retorcía y ensortijaba, cogióla con el extremo de su bastón y la echó dentro de un hormiguero (1) que

(1) *Hormiguero.* — Difícil es la comprensión de este paraje, si no se conocen las prácticas agrícolas á que se alude en el mismo. En el Panadés, cuando se prepara un barbecho para la sementera, se empieza por extender sobre la tierra previamente arada, y á unos dos metros de distancia en cuadro, uno de otros, ciertos manojos de leña, llamados jaiximas (fajinas) que se cubren con la tierra que las rodea, y que probablemente, por la forma cónica que la tierra va tomando al ser *cubierta* la fajina, reciben el nombre de hormiguero (jurmigué), por ser muy pare-

acababan de encender. Uno de los mozos de la hacienda, á quien llaman el *Francés*, porque su padre estuvo emigrado en Francia, con motivo de haber militado en el ejército carlista durante la guerra de los siete años, le dijo que en el círculo ocupado por el hormiguero en que se estaba quemando la culebrilla no nacería trigo, y hétemele ya notando la nueva en el libro de memoria de su elegante cartera. Y como es listo, y comprendió de golpe que el *Francés* se las echa de entendido y sabiendo, y que el mejor medio para hacerle desembuchar cuanto sabía, era la contradicción, comenzó á contradecirle, con lo que vió cumplido el fin que se había propuesto. En resumen, que se ha hecho muy amigo suyo, y que, merced á una corbata de muchos colorines con su anillo de símilor y unos botones para las mangas de la camisa, que detrás de un cristal encierran unas tortugas ó galapaguillos de movimiento, que le ha regalado, le ha hecho soltar su inmenso caudal de extravagancias y preocupaciones, del cual está contentísimo, diciendo que pocos habrán hecho tan abun-

cida al montículo que hacen las hormigas con la tierra que sacan de sus nidos y madriguerillas. En aquel estado el hormiguero, y á media tarde, se prende fuego á la fagina (fogar) dejando un pequeño respiradero para que no se apague, con cuya operación se queman las semillas de malas yerbas, los huevos de insectos y mariposas, y se comunican á la tierra mchas usales y elementos propios para la mejor y más abundante producción. A esto, pues, se alude al hablar de la sierpecilla quemada.

dante cosecha como ha logrado hacer él en este verano.

¡Y qué preocupaciones, ó mejor dicho, qué majaderías! Para que puedas formarte cabal idea, voy á citarte algunas que me he tomado el trabajo de copiar de los cuadernos que, debidamente ordenados, y sujetos á una especie de clasificación, con un promontorio de libros italianos, franceses y catalanes, tiene sobre la mesa de su dormitorio.

«*Si los lagares se comienzan á trasegar en martes ó en viernes, el vino resulta turbio y jamás llega á clarificarse.*»

«*Si se lleva en el bolsillo una piel de culebra, encontrada en domingo después de puesto el sol, se gana á todos los juegos.*»

«*Cuando un moscardón negro zumba en la oreja izquierda, indica una desgracia: si es de color y zumba en la derecha, indica que todo irá bien.*»

«*En los años bisiestos, las habas tienen la ceja hacia abajo.*»

«*En dichos años, el trigo se vuelve tizón si no se ha comenzado la siembra en jueves.*»

«*Si á media noche canta la gallina como si fuese gallo, anuncia la muerte del amo de la casa.*»

«*Cuando los perros ladran después de puesto el sol, es que sienten la muerte de alguno.*»

«*Si se disparan escopetazos con balas bendecidas á las nubes que traen granizos, se disipa el nublado y desaparece la tempestad.*»

¡Y qué te diré de las canciones! En medio de algunas que tendrán más ó menos mérito, pero que, francamente, no creo que merezcan conservarse y pasar á la posteridad, he leído aquella sarta de disparates y desatinos escritos en lenguaje que no pertenece á idioma alguno, y que, si algo tiene de notable, es la singularidad de no poderse decir más extravagancias en menos palabras. Es aquella que se cantaba cuando tú y yo éramos niños, allá por la época de la *Camancia* (1), según

(1) *Camancia* (Jamancia).—Esta palabra, completamente desconocida en Cataluña antes de 1843, tiene hoy un significado muy distinto de lo que pudiera imaginarse. *Jamar*, *jamancia*, son palabras del dialecto gitano andaluz, si no estoy mal enterado, que valen tanto como *comer con ansiedad*. En el año referido tuvo lugar en Barcelona un levantamiento al grito de *Junta central*, que secundaron otras provincias, encaminado á extirpar los abusos que se habían cometido durante los últimos de la Regencia de Espartero. Defendían este principio los llamados entonces progresistas, que, cándidos como siempre, entregaron el poder para que realizara sus aspiraciones al partido moderado. Entre otras de las personas constituídas en autoridad enviadas por el Gobierno para reprimir la insurrección, había alguna procedente de Andalucía, que sin comprender el espíritu ni la fuerza del movimiento, considerando que sus promovedores y representantes obraban impulsados por el ansia de poder y por el afán de destinos, hubo de exclamar: *Esto, señorez, no es naa más que jamancia pura.* La palabra chocó por lo mismo que se ignoraba su verdadero valor: no faltó quien presumiera ser la expresión genuina de los principios que se sostenían con las armas en la mano, y *Jamancia* se llamó á la rebelión, y *jamancios* se apellidaron los sostenedores de la misma. Debo advertir, que el pueblo catalán, que no pronuncia la gutural fuerte, ni cecea, porque no exis-

me parece, pues si no recuerdo mal, aquí la trageron los fugitivos de Barcelona, y que decia:

Qu' ets calent teixidó,
Que te'n dono de fil
Tu t' estás á la gabia
Y jo m'estich divertint.
Rempújamela.
Mal andando que soy
Zapatero me voy
Remendando per baix
La pelabra me das
Dasimula que no
Y un solito polito
A la guerra voy yo.»

También he encontrado aquel otro que tanta boga logró en la época en que estudiábamos, que corre parejas con la anterior y se cantaba con la inspirada música del *duo* final de la ópera *I Mártiri*, de Donnizetti, «*O santa melodía*,» nunca tan villanamente profanada, y que comenzaba:

No vayas tan deprisa
Quel sielo está nublando
A la puerta de la iglesia
Hi venden bacalao.
Un Pau, dos Paus, etc.

la cual, si no me es infiel la memoria, reconoce

ten tales sonidos en su lengua, ya que la *j* tiene un valor igual á idéntica letra en la lengua francesa, *Júpiter*, *je*, *Jean*, y la *c* suena como *s* fuerte en castellano, en vez de pronunciar *jamancia*, pronuncian *camancia;* del mismo modo que dice *Quefe*, en vez de *jefe: cota* en lugar de *jota*, *curamento* por *juramento*.

como motivo de inspiración las luchas de las sociedades que daban sus bailes anuales en los entoldados, distinguiéndose con los nombres de *Paus* y *Gitanos* (1), á las cuales han sucedido en estos tiempos, las comitivas que van en romería á San Mucio, y se honran con nombres tan escogidos y atildados como el *Xatos xics de la bandera nova*, y otros no menos cultos, poéticos y altisonantes.

Francamente, no quise ver más; lo copiado bastaba y sobraba para que se arraigase más profundamente en mi ánimo la presunción y creencia de que mi pobre sobrino está enfermo de la cabeza. ¡Pobre chico, pensaba entre mí, y pobre hija mía, y pobres de nosotros!

En este punto y hora entró en el aposento donde me hallaba, y viéndome con el cuaderno en la mano, entre satisfecho y orgulloso, me dijo:

(1) *Paus* y *Gitanos*.—Nombres con que se distinguían mútuamente, allá por los años de 1851 y 52, los individuos de las sociedades que, compuestas de jóvenes labradores de los alrededores de Barcelona, daban sus bailes de reglamento en los entoldados que levantaban en la capital en determinados días del año, á los cuales invitaban á las sociedades de los demás pueblos del llano, que de aquí resultaron divididas en dos grupos que se distinguían con dichos nombres, según que aceptaban la invitación de la una ó de la otra. La de los *Paus* lo tomó de sus presidentes ó directores, que lo fueron sucesivamente dos jóvenes del mismo nombre *Pablo*, herederos de ricas casas del pueblo de San Felíu del Llobregat, y como los presidentes de la otra sociedad eran hijos de Sans, donde se hallan domiciliados muchos gitanos, tratantes en cuadrupea, sus adversarios, motejados por aquellos de *Paus*, para vengarse les llamaron *Gitanos*.

—¿Qué tal, tío? ¿Qué le parece á V. de los materiales que tengo recogidos, relativos á la literatura popular?

—¿Y á qué llamas tú literatura popular?

—A todo lo que contienen estos cuadernos: á los cuentos, las canciones, las preocupaciones, los dichos, los refranes, los enigmas, los juegos de los niños.

—¡No estás tú mal niño! ¿Y á eso llamas tú literatura popular? No lo entiendo. En mi tiempo, cuando yo estudiaba, ese nombre se aplicaba especialmente, si no estoy equivocado, á los *romances*, en cuyo género, tan rica y abundante es la literatura castellana, no faltando tampoco en la de esta tierra, á juzgar por el que como muestra nos ofrecía el Sr. Milá, titulado *La dama de Aragó*, en el Arte poético que nos servía de texto; mas, de aquello á esto ¡qué diferencia! Allí hay arte, inspiracion, sentimiento, pintura de costumbres, verdad histórica; pero en lo que he leído y en lo que me dices, ¿qué se encuentra? ¿Qué es todo esto sino un conjunto de vaciedades é insulceses sin pies ni cabeza, ni orden, ni concierto?

—¡Ay, tío, y cómo se conoce que V. no es práctico en estas materias! De lo contrario, vería claro como la luz del día, que todo esto son manifestaciones genuinas de la musa del pueblo; que todo esto constituye, si así puede decirse, la muestra patentísima y admirable por su ingenuidad, de lo

que es el sentimiento poético en manos del pueblo inculto, de la sencilla é inocente infancia, y de la gente anciana que, si carece de letras, es, en cambio, rica en experiencia y en hechos de observación. Usted con todo y no vivir divorciado del trato con la literatura, como hace la inmensa mayoría de los que convierten en oficio de *pane lucrando* la noble profesión del derecho, no está al corriente del movimiento literario de la época, y por lo mismo no puede estar al tanto de lo que en este concepto han hecho y están haciendo las naciones más cultas de Europa, que en este punto, como en muchos otros, como en todos, marchan al frente en el camino de la civilización. Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, hasta las apartadas Suecia, Noruega y Dinamarca, hasta la lejana Rusia, cuentan con numerosas pléyadas de literatos respetabilísimos, que se han formado una reputación envidiable y un nombre universal en la república de las letras, publicando colecciones de cuentos, romances y canciones; dando á luz, debidamente ordenadas y clasificadas, con explicaciones oportunísimas, llenas de exquisita erudicion, las preocupaciones vulgares de determinadas comarcas; coleccionando, con espíritu crítico y fines trascendentales, los juegos de los niños, los usos y costumbres, las creencias de los pueblos, los refranes que revelan lo que podíamos llamar filosofía del sentido común; los enig-

mas, testimonio de la sutileza y finísimo ingenio que caracterizan á determinadas razas. Y hoy que todo se escudriña, y todo se analiza; hoy que se ponen á contribución las artes y las letras, y las ciencias, para conocer cuáles fueron los caminos que emprendió el linaje humano, cuando para castigar su infundado orgullo, suscitó Dios la confusión de Babel: esas manifestaciones insignificantes, y hasta despreciables á primera vista, son elementos poderosos para adelantar en este orden de investigaciones y adquirir datos preciosísimos respecto á la etnografía de las diferentes familias. A usted le parecerá que eso no es posible, y por este motivo no comprende que semejantes materias puedan constituir elementos importantísimos de esa rama de las letras que se distingue al presente con el nombre de literatura popular. Mas, ¿qué diría si le demostrase, como tres y dos son cinco, que muchas de nuestras vulgarísimas narraciones, exclusivamente trasmitidas por medio de la tradición oral, derivan su origen de los antiguos pueblos de Oriente, y que con ellas se mezclaron después las manifestaciones de la civilización pagana, y más tarde aún, las creencias y preocupaciones de los pueblos del Norte? ¿Qué diría si supiese que ha poco tiempo, un literato, no recuerdo si francés, belga ó alemán, escribió á D. Manuel Milá, y esto lo he sabido por su amigo de usted el Sr. Vidal, preguntándole cuantas formas tenemos

en Cataluña para decir que un hombre está bebido, añadiéndole que él tenía recogidas más de cien, cosa que no me sorprende, puesto que, sin salir de casa, solemos decir: «te la pinya,» — «está pitof,» — «ha alsat lo colzo,» — «porta una mantellina,» — «te un perdigó á l'ala,» — «está emboirat,» — «va de tort,» — «ha agafat lo gat,» — «ha aixecat lo porró,» — «te 'l pet....,» — Al llegar á semejante punto, mareado por este vertiginoso abundante flujo de palabras, y sin poder contener los impulsos de mi despecho, que hacía rato pugnaban por estallar, con voz de trueno le dije: — Pues si eso es también literatura, te diré que no lo entiendo, no lo entiendo y no lo entiendo; y que no eres tú solo, como presumía, sino muchos y muchos los que se encuentran contaminados de la misma manía, que aunque en otro terreno, tiene no pocos puntos de semejanza con la de D. Quijote. — Y volviéndole bruscamente la espalda, salí del aposento dejándolo sin palabra que replicar.

Ahora bien. ¿Comprendes, estimado amigo, la situación de mi espíritu? Conocidos, como te son ya, los antecedentes, base de mis planes y de mis esperanzas, ¿no adivinas mi desconcierto, viéndolos á punto de hundirse del mismo modo que se derrumba un edificio sin cimientos? Y con todo, no puedo renunciar á ellas; eran para mí tan dulces y halagüeñas, estaba con ellas tan íntimamente

familiarizado, que me resisto á verlas desvanecerse como se desvanece en el aire una bocanada de humo. ¡Quién sabe! Acaso Luis exagera: impresionable, joven, y dotado de gran sentimiento, tal vez debe verse en su proceder, más bien el entusiasmo de los pocos años y el deseo de distinguirse á los ojos de sus amigos y consocios, que verdadera manía y enfermedad del pensamiento. Sólo tú puedes sacarme de la duda: de lo que me digas depende que renazca en mi pecho la esperanza ó mueran dentro de él mis ilusiones más queridas, y ¡ay! acaso también las de mi hija, que se ha acostumbrado ya á ver en su primo su futuro marido.

Éste se encuentra actualmente en compañía de su padre, de quien ha ido á despedirse antes de comenzar el nuevo curso. Durante él, pues conoces mis intenciones, vigílalo; apártalo de malas compañías, para que el mal no haga en él más estragos: tal vez lleguemos á tiempo todavía. Eres padre y esto basta para que comprendas la situación en que me hallo, para que te expliques la presente y para que disculpes la molestia que te ha causado y puede aún causarte tu invariable y verdadero amigo y condiscípulo

F. LAVID.

Setiembre, 1879.

CARTA SEGUNDA

Sr. D. Francisco Lavid.

Mi estimado amigo: ¿debo ocultártelo? No, que es nuestra amistad harto sincera para que me juzgue obligado á hablarte con el corazón en la mano. Pues bien, tu muy grata del 20 de Setiembre, que recibí en mi casa de campo, cuando hacía los preparativos para venirme á ésta, con objeto de emprender las tareas del nuevo curso, me proporcionó uno de los mejores ratos que en muchos años he disfrutado. Basta lo dicho para que comprendas que no participo de tus opiniones respecto al estado mental de tu ahijado y sobrino: de lo contrario, ya puedes comprender, dado el cariño que te profeso, que al darme cuenta de tus planes para lo porvenir, tu discretísima carta, lejos de haberme llenado de placer y alegría, hubiera sido para mí motivo de duelo y profunda conmiseración.

No: Luis no es un monomaniaco; es sólo uno de tantos jóvenes de esos que, habiéndose aprovechado de lo que han aprendido, y, digámoslo todo, pagando tributo á la moda que hoy priva, con el entusiasmo de los pocos años y sin tener felizmente otros quebraderos de cabeza, se ha entregado con todas sus fuerzas á la agradable tarea de coleccio-

nar, que cuenta al presente no escaso número de devotos.

Cada época se distingue por una manía especial: nuestros abuelos vestían de frailes á sus hijos; á nosotros nos empaquetaban nuestros padres dentro del uniforme de aquellos milicianos que llamaban *Cristinos;* nuestros hijos, á los quince años, visten de frac y corbata blanca como el más grave y estirado diplomático, y así, como aquellos jugaban á la capilla y decir la misa, y nosotros empleábamos el tiempo parodiando ejercicios militares, la juventud del día, dándose aire de juiciosa y experimentada, emplea sus ocios representando el papel de hombres de práctica y experiencia, y en Academias, Sociedades y Asociaciones católicas y por catolizar, discute con toda formalidad y cual si de su decisión dependiera el bienestar del mundo, las más intrincadas cuestiones de la ciencia social, ensayando la comedia de la vida, en la espectativa de ser un día los miembros que las componen, hombres públicos, diputados, ministros de la Corona ó presidentes del Consejo. Jóvenes hay, que más modestos en sus aspiraciones ó enderezando sus pasos por otros senderos, á la política y á la ciencia prefieren las letras y las artes, y ó bien se reunen para ejecutar piezas de música que llaman clásica, á cuyo fin establecen Sociedades de *cuartetos*, ó bien cultivan las artes de la vista, pintando cuadros al óleo y acuarelas y modelando bus-

tos y estatuillas que exponen en establecimientos particulares ó en públicas exhibiciones; ó escriben composiciones literarias que, merced al gran número de periódicos que hoy salen á luz, pueden contemplar en letra de molde, con su firma al pie, satisfacción concedida en otros tiempos únicamente á los talentos privilegiados. No faltan algunos entre éstos, siquiera sean los menos, que enamorados de lo que fué y convencidos ó comprendiendo por instinto que el progreso marcha por la senda de la tradición, siguen los pasos de sus maestros, trabajando en la obra loable de reconstituirla.

A este número pertenece tu estimado sobrino. Deja que pruebe los desengaños y amarguras de la vida que, por desgracia, nos asaltan mucho antes de lo que se presume y de donde menos pudieran esperarse; deja que con el título de abogado se encuentre en situación de ocupar el bufete que tanto has honrado y estás honrando; deja que los deberes de esposo y de padre le obliguen á pensar en la prosa de la vida, y verás cómo todos esos entusiasmos menguan y se debilitan todas esas aficiones. ¿Habrías preferido que echándoselas de jurisconsulto, cuando aún no comprendía los fundamentos del derecho, hubiese decidido ex-cátedra sobre cuestiones de gran trascendencia referentes á la familia, á la propiedad y á la sucesión, repitiendo mal digerido lo que escuchara el día antes de boca de sus profesores; que, dándose aires de

filósofo, se hubiese hecho redactor de tal cual periódico político, y con la orgullosa pretensión de dedemostrar que nunca hasta el presente habían sido comprendidos cual corresponde los principios fundamentales de la vida de los pueblos, no hubiese vacilado en poner en tela de juicio las verdades más absolutas, y con el satánico propósito de redimir á la humanidad, hubiera sembrado el germen de ódios y envidias, haciendo insoportable la existencia á aquellos que sin razón se imaginan desheredados; que deseando contraer méritos y presumiendo engañar al mundo haciéndose el mojigato, el timorato y el escrupuloso, y fingiéndose exaltado por elevadísimos sentimientos, en farsas ridículas y mojigangas repugnantes, parodiase autos de fe con libros que ni por el forro conociera, arrojándolos al fuego con las mismas manos pecadoras con que media hora antes los hacía saltar sobre el tapete verde; que dándose, finalmente, toda la importancia de un *espíritu superior*, acometiendo todas las cuestiones por más árduas y complicadas que fueran, las resolviera en Círculos y Ateneos con punible ligereza, y tal cual su flaco magín y escasa competencia le dieran á entender, sin encomendarse á Dios ni al diablo, y haciendo caso omiso de sentencias, censuras y excomuniones? Francamente, de cuantas direcciones, dadas las tendencias de la juventud moderna, podía emprender tu sobrino, seguro puedes estar de que ha tomado la

más inocente, y hasta diría la más fecunda en positivos resultados, si no temiera que impresionado acaso todavía por los actos de Luis durante el verano último, me creyeras acometido de la misma enfermedad.

Te lo he dicho: hoy está en boga hacer colecciones; pues bien, colección por colección, ¿no vale más que emplee su actividad en lo que la emplea, que en hacerlas de sellos de franqueo, de anuncios comerciales, de cubiertas de cajas de fósforos ó de tarjetas-programas de banquetes y saraos? Recogiendo lo que tú llamas con tono despreciativo *trastos viejos*, puede salvar de la destrucción obras singularísimas de las artes de otros tiempos, que al par demuestran la carencia de razón de los que predican en todos los tonos, que en las épocas que llaman de oscurantismo, no existieron las puras manifestaciones del espíritu y que no tienen más los que, verdaderos *laudatores temporis acti*, condenan éstos en que vivimos, por considerarlos contaminados de todo vicio y corrupción. Bueno y malo hay en los tiempos pasados, y malo y bueno existe en los presentes: trabajemos, pues, en poner las cosas en su punto, ya que obligados estamos á hacer justicia, así á lo malo y á lo bueno del presente, como á lo bueno y á lo malo del pasado.

En aquellos hermosos años de nuestra existencia, años que pasaron para no volver, cuando próximos á ver terminadas nuestras carreras, lle-

na la mente de ilusiones y rebozando nuestros corazones esperanza, veíamoslo todo de color de rosa; y hallándonos con corta diferencia en la situación de ánimo en que hoy se encuentra Luis; en nuestros paseos por los alrededores de Barcelona, ¿no habíamos convenido y estado conformes muchas veces—conformidad de opiniones que estrechaba con más fuerza los lazos de nuestra sincera amistad, determinando al par que formáramos grupo aparte respecto de todos nuestros condiscípulos—no habíamos convenido, dándonos también aires de hombres experimentados, en que procedieron con poco tino los que en odio á lo vicioso de las instituciones pasadas, cerraron los ojos á la luz, ó no quisieron ver lo que de bueno tenían, y empeñados en destruir lo malo, no comprendieron que con ello y al propio tiempo, arrancaban de cuajo lo bueno? ¿No conveníamos igualmente en que no es, con mucho, bello y bueno todo lo moderno; puesto que, áun cuando mucho haya digno de alabanza, no deja, por desgracia, de haber no poco en alto grado censurable, que solo por serlo, se debiera denostar? Y la síntesis de semejantes disquisiciones, sagún se dice en la moderna fraseología, ¿no venía á reducirse en definitiva: tomar lo bueno donde quiera que se encuentre, y anatematizar lo malo, venga de donde venga? Pues bien; ¿es otro más que éste en último resultado, el móvil que impulsa á tu sobrino y á los que co-

mo él piensan y proceden? ¿No es el mismo sentimiento que á tí y á mí nos dominaba el que ha puesto en sus labios las siguientes palabras que leo en tu carta, y que vienen á ser, si así puede decirse, el símbolo de los que forman parte de semejante apostolado? «La primera generación del »presente siglo, amaestrada por las lecciones de »la última del pasado, solo se ocupó en destruir. »costumbres, instituciones, monumentos artísti»cos y literarios, todo lo echó por tierra mirán»dolo como antigualla despreciable y objeto de »menosprecio.....» ¿No dijimos lo mismo tú y yo repetidas veces, enardecida nuestra imaginación con la lectura de las obras de Capmany y Piferrer? ¿Por qué extrañas, pues, que tu sobrino piense como tú?

Dirás que él lo extrema, y que las exageraciones son punibles ó cuando menos ridículas, mas ni áun así llevarás razón. *Distingue tempora* te diré, valiéndome del aforismo jurídico, y harás justicia. Nuestros amores, si así puedo expresarme, eran meramente platónicos: adorábamos en la señora de nuestros pensamientos sin haberla visto; como el héroe de la Mancha á Dulcinea del Toboso: la engendramos en nuestra fantasía y nos dábamos por contentos y satisfechos lamentándonos de su ausencia y suspirando por su reaparición. Pues bien, la generación que nos ha sucedido, más animosa, y más decidida, convirtiendo en sustan-

cia nuestros duelos y suspiros, está allanando el camino para que vuelva, y como se halla dotada de fe y de perseverancia, y no le falta buen deseo y firme voluntad, logrará abrazarla, y si ella no, la que la suceda, con todo y verse obligada á luchar—sigo el símil—con todos los malandrines y follones que por mil medios siembran obstáculos en su camino.

Sí, estimado amigo, no lo dudes: en cada nuevo esfuerzo, por insignificante que á primera vista pueda parecer; cada nueva manifestación de semejante intento por más que sea pequeña y hasta ridícula, y tal vez despreciable, es un nuevo golpe de piqueta dado en la senda por donde debe aparecer aquella codiciada hermosura. ¿Te maravillas acaso de que se hayan creado las *Comisiones de monumentos* para la conservación de los arquitectónicos? Para mí, lo único que en esto hay de maravilloso es que se haya pensado en conservar las ruinas y no se pensara en convertir en tales los monumentos. ¿Por qué, pues, consideras privados de juicio ó enfermos de entendimiento á los que inspirándose en idéntico deseo constituyen Corporaciones para conservar y restaurar los monumentos literarios y artísticos, hijos del pueblo, que nos ha legado la tradición? Pagamos nosotros los errores que inconscientemente cometieron nuestros abuelos y nuestros padres: si queremos que nuestros hijos, ó nuestros nietos tengan mejor

vida de la que á nosotros nos ha cabido en suerte, es indispensable que aprovechándonos de lo bueno que sembraron nuestros padres, restauremos todo lo bueno que tuvieron nuestros abuelos. En eso se está trabajando, y á pesar de los densos nubarrones que, con más frecuencia de la que fuera menester, impiden que llegue hasta nosotros la brillante luz del sol, distingo señales indubitables del buen tiempo que se disfrutará en un porvenir que, no sé cuando, pero que tarde ó temprano ha de llegar.

Que hay exageración; que se cae á veces en el ridículo; que la pasión raya en monomanía. ¿Y eso te sorprende? ¿Has visto acaso enamorado alguno que no haya llegado á tales extremos y consentido semejantes despropósitos? Para ellos ¿no son bellezas hasta los defectos de sus amadas? ¿No cometen para mejor obsequiarla, actos impropios del hombre serio y formal? ¿Los movimientos todos de su existencia, no responden por ventura á una especie de sobreescitación que domina su pensamiento? Pero á semejante estado patológico sucede luego el estado de remisión, como dirían los médicos: la fiebre mengua y entonces con frialdad y calma se discierne y escoge con firmeza de juicio y clara inteligencia. Entre un apasionado y un indiferente, me quedo con el apasionado: éste cree, aquél es un pedazo de hielo. Tu sobrino se halla hoy en el período febricitante: enamorado de lo

antiguo, viviendo en lo pasado, todo le parece bueno y digno de estimación, con tal que lleve el sello de lo pasado, y de aquí que todo lo quiera y todo lo recoja y enriquezca sus colecciones con objetos curiosos y artísticos, testimonio íntimo de las familias catalanas en épocas que fueron, é hincha sus cuadernos con ejemplares de los diferentes géneros de la que se distingue hoy con el nombre de *Literatura popular*.

Y no tienes por qué dudarlo: los cuentos, las narraciones y cantares; los refranes, los enigmas, y los dichos agudos; los juegos infantiles, las costumbres populares, y hasta las preocupaciones, constituyen otros tantos elementos de dicha literatura, y vienen á ser, si me es lícito expresarme en estos términos, el germen ó embrión de los géneros literarios propiamente dichos. Evoca, si no tus recuerdos, ya que cursastes con aprovechamiento la asignatura de literatura general, y verás que en muchos juegos de nuestra infancia existe un verdadero poema dramático tan rudimentario y elemental como se quiera; pero poema al fin, con sus elementos principales de exposición, nudo y desenlace: que los cuentos y narraciones, cantares y romances, tienen representación completa y acabada en los géneros lírico y épico: y que en los refranes, enigmas y agudezas, se pueden ver las primeras manifestaciones del didáctico ó doctrinal. No te sorprenda, pues, que, como dice tu so-

brino, en todas las naciones de Europa, existan personas eminentes que se dediquen especialmente á recoger de los labios del pueblo esos restos importantísimos, que no obstante las luchas de intereses encontrados y pretensiones que son patrimonio de los hombres, conservados por la tradición, han llegado hasta nuestros días, al través de las grandes conflagraciones que registra en su historia el linaje humano; ni te admires de que sean objeto de profundo estudio y detenida meditación, así para inquirir la filiación de que proceden, como para analizar los elementos que en ellos se encuentran. Nosotros mismos podemos enorgullecernos con nombres tan importantes como los de nuestro muy querido maestro Manuel Milá y los de Mariano Aguiló, Francisco Pelayo Briz y Francisco Maspóns, que con su *Romancerillo* aquel, y los otros con su *Cansoner;* las *Cansons de la Terra*, la *Panolla* y la *Roja; Lo Rondallayre* y los *Jochs de la Infantesa*, han demostrado que no son desconocidos en Cataluña los estudios que con tanto provecho han ilustrado é ilustran en Alemania los hermanos Grimm, Liebrecht y otros muchos: en Francia, Marmier, Perrault, Mme. d' Aulnoy, Damás-Arbaud, Luzel, Gaidoz y Rolland, directores de una revista denominada *Mélusine*, dedicada exclusivamente á la literatura popular: en Italia, la Sra. Coronedi Berti, Imbriani, Pitrè, la marquesa Colombi, de Gubernatis y Mattia di

Martino: en Inglaterra, Croker y Keightley: en Dinamarca, Andersen y Reinsberg-Duringsfeld: en Suecia, Absjoernsen y Lidforss: en Rusia, Ralstón y Chodsko; y en España, Trueba, Fernández de los Ríos, y la ilustre dama conocida en la república de las letras con el simpático nombre de Fernán-Caballero.

Comprendo como tú mismo, que á primera vista consideradas, muchas de estas obras, hijas del humano ingenio abandonado á sus propias fuerzas por lo áspero é inculto de su forma y por su fondo contrario al sentido común, parezcan puro disparate y sean hasta repugnantes. Mas ¿á qué damos el nombre de sentido común? Reflexiona un instante, y considera si en los años que llevas de ejercer la abogacía has tropezado con muchas personas que juzguen de las cosas según las que podríamos llamar reglas del sentido común. ¡El sentido común! ¿No confundes por ventura la apariencia con la realidad? ¿Cuántos esfuerzos han sido menester para convencernos de que no es el sol el que se mueve, sino la tierra, y con ella nosotros, la que gira á su alrededor? Pues díselo á los mozos y gañanes que cultivan tu Hacienda, y suponiendo que no se burlen de tí, gracias á que habrás conseguido que te consideren y respeten, seguro puedes estar de que no lograrás hacerlos partícipes de tus opiniones. En cambio, dáles como explicación de cualquier hecho lo que tú llama-

rías un disparate, y lo creerán á pie juntillas. ¿Has olvidado acaso que el pueblo fía más de curanderos y charlatanes que de los médicos, y que á los abogados de título universitario prefieren los pica-pleitos y los consejeros de pala y azadón? ¿Y sabes por qué? Porque inclinado por naturaleza á todo lo maravilloso, por lo mismo que por medio de causas maravillosas ó sobrenaturales puede explicarse hechos, que de otra manera, serían para él incomprensibles, pues le faltan conocimientos científicos para alcanzarlos, le inspiran más confianza, por ejemplo, los que acompañan los remedios con palabras y prácticas misteriosas, que aquellos que los ordenan formulándolos en un pedazo de papel. ¿Por qué en toda obra atrevida supone el pueblo la intervención de fuerzas y séres sobrenaturales? ¿Por qué se encuentran en todas partes *puentes del Diablo?* Porque el pueblo es el mismo en todas partes, y acostumbrado á la sencillez con que eran construídas sus rústicas cabañas, no podía comprender que el hombre, por sí solo, fuese capaz y tuviese fuerzas y conocimientos bastantes para mover aquellas moles tan pesadas y formar con ellas aquellos arcos tan ligeros como atrevidos.

Y no es esto todo; las creencias no se disipan instantáneamente, por más que así lo pretendan ciertos reformadores de las sociedades que debieran haber aprendido algo en los resultados que

produjeron los ensayos practicados en los últimos años del siglo anterior. No, hoy después de los diez y nueve que van transcurridos desde el día en que se comenzó á predicar la doctrina del Crucificado, y á pesar de los esfuerzos hechos por la Iglesia en todos los tiempos, no se han desarraigado por completo muchas de las costumbres, ideas y creencias de la civilización pagana, y esto explica la existencia de preocupaciones que nos parecen puro disparate, cuando las consideramos sin concederles la debida atención, y que se comprenden perfectamente cuando se ha conseguido penetrar en lo recóndito de su origen. ¿Ignoras, por ventura, lo de los días *fastos* y *nefastos;* lo que significan los nombres de los días de nuestra semana; la repugnancia con que aceptó el vulgo la Reforma Juliana, repugnancia que lo condujo al extremo de repetir en el año bisiesto el día *sexto* antes de las calendas de Marzo, considerando que de esta suerte, repitiendo el día, como á hurtadillas, si así puede decirse, no se daría cuenta de la reforma la divinidad que presidiera en aquel año. Pues aquí tienes la raíz y la explicación de algunas de las preocupaciones que citas por vía de ejemplo, entre las muchas que tiene reunidas en sus cuadernos tu diligente sobrino; tales como las del vino que resulta turbio si se comienza en martes ó viernes el trasiego de los lagares y de las habas que llevan la ceja debajo en los años bisiestos.

Ya sé yo que ante semejantes consideraciones no faltará quien diga que si todo esto es perjudicial y contrario á la ilustración y progreso del pueblo, lejos de trabajar en conservarlo debería ponerse en la tarea de destruirlo el empeño y constancia que se emplean en extirpar la mala hierba. Mas ¿acaso porque se conserven é impriman formando colecciones para uso y provecho de la gente estudiosa se fomenta su conservación entre el pueblo? No; no es este el camino que debe emprenderse. Las tradiciones, como las rocas desprendidas de la cumbre de enhiesta montaña que rodando arrastran las aguas procelosas, van gastándose y acaban por deshacerse con el trascurso del tiempo, desvanécense, mueren y desaparecen cuando han hecho su camino, quedando de ellas únicamente leves reminiscencias, como de las formidables rocas fragmentos insignificantes, que yacen envueltos por las arenillas de los torrentes. Sabido es que toda revolución lleva consigo como consecuencia precisa una reacción á ella proporcionada; el entusiasmo que se ha despertado al presente por esta clase de trabajos é investigaciones no es más que el resultado natural; el tiro asestado contra los esfuerzos que se hicieron en épocas anteriores para destruir estas sencillas manifestaciones del espíritu. ¿Qué sucedió cuando, lastimados los sentimientos que las mismas entrañan, el pueblo, que como los pájaros debe expresar cantando

lo que por él pasa y lo que siente en su pecho, quiso manifestar los que con más fuerza le dominaban? Que habiendo perdido los medios de que antes se valía sin haber llegado á apropiarse los que se pretendía hacerle aceptar, salió con extravagancias tan absurdas como las que, testimonio patente del estro poético de la generación pasada, me trascribes en tu carta de los cuadernos de Luis.

Dirás que semejantes composiciones no merecen por ningún concepto el título de literarias, que se infiere grave ofensa á la literatura, siquiera se llame popular, haciéndola responsable de semejantes extravagancias, que lejos de esforzarse en ponerlas de manifiesto, debieran dejarse abandonadas en el rincón del olvido donde yacen, para que en él se fueran consumiendo hasta desaparecer por completo. Prescindiendo de que su existencia es testimonio elocuente del resultado que dieron las prácticas empleadas por nuestros *regeneradores;* sin darles más valor del que realmente tienen; sin pretender que se empleara el tiempo en coleccionar semejantes piezas, dado que todas las producciones de la poesía popular pertenecieran al género de las dos que me has trascrito—y tú sabes perfectamente que las tales son verdaderas excepciones—aún te daría otra razón que vendría á abonar, ó cuando menos sería explicación satisfactoria del procedimiento empleado por los cultiva-

dores, ó mejor dicho, colectores y restauradores de las obritas que constituyen la literatura popular. Dando siempre á lo que he llamado moda la parte que á justo título le pertenece—que hasta las modas tienen su razón de ser y aparecen cuando deben venir—abona, como he dicho, semejante procedimiento la situación en que se encuentran los referidos cultivadores, situación que, hasta cierto punto puede compararse á la del que, amante de su propia casa, hubiese encontrado demolido el hogar paterno.

Tú lo eres, ¿no es verdad? Pues juzga por tí mismo lo que harías si después de muchos años de no poderla contemplar, te concediesen libertad para reconstruirla y salvar de total destrucción los mutilados restos que de ella subsistiesen. Las piedras más pequeñas, los más insignificantes despojos serían por tí recogidos con respetuosa veneración, puesta la mente en aprovecharlos, resuelto á desechar más tarde lo que por impropio, defectuoso ó maltrecho, no pudiese prestarle la menor utilidad. Pues bien; esto es lo que hacen nuestros colectores; hoy es ocasión de recoger y salvar lo que queda; mañana escogeremos y veremos qué es lo que se puede y debe aprovechar.

Y, si bien en esfera distinta, ¿crees, por ventura, que no trabajas tú también en esta obra de restauración? Antes te lo he dicho, que si bien con menos frecuencia y con menor abundancia de lo

que deseara, en todas partes descubro señales que anuncian un porvenir más feliz. Esa tu resolución de que en la tuya me das cuenta de pasar en tu hacienda largas temporadas, es una de las aludidas señales. ¿Habría pasado siquiera por tu mente treinta años antes, si treinta años antes te hubieras encontrado en la situación en que te hallas? A buen seguro que no. Y ¿sabes por qué? Porque ese proyecto que constituye hoy el término de todas tus esperanzas; ese plan, cuya realización acaricias al presente con tanto placer como en los años de tu juventud acariciabas las más encantadoras de tus ilusiones, hasta el punto de temer que cualquier acontecimiento inesperado pueda ser obstáculo á que se convierta en hecho positivo, te hubiera proporcionado, de parte de aquellos que del mismo hubiesen tenido noticia, un calificativo parecido al que diste á tu pobre sobrino. Y se comprende, puesto que no desarraigadas del todo las malas costumbres introducidas en tiempo de Carlos IV, de abandonar las gentes los campos y los lugares de corto vecindario para llevar en las ciudades y grandes centros de población la vida disipada y crapulosa que se llevaba en la corte; y no ofreciendo por otra parte las poblaciones rurales y casas solariegas la seguridad necesaria, merced á la existencia de ladrones, malhechores y demás gente de la vida airada, producto natural de nuestras guerras y revueltas, habrían creído que no

tenías el juicio debidamente asentado, los que no participaran de tus opiniones. Hoy el asunto es muy distinto: al presente, modificadas en gran parte las circunstancias y convencidos los propietarios de que es imposible que exista agricultura y por consiguiente riqueza, continuando el absentismo que tantos males ha producido, procuran enmendar, mientras están á tiempo todavía, los errores que cometieron, y disponiendo sus *mansos* y casas solares, unos para pasar en ellos los meses de verano, otros para hacer en las mismas más dilatada permanencia, y animados todos del buen deseo de que prospere la riqueza agrícola, trabajan, según antes he manifestado, en la obra de restauración á que tu sobrino, y con él muchos, se dedican; y sin escribirlo en sus cuadernos, pero llevándolos impresos en la memoria, ponen de manifiesto la ciencia que se encierra en aquellos refranes y aforismos populares que se sintetizan en el que dice: *hacienda, tu dueño te vea, y si no que te venda.*

Resumiendo—pues áun cuando no te he dicho todo cuanto quisiera, la presente ha tomado tan desmesuradas proporciones, que temo te produzca el mismo efecto que una sentada con la *Pubilla del Mas de Dalt* en presencia de Luis, es decir, estorbarte en tus negocios,—la que tú llamas manía sin pies ni cabeza, tiene una importancia y trascendencia mucho mayor de lo que á primera vista

se puede imaginar. Las falsas ideas que respecto á la vida política y social que en épocas anteriores enalteció á los pueblos, dando pie á las ampulosas declamaciones á que tan aficionados se mostraron los hombres del último siglo, produjeron el trastorno dentro del cual no ha cabido vivir. Para que la exaltación febril y el constante malestar que al presente experimentamos den lugar á la calma, acompañada de la actividad debidamente dirigida, que deben proporcionar al hombre el bienestar compatible con su imperfección, en tanto dure su breve permanencia en este valle de lágrimas, es indispensable se vayan sedimentando los diversos elementos que integra la sociedad. Revueltos estos y removidos por aquellas falsas ideas, encuéntranse, permítaseme la comparación, en situación parecida á la que tienen dentro de las cubas nuestros mostos mientras se hallan en el período de fermentación tumultuosa: turbios, espesos, de repugnante sabor; nadie diría al contemplarlos que pudiesen convertirse, transcurrido algún tiempo, en los licores perfumados y delicadísimos que como chispeantes topacios y rubíes llenan las argentinas y cinceladas copas en la mesa del festín. Hoy la sociedad se encuentra también en el período de fermentación tumultuosa: terminado éste—y podemos y debemos trabajar en acortarlo, cual artificialmente podemos abreviar la fermentación tumultuosa del mosto,—cuando las heces hayan ba-

jado al fondo; cuando las aguas enturbiadas por la fuerza de los desbordados torrentes hayan vuelto puras y cristalinas, se vivirá más á gusto en este mundo. Esto no lo veremos nosotros, y acaso tampoco nuestros hijos; pero no lo dudes, está en la conciencia de muchos; y con verdadero conocimiento por parte de algunos, inconscientemente acaso por parte de los más, muchos, y quién sabe si todos, trabajamos y trabajan en la tarea de acortar en lo posible el período tumultuoso. De mí sé decirte que hasta en los que agitan las sociedades, siquiera se dejen influir por otros móviles, no se ven más que agentes que, así como el experimentado químico remueve la mezcla contenida en sus matraces para que más pronto se sedimente y precipiten los elementos destinados á depositarse en el fondo, se ocupan en la obra de la general reconstrucción.

Ahora bien; en mi concepto, todas esas ideas y sentimientos hacia los cuales tanto entusiasmo muestra tu sobrino, del mismo modo que ciertas asociaciones que hoy se constituyen para evitar los inconvenientes que han sobrevenido á consecuencia de la disolución inconsiderada de los antiguos gremios; como el general clamoreo que revela el desprestigio en que han caído determinadas instituciones, no ha mucho encomiadas de sobra, como el cambio que se está realizando respecto del juicio que se tenía concebido de ciertas cosas de

otros tiempos, nada más que porque á otros tiempos pertenecían; como muchas más, en fin, que me sería fácil citar, —son otros tantos indicios que afirman mi pensamiento y fortalecen mi esperanza. Deja, pues, que Luis coleccione refranes y costumbres, juegos y canciones, cuentos, gozos... y romances; deja que ateste la casa de *trastos viejos;* cuantos más tenga, mejor. Ya verás cómo con los despojos de los siglos que fueron, debidamente restaurados, y con los muebles artefactos del siglo actual y con las plantas que generosa proporciona la tierra nuestra madre, sabrá engalanar la casa en que resuelva establecerse y sembrar de flores el camino que deba pisar llevando del brazo á tu adorada hija.

No le apartaré, pues, de malas compañías, como en tu carta me pides; no le exhortaré para que abandone semejantes afecciones; procuraré sólo tener á raya su entusiasmo, haciendo cuanto de mí dependa para dirigirlo cual corresponde, convencido de que de esta manera contribuye á tu dicha, ya que no la hay mayor para los padres que el ver felices á aquellos á quienes dan el dulcísimo nombre de hijos, y te da una nueva prueba de firme y leal amistad tu afectísimo,

CAYETANO VIDAL.

5 de Octubre.

ÍNDICE

	Págs.
Introducción al estudio de las canciones populares. .	1
Carceleras.	17
Modismos populares.	27
Fonética andaluza.	41
Coplas refranescas.	53
Coplas sentenciosas..	65
Antinomia entre un refrán y una copla.	73
Coplas amorosas..	81
Cantes flamencos.	93
El médico bonito (cuento popular).	101
El ahorcado á lo divino (cuento popular).	117
Una docena de cuentos, por D. Narciso Campillo. .	157
Las adivinanzas..	167
Dos cuentos populares.—Cangrejos y Juan Cigarrón.	179
Cuentos, oraciones y adivinas de Fernán-Caballero..	191
Sección de literatura popular.	205
Las adivinanzas..	225
Cuatro palabras de Edgard Quinet sobre nuestra literatura.	235
Analogías y semejanzas entre algunos enigmas populares, catalanes y andaluces.	241
Colección de enigmas de D. Cristóbal Pérez Herrera.	251
Adivinanzas vascongadas y andaluzas.	261
Consideraciones sobre la literatura popular catalana.	271
Correspondencia entre D. F. Lavid y D. Cayetano Vidal:	
Carta 1.ª	274
Carta 2.ª	297